

CHARLES SPURGEON



BIOGRAFÍA

OTRO PEREGRINO

diarios de avivamientos

OTRO PEREGRINO

Capítulo 1	Otro Peregrino.....	2
Capítulo 2	La Inglaterra Victoriana.....	11
Capítulo 3	Peregrinación hacia la Conversión.....	18
Capítulo 4	Conversión y Ministerio Inicial.....	55
Capítulo 5	Primeros Años en Londres.....	74
Capítulo 6	El Ministerio de la Predicación.....	113
Capítulo 7	El Ministerio del Tabernáculo Metropolitano.....	149
Capítulo 8	La Obra Social y Educacional.....	152
Capítulo 9	Etapa de Madurez.....	164
Capítulo 10	La Controversia del Declive.....	172
Capítulo 11	Últimos Meses.....	180
Bibliografía		181

Capítulo 1

“He aquí. . . un Hombre. . . Cristiano, pues ese era su nombre”

PRESENTANDO A CHARLES HADDON SPURGEON: OTRO PEREGRINO

La nieve caía mientras el viento que provenía del océano aullaba y cortaba hasta los huesos como con una lacerante espada. Hay pocos vientos tan fríos como el que se origina en Inglaterra en el mes de Enero, procedente del Mar del Norte. Inclinando su cabeza tratando de resguardarse del clima miserable, un frágil adolescente intentaba dificultosamente proseguir su camino. Quería llegar pronto a su destino aquel domingo. Era temprano. ¿Qué motivaría a un jovencito de la época victoriana, de sólo quince años de edad, para salir a la calle en un día como aquél? Definitivamente no podía haber nada que fuera lo suficientemente atractivo en Colchester, Essex, para que enfrentara con entereza una tormenta así en un día de semana, y menos aún, en un día domingo, destinado al descanso.

El muchacho se detuvo y contempló la nieve remolineante en la calle. El frío era extremo. La iglesia a la que pretendía dirigirse estaba aún distante. En ese momento recordó que su madre le había comentado acerca de una pequeña iglesia ubicada en la vieja calle de Artillery, a unos cuantos pasos adelante. Pensó: *‘la iglesia a la que pretendo ir está todavía a una distancia considerable; por tanto, voy a entrar en la capilla de la que me ha hablado mi madre’*.

¿¡Una iglesia!?! ¿Acaso iba a una iglesia? ¿Un adolescente normal caminaba en medio de la tormenta de nieve y batallaba con el viento cortante para ir a una iglesia en un horripilante día de Enero? ¡Seguramente hay toda una historia detrás de todo eso! ¡Y, efectivamente... la hay!

Charles, pues ese era su nombre, había decidido que asistiría a cada una de las iglesias del pueblo en que vivía, Colchester, una pequeña

comunidad a unos sesenta kilómetros al noreste de Londres, en el condado de Essex. Lo haría hasta encontrar la respuesta que buscaba. Tenía que encontrar *la respuesta*. Aclaremos que en la Inglaterra de 1850, que un adolescente de Essex fuera a la iglesia, no era sorprendente. En 1850 los ingleses victorianos eran notoriamente religiosos. Los historiadores están de acuerdo en que la religión permeaba en cada estrato de la sociedad. Pero visitar cada una de las iglesias del pueblo, especialmente si eso involucraba salir en un día como aquel, sobrepasaba lo usual, aun para los ingleses victorianos.

¿Qué respuesta buscaba Charles?

Todo comenzó algunos años antes, cuando el niño Charles entró en una habitación en la parte superior de la casa de su abuelo paterno, quien era un pastor protestante, un predicador congregacional. En esa húmeda habitación, el niño descubrió una copia del *Progreso del Peregrino*, de John Bunyan; lo hojeó, y ese clásico prendió en él la chispa de una preocupación. Ese libro puso a un nuevo peregrino en el camino.

Como el personaje de Bunyan, *Cristiano*, Charles se esforzaba para abandonar la *Ciudad de la Destrucción* y asirse a la salvación. *La respuesta* que buscaba se centraba en su conversión a Cristo. Él había fijado su visión en *la Ciudad Celestial*, y no sería desanimado.

Pero, a pesar de que buscaba la salvación por todos los medios, la paz de la redención lo eludía. Todavía cargaba un pesado fardo sobre sus hombros. Tenía que encontrar el perdón y el descanso. Sus lecturas de los ‘puritanos’ habían engendrado la culpa, el remordimiento y la miseria en su alma. Quería deshacerse de la carga y depositarla en el “sepulcro abierto.” Tenía una esperanza firme. Su herencia puritana le había enseñado eso. Razonaba con esperanza: “Ciertamente algún buen predicador me dirá cómo ser salvo, y cómo quitarme esta culpa y este sentido de pecado.”

Fue en esas circunstancias que recordó que su madre le había pedido que fuera a la iglesia metodista ubicada en Artillery Street. La madre había orado con muchísima frecuencia por la conversión de sus hijos. Charles nos refiere una de esas oraciones: “Recuerdo que en una ocasión, mi madre oró así: ‘Ahora, Señor, si mis hijos permanecen en

su pecado, no será debido a la ignorancia que perezcan, y mi alma dará un decidido testimonio en contra de ellos en el día del juicio, si no se aferran a Cristo'. Esa idea traspasó mi conciencia, y sacudió mi corazón."

Entró a la iglesia donde sólo se encontraban unas quince personas. Se sentó a unas cinco o seis bancas de la entrada. Inclino su cabeza, no tanto por el frío y la tormenta, sino por la miserable carga de su corazón. Como era de esperarse, el pastor no pudo llegar aquel día, así que un miembro cualquiera de la congregación, un tipo larguirucho y delgado, ocupó el púlpito y leyó Isaías 45: 22. "*Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más.*"

Charles nos comenta que este individuo revelaba una completa falta de educación. Era tosco y su discurso era casi insoportable para alguien que poseía refinados oídos poéticos. Ni siquiera podía pronunciar correctamente las palabras. A sus quince años, Charles era sofisticado intelectualmente. Pero súbitamente, de manera inesperada, ¡sucedió! ¡La luz brilló en derredor! Parecía que el propio cielo hubiere bajado. La salvación de Cristo brilló en toda su plenitud.

En esa pequeña capilla metodista primitiva, y con la predicación de un hombre sin educación, comenzó una peregrinación ministerial que ninguno de los allí presentes habría podido soñar ni con la más descabellada imaginación.

Cuatro años más tarde, a la edad de 19 años, Charles Spurgeon recibió el llamamiento para ser el pastor de la histórica Capilla de New Park Street, en la ciudad de Londres. Cristianos notables como John Gill, Benjamin Keach y John Rippon habían servido como ministros de esa famosa congregación. Durante 37 años Spurgeon predicó allí, reuniendo a la asamblea evangélica más grande del mundo de entonces.

A través de los años, los elogios elevados en honor del joven predicador son casi increíbles. Davenport Northrop, un contemporáneo de Spurgeon, le llamó: "el más célebre predicador de los tiempos modernos... la figura más conspicua del mundo religioso... Saúl en

medio de los profetas, de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo.”

El teólogo alemán y profesor, Helmut Thielicke, declaró: “vendan toda la literatura cristiana que posean (incluyendo la literatura actual) y compren a Spurgeon, aún si tienen que buscarlo en las librerías de viejo. Dejen que él sea para ustedes un Sócrates que les ayude a encontrar su propio camino.” Andrew Blackwood preguntó: “¿Quién desde Pablo ha hecho tanta labor para el avance del Reino de Dios?” Phant y Pinson afirmaron, “el estilo oratorio de Spurgeon ha sido el mejor jamás producido por el púlpito cristiano.” B. H. Carroll, educador bautista, llegó a mencionar que Spurgeon destaca como el mejor predicador en toda la historia de la Iglesia Cristiana. Llamó a Spurgeon “el hombre más grande de los tiempos modernos.”

La causa por la que Spurgeon atrajo tantas loas es entendible. La simple montaña de trabajos que produjo en sus años de Londres fue asombrosa. Durante casi cuatro décadas de ministerio, Charles agregó casi 14,000 nuevos miembros a su iglesia. Al momento de su muerte en 1892, ya habían sido publicados 2,241 sermones. Después de eso, se publicó un sermón cada semana hasta 1917, que suman un total de 3,561 sermones. Durante un tiempo, los sermones de Spurgeon eran enviados vía telégrafo a Estados Unidos, y eran impresos en periódicos seculares en la edición del día lunes. Muchos consideran a Spurgeon uno de los diez autores ingleses más grandes, con un estimado de 300 millones de copias de sermones y libros que han conocido la imprenta. Sus libros viven hoy.

Uno podría racionalizar esta popularidad argumentando que los ingleses victorianos eran religiosos en grado sumo. Eran conocidos como una nación “que gustaba de los sermones,” y Spurgeon se convirtió en su día, en el príncipe de los predicadores. Multitudes llegaban para escucharlo. También leían con avidez sus sermones. Era natural argumentar que sus héroes eran de tipo religioso.

Pero el orador londinense se volvió muchísimo más grande que un mero fenómeno sociológico. ¿Qué era lo que poseía Spurgeon, qué era ese “algo más,” que cautivó a su día? La respuesta es simple, aunque muy profunda: Charles Spurgeon cumplió el papel de un cristiano genuino, un verdadero hombre de Dios, involucrado en otra

peregrinación en el contexto de un avivamiento espiritual genuino. Un avivamiento estalló alrededor de Spurgeon al poco tiempo de haber comenzado su ministerio en Londres.

En palabras de Spurgeon: “hemos sentido en nuestras almas, no que tal vez *podamos* tener un avivamiento, sino que *debemos* tenerlo. Debemos acercarnos al Ángel del Pacto y luchar renovadamente con la determinación de que no le permitiremos que se vaya, a menos que nos bendiga.”

El “Ángel del Pacto” no decepcionó al predicador, pues durante casi cuarenta años, las bendiciones del avivamiento fluyeron y alimentaron su ministerio. Esto se vuelve más y más evidente conforme uno camina con este “peregrino” del siglo 19, en ruta a la “Ciudad Celestial.”

Prerrequisitos de un Avivamiento

Vamos a tocar brevemente un tema muy importante, que es ‘el avivamiento’ que de manera tan significativa se hizo presente en el ministerio singular de Spurgeon. ¿Qué tipo de siervo de Cristo se requiere como pastor de una iglesia grande y creciente, que experimenta un significativo avivamiento espiritual? La respuesta es plural:

1) De manera fundamental, un exitoso siervo del Evangelio tiene que ser un ministro *lleno del Espíritu Santo*. Spurgeon ejemplificó suficientemente el significado de “estar llenos de toda la plenitud de Dios.” (Efesios 3: 19). El gran predicador dijo: “Si sólo pudiera decir una oración antes de mi muerte, sería esta: ‘Señor, envía a Tu iglesia hombres llenos del Espíritu Santo y de fuego.’”

En un sentido profundo, Spurgeon experimentó la plenitud del Espíritu. Sin embargo, al igual que muchos hombres espirituales eficaces, tenía muchos críticos. Fue víctima perenne de continuas andanadas de críticas hirientes. A pesar de ello, Spurgeon predicaba con un gran poder espiritual. Muchas conversiones tuvieron lugar entre quienes lo escucharon. Era un hombre “poderoso con Dios.”

2) *Un espíritu libre*, desprovisto del peso de la tradición, conforma otro de los prerrequisitos para ser útil. Spurgeon no podía ser sujetado por el rígido carácter Victoriano de su tiempo. Se convirtió en un

innovador estelar de primera magnitud. La predicación que fluyó desde su púlpito precipitó en sí misma una revolución. Fue castigado por los londinenses sofisticados como *vulgar* y *crudo*, pero su punzante estilo anglosajón intrigaba y cautivaba a la gente *común*, de tal manera que miles asistían para escuchar su sencilla oratoria. Spurgeon mismo se gozaba en su simple predicación *vulgar*. Decía: “Si yo fui salvado por un Evangelio sencillo, estoy obligado a predicar ese mismo Evangelio sencillo hasta que muera, para que otros sean salvados por él. Cuando cese de predicar la salvación por la fe en Jesús, pónganme en un manicomio, pues podrán estar seguros de que perdí la cabeza.”

Todas sus obras hablan a ese respecto. Los necesitados sentían que finalmente habían encontrado un espíritu libre que guiaría a los miembros de la iglesia a hacer lo que fuese necesario para satisfacer las perentorias necesidades de los pobres. Spurgeon, como un pájaro liberado súbitamente de su trampa, voló con un mensaje de fascinante libertad y frescura, que llevaba esperanza sobre sus alas para los problemas sociales y espirituales de Londres y del mundo. Y la gente *común* lo escuchaba con gusto.

- 3) Además, un eficaz ministro de Jesucristo debe ser un buen *pensador*, un pensador disciplinado. ¿Podía pensar Spurgeon? Nunca recibió una educación teológica formal. Se le criticó mucho por ello. Algunos críticos lo calificaron de “*aburrido*” y otros de “*estúpido*”. Spurgeon tuvo planes de asistir a un instituto teológico, pero las circunstancias conspiraron contra ello. Sin embargo, estuvo muy lejos de la mediocridad mental. Poseía un intelecto brillante. Toda su carrera como predicador confirmó esto. Era un ávido lector y poseía una mente fotográfica. Podía clasificar en su mente todo lo que leía, y poseía un don inusual para recordar instantáneamente lo que necesitaba. Acumuló miles de libros, y la mayoría de ellos eran pesados volúmenes teológicos. Sus observaciones y comentarios marginales nos hablan de cuán prolijamente los leía. Era un pensador y un estudioso sumamente capaz.
- 4) También, un ministro debe ser *humano*. Spurgeon respondía a esta exigencia. Amaba a la gente y su sentido del humor era contagioso y proverbial. Por ejemplo, durante una elección general parlamentaria, Spurgeon llegó inusualmente tarde a una cita en la que tenía que

hablar. Explicando su tardanza, comentó que se había detenido a votar.

“¡A votar!”, –preguntóle un crítico extremadamente piadoso- “pero, ¡mi querido hermano, yo pensé que usted era un ciudadano de la Nueva Jerusalén!”

“Lo soy,” -respondió Spurgeon- “pero mi ‘viejo hombre’ es un ciudadano de este mundo.”

“¡Ah!, pero usted debería mortificar a ‘su viejo hombre’” replicó el crítico.

“Eso es exactamente lo que hice,” argumentó Spurgeon, “pues mi ‘viejo hombre’ es un miembro del Partido Conservador y yo lo obligué a votar a favor de los Liberales.” Eso finalizó el encuentro.

Spurgeon recibió considerables críticas por inyectar una buena porción de humor a sus sermones. Se defendía diciendo: “Si ustedes supieran todo lo que me reservo, todo lo que no digo, no me criticarían.” Un interesante detalle de su sentido del humor nos lo proporciona la forma en que llenó una solicitud de un seguro de vida: en el cuestionario médico, una de las preguntas era: ¿ha sufrido usted convulsiones desde su infancia? La respuesta de Spurgeon fue: no, a menos que se refieran a convulsiones de risa.

Sin embargo, Spurgeon tenía su lado profundamente serio. A menudo sufría de depresiones, como se verá conforme se desarrolle su peregrinación: su gota reumática, entre otras cosas, y su misma predicación, eran causas que lo ponían muy tenso. Los diáconos tenían que venir y orar por él. Comentaba: “Cada vez que tengo que predicar me siento terriblemente enfermo, literalmente enfermo, y me siento como si estuviera cruzando el Canal de la Mancha.”

- 5) El ministro que aspira a ser poderoso ante Dios, *debe sentir la pasión de señalar a la gente la fe en Cristo*. La verdadera fe. La fe salvadora. En esto Spurgeon era notable. Su ministerio evangelístico era poderoso y tan profundamente apreciado como su ministerio pastoral, su predicación, y sus ministerios sociales. Predicaba en graneros y establos, en teatros, al aire libre y en cualquier lugar en que se congregara la gente. Su papel de pastor/evangelista fue lo que destacó en su ministerio. Spurgeon mismo decía: “no puedo estar contento ni siquiera por cinco minutos, si no estoy tratando de hacer

algo por Cristo.” También decía: “Yo preferiría ser el instrumento de la salvación de un alma, antes que ser el más grande orador de la tierra.” Transmitía esta pasión a otros. En 1867, el Tabernáculo Metropolitano contaba con 250 miembros involucrados todos en la obra evangelística.

Más aún, Spurgeon se dio cuenta de que si Londres debía ser conquistada para Cristo, el evangelismo debía centrarse en plantar nuevas iglesias. En esta labor Charles alcanzó la excelencia. Sabía que una pasión por las almas debía resultar en una obra práctica sensible, como empezar nuevas congregaciones. Comentaba: “Cuando ustedes se lamentan por la desigualdad del mundo... llorar no logrará nada si el llanto no va acompañado de la acción.” Como resultado de eso, ya en 1878, cuarenta y ocho nuevas iglesias habían sido establecidas bajo su guía, solamente en el área metropolitana de Londres. Las conversiones fueron innumerables.

6) Además, para que alguien sea usado en el avivamiento, *la oración y la tribulación* son esenciales. La tribulación siempre parece jugar un papel vital en la preparación de un siervo de Dios para que ejerza un gran servicio, por parte del Espíritu Santo. Las pruebas que soportó Spurgeon son legendarias. A través de toda su vida experimentó pruebas que lo llevaron a la desesperación, y gracias a ella, a ponerse de rodillas. Pero la desesperación siempre inspira la oración. Afortunadamente, Spurgeon heredó una iglesia que oraba grandemente. Él sabía y afirmaba: “las reuniones de oración son la maquinaria palpitante de la iglesia.” ¡Cómo oraba su congregación! Ellos oraron para que se diera el avivamiento. Pero la oración debe ser tanto personal, como grupal. ¿Cómo oraba Spurgeon? Parecía caminar en un espíritu de oración continua. No era dado a oraciones formales, pero oraba sin cesar. Podía pasar instantáneamente de una conversación con un amigo a una oración.

7) Sobre todo, un hombre de Dios, para ser usado significativamente por Dios, debe ser simplemente eso: *un hombre de Dios*. Spurgeon tenía muchos dones inusuales. Una mente brillante y una personalidad cautivante. Poseía una voz maravillosa y su don natural de habilidades oratorias sorprendía a las multitudes que llegaban para escucharlo. Podía organizar su trabajo de manera asombrosa, pero por sobre todo, amaba a Jesucristo con todo su corazón. Decía: “preferiría ser santo a ser feliz, si ambas cosas estuviesen

divorciadas.” Spurgeon tenía un propósito y una meta: exaltar a su Salvador con una vida piadosa y una predicación del Evangelio con poder.

Dicho sencillamente, Spurgeon, levantado por el avivamiento del Espíritu Santo, comenzó un peregrinaje que daría a Inglaterra y al mundo uno de los ministerios pastorales, evangelísticos y sociales más grandes. El hombre llamado *Cristiano* había llegado y el mundo pronto lo sabría.

Presentar un recuento cronológico rígido del peregrinaje de Charles Haddon Spurgeon, sería muy difícil y de poco provecho. Es preciso entender la dinámica de su ministerio. Por tanto, esta presentación será tanto tópica como cronológica, aunque seguiremos una secuencia general de los eventos. Además, para entender a cualquier personalidad, uno debe entender el tiempo y el lugar en que esa persona vivió. Por tanto, daremos primero un vistazo al Londres victoriano.

Capítulo 2

“La Ciudad de la Destrucción”

La Inglaterra Victoriana de Spurgeon

En la perceptiva alegoría de Bunyan, el *Peregrino* abandonó la ciudad que tanto había amado porque estaba convencido de que Dios la había destinado a la destrucción. Así comenzó su peregrinaje en busca de la indestructible *Ciudad Celestial*. Pero eso no puso un término a su compromiso con la comunidad condenada. Tenía amigos y familia allí. Parte de su corazón permanecía en esa ciudad. El Reino de Dios versus la *Ciudad de la Destrucción* ha sido siempre el problema paradójico para los peregrinos. La Inglaterra de Spurgeon del siglo 19 no fue la excepción. Ambos amaban y despreciaban su *ciudad*. Pero a pesar de que su convicción religiosa condenaba la ciudad, una profunda preocupación y una conciencia social por el bienestar de su gente, prevalecían en la mente evangélica victoriana.

Spurgeon comentaba: “Socialmente somos un cuerpo, y un miembro enfermo afecta al todo. La borrachera en un grupo social, es un daño para todos nosotros; la falta de ahorro causa pérdidas a la comunidad entera; en todas partes el vicio contagia a todos los rangos de la sociedad; leyes abominables que oprimen a unos cuantos constituyen una lesión real para muchos. Sería adecuado que todos los hombres buenos sintieran esto y fueran sacudidos. Para beneficiar a la comunidad, debemos buscar el bien de todo hombre, mujer y niño; y para que le vaya bien a una nación, cada individuo debe obrar con justicia.”

Esta idea caracterizaba a la mayoría de los cristianos evangélicos del siglo 19. Creían en la unidad esencial de la sociedad humana, por pecadora que fuera. Constantemente se entregaban a la reforma social y a empresas filantrópicas así como al evangelismo. Cuando la reina Victoria asumió la corona en el año de 1837, tres años después del nacimiento de Spurgeon, ocurrieron una serie de cambios muy importantes. Spurgeon irrumpió en la cambiante escena como una

tormenta, y condujo a multitudes de ingleses victorianos más cerca de Dios. ¿Cuál fue la característica de esos tiempos significativos en los que Charles Haddon Spurgeon ejerció su ministerio? Responder a esta pregunta nos ayudará a comprender mejor el ministerio de este predicador.

La Dinámica de la Sociedad en el Siglo 19

El año en que nació Spurgeon vio alejarse rápidamente al viejo mundo dando paso a un mundo nuevo. La Revolución Industrial había provocado un cambio en muchas áreas de la vida. Fue muy providencial que Spurgeon naciera en ese año, pues daría una nueva configuración al panorama espiritual de su generación.

Spurgeon no era un amante de la tradición y atacaba con dureza a quienes no podían aceptar el cambio: “ustedes creen que debido a que algo es antiguo, tiene que ser venerable. Ustedes son amantes de las antigüedades. No quieren que se repare una carretera porque el abuelo suyo condujo su carreta en medio de los hoyos que se encuentran allí. ‘Queremos que siempre estén allí,’ –dicen- ‘que siempre estén allí y que nos cubran las rodillas.’ ¿Acaso su abuelo no la recorrió cuando los hoyos tenían una profundidad que llegaba hasta la rodilla y quedaba manchado de lodo? Entonces, ¿por qué ustedes no habrían de hacer lo mismo? Sus abuelos estaban contentos con todo eso. ¿Por qué no habrían de estarlo ustedes? Ustedes se han sentado siempre con mucha tranquilidad en la capilla. Nunca fueron testigos de un avivamiento ni quieren verlo.”

Todo el entramado social necesitaba desesperadamente de un cambio. Los servicios médicos eran casi inexistentes. Pocas personas tenían el entrenamiento adecuado en el campo de la medicina. Las condiciones de los quirófanos eran dramáticamente insalubres, y mucha gente agonizaba y moría en ellos. La ayuda llegó con la introducción de instrumentos médicos, tales como las jeringas hipodérmicas, que se usaron por primera vez en 1853, diecinueve años después del nacimiento de Spurgeon. Se comenzaron a utilizar nuevos procedimientos en la medicina, con importantes resultados. Los médicos se limitaban a formular drogas y a hacer exámenes físicos muy simples, ya que realizar procedimientos quirúrgicos no era algo digno de gente de su categoría. Era necesario estudiar en Oxford o Cambridge

y -como asunto sorpresivo y revelador de los cambios observados en este periodo- tenían que pasar un examen ante el Colegio Real de Médicos, que les otorgaba licencia a aquellos individuos que eran capaces de interpretar los textos médicos del siglo primero y del diecisiete, exámenes que eran enteramente en latín. Por todo esto se dice que aquella no era la mejor época para enfermarse, debido a las limitaciones terapéuticas.

En Inglaterra, Joseph Lister introdujo los antisépticos para las prácticas quirúrgicas y su nueva aplicación fue sorprendente; ¡contra todas las expectativas, las heridas sanaban y los pacientes sobrevivían! Dar a luz en condiciones tan deplorables era causa importante de una altísima tasa de mortalidad, de tal forma que cuando nacía un nuevo bebé la gente se hacía la pregunta: “¿habrá venido este niño para quedarse?” Para compensar esto, la costumbre era tener grandes familias, muchos hijos, con la esperanza de que algunos sobrevivieran hasta llegar a la edad adulta. Charles Spurgeon fue el primogénito de diecisiete hijos, aunque únicamente ocho, (dos varones y seis mujeres), sobrevivieron a la infancia. Eran los tiempos del cólera, del tifus, de la tuberculosis, de la bronquitis y de la viruela. Aunque se había prohibido botar basura en las calles o mantener sucias y mal ventiladas las fábricas –se vivía la revolución industrial- estas medidas restrictivas tuvieron efectos marginales como ocurre a menudo. Igual pasó con la ley de salud pública que obligaba a dispensar agua potable, drenar adecuadamente las aguas negras de las casas y posadas, aunque sí funcionó aquello de prevenir el escorbuto de los marinos, que alguna vez había afectado a su héroe naval Horacio Nelson y a sus esforzados marineros. Pero la muerte campeaba en todos los sectores sociales, de donde surgieron los grandes funerales, los largos duelos –regulados por el tiempo de uso de los vestidos negros en las mujeres o las bandas de igual color en los brazos masculinos- el anuncio de la agonía y de la muerte en el lecho de enfermo por el repique de las campanas –lo que originó el título de aquella famosa novela de Hemingway sobre la guerra civil española: ‘¿Por quién suenan las campanas?’ La mismísima Reina Victoria vistió luto durante cuarenta años después de la muerte de su amado Príncipe Alberto.

Prevalecía la distinción de clases sociales con el resultado de que la autoridad debía ser obedecida irremediabilmente, sin ser cuestionada jamás. A causa de estas actitudes, y debido a la ausencia de inspectores

de salud y seguridad en los lugares de trabajo, fueran fábricas o centros agrícolas, las lesiones y las muertes eran frecuentes. Cualquier resistencia que se opusiera a las malas prácticas y a las pobres condiciones existentes, era enfrentada resueltamente por quienes ostentaban la autoridad. Por ejemplo, unos trabajadores disidentes que intentaban defender sus condiciones y estándares de vida, en Dorset, fueron deportados como convictos a Australia. Ese ejemplo tenía la intención de desanimar al movimiento de la clase obrera británica, en especial, a los sindicatos que estaban recién constituidos.

Los principales medios de transporte eran: el acuático, por vía marítima o por los diferentes canales; o el transporte terrestre, que consistía en caminar o en utilizar animales. El caballo, ya sea jalando un carretón o un carruaje, o montado, era esencial para los viajes que requerían rapidez o cubrir grandes distancias.

En cuanto a la dinámica de la sociedad del tiempo de Spurgeon, podemos decir que a principios de siglo era básicamente rural, consistente en pequeños pueblos. Los sueldos eran muy bajos. El desempleo plagaba muchas áreas, la vida era difícil, especialmente en los ghettos de Londres, Manchester y Glasgow. Para decirlo en pocas palabras, las ciudades dejaban mucho que desear. Se ha dicho que las ciudades estaban caracterizadas por la fealdad, la mugre, el congestionamiento, por casas construidas pobremente, y por la falta de condiciones sanitarias y de agua potable.

Los castigos legales contra el crimen eran extremados y brutales muchas veces. Eran prevalente los prejuicios y el trato injusto hacia ciertas clases de la sociedad. La ley parecía estar sesgada para proteger al patrono y sus pertenencias. Los pobres gozaban de pocos privilegios. Muchos creían que era un crimen tratar de cambiar ese injusto sistema. Prevalecía el espíritu del viejo sistema feudal. El sistema político conservador tendía a mantener esta estructura.

Spurgeon era muy conservador en teología, pero estaba en desacuerdo con el sistema político conservador.

LA REINA VICTORIA (1837-1901)

Cuando hablamos de Spurgeon, el trasfondo histórico es el de la Reina Victoria. Uno no puede entender a la Inglaterra del siglo 19, sin entender a la reina Victoria. Ella era la personificación de los tiempos.

Asumió el trono el 23 de Junio de 1837, después de una dinastía de reyes ineptos, tales como Jorge III, Jorge IV y Guillermo IV. Tenía 18 años cuando ascendió al trono, y fue Reina hasta 1901, es decir, su reinado duró durante 64 años. Victoria no era una mujer dotada de una inteligencia superior; sin embargo, era decidida y estaba resuelta a cumplir con sus deberes. Mujer seria y con gran sentido de la autoridad y de la familia, devolvió el prestigio a la corona inglesa. En el reinado de la Reina Victoria, la monarquía recuperó el respeto que había perdido bajo sus dos predecesores. La primera educación religiosa de la princesa la recibió en parte de una institutriz. Sin embargo, el Deán de Chester, George Davies, se convirtió en su principal mentor espiritual. Davies poseía una sencillez espiritual que moldeó significativamente la orientación moral y religiosa de la joven princesa. Antes de asumir el trono, Victoria disfrutaba la adoración breve y sin pompas litúrgicas. Cuando, como reina, tuvo que asistir al elaborado formalismo del culto anglicano, la reina desarrolló una animadversión hacia los largos servicios, la música solemne y la predicación pedante que era muy característica de esa época. Victoria sentía desconfianza hacia todo tipo de entusiasmo religioso. El 10 de Febrero de 1840 casó con Albert de Saxe-Coburg-Gotha, en Alemania. Era un hombre muy capaz. Albert, siendo alemán, era un miembro fiel de la iglesia luterana. Al igual que sus compatriotas alemanes, sentía repulsión por el poder del Papa, de los clérigos y por todo tipo de dominio eclesiástico. El racionalismo, y consecuentemente el criticismo bíblico prevalecían en Alemania. El príncipe consorte se embebió de todo ese espíritu. Como resultado no simpatizaba con la Iglesia de Inglaterra ni con los movimientos religiosos del día. Sentía que la Iglesia de Inglaterra no era lo suficientemente reformada. Se convirtió en un acérrimo crítico del establecimiento religioso británico. La Reina Victoria, aunque no tan crítica como su esposo, admiraba a los clérigos académicos. Victoria instauró, con la ayuda de Disraeli, una amplia política imperialista. En el plano religioso fue muy tolerante, y como Jefe Supremo de la Iglesia de Inglaterra y de Escocia, evitó todo tipo de enfrentamientos. También protegió a los católicos. Murió como último monarca de la Casa Hanover.

William Gladstone (1809-1898), político británico, líder del partido liberal, y primer ministro en tres ocasiones, fue otra figura política importante de la época y amigo de Spurgeon. Intercambió correspondencia regularmente con el predicador. A menudo lo invitaba

a desayunar o a cenar al número 10 de Downey Street, aunque Spurgeon raramente asistía. Sin embargo, Spurgeon apoyaba a Gladstone y ejerció considerable influencia para apoyar al Partido Liberal en las elecciones generales de 1880 y de 1886. Incluso Gladstone asistió una vez a escuchar su predicación, el 8 de Enero de 1882. Fue Gladstone el que dio a Spurgeon el título de “el último de los puritanos.”

RELIGIÓN

En esa época Inglaterra era uno de los países más religiosos del mundo. Hay historiadores que afirman que el movimiento evangélico era la mayor fuerza de la vida británica. Era el cemento moral de la sociedad inglesa. Gladstone, el amigo de Spurgeon afirmó: “yo he conocido a 95 de los hombres más grandes del mundo de mi tiempo, y 87 de ellos eran seguidores de la Biblia. Los ingleses victorianos eran “notoriamente religiosos.” A pesar del creciente humanismo de la época, alguna forma de fe cristiana influenciaba casi cada nivel y vestigio de la sociedad, al menos ostensiblemente. Spurgeon estaba en el centro de este fervor religioso y lo influyó sustancialmente.

Sin embargo, de manera paradójica, conforme el siglo 19 avanzaba, el escepticismo racional parecía crecer con el siglo, comenzando con los círculos más intelectuales. Este escepticismo agresivo precipitó una serie de retos para las iglesias. Con estas influencias, los filósofos del continente y muchos teólogos lanzaron ataques sobre los puntos de vista tradicionales de la Biblia. Los trabajos de gente como David Strauss y Julius Wellhausen pronto comenzaron a “depurar, negar o modificar” toda la revelación cristiana, según era entendida por el creyente promedio del siglo 19. Sus escritos sacudieron la fe de muchos. La era victoriana introdujo un período en el que se veía que las vigorosas fuerzas del nuevo pensamiento, reducirían el cristianismo histórico a una posición de muy poca influencia en la vida occidental.

Tres crecientes puntos de vista filosóficos se establecieron en la mente religiosa: el utilitarianismo, la evolución y el racionalismo. El primero declara que cualquier acción es correcta si puede demostrarse su “rectitud.” O sea, si proporcione la mayor cantidad de placer a la mayor cantidad de gente. Tenía su base en el epicureísmo. La hipótesis de la evolución, por supuesto, tuvo su nacimiento con Charles Darwin (1809-1882). Herbert Spencer (1820-1903), desarrolló la hipótesis de la

evolución hasta convertirla en un sistema filosófico que incluía todas las áreas. El impacto del pensamiento de Darwin fue tremendo, y sigue siéndolo al día de hoy, aunque extensamente modificado. Tal vez el ataque más directo contra la fe tradicional y ortodoxa provino del criticismo bíblico racionalista y científico. El racionalismo generó muchas dudas en los sistemas de creencias de los británicos victorianos ordinarios. El poderoso impacto del racionalismo epistemológico forzó a la Iglesia de Inglaterra a caer en el fútil ejercicio de intentar reconciliar el cristianismo con la ciencia y el criticismo bíblico radical.

Todos estos movimientos condujeron a la conclusión de que las enseñanzas de la Biblia son puramente éticas. Afirmaban que la contribución real del Nuevo Testamento se centraba en las enseñanzas morales y éticas de Jesús. “En la búsqueda del Jesús histórico.” Los milagros, la divinidad de Cristo, la expiación sustitutiva, la resurrección, no tenían importancia o eran rechazados por completo.

Spurgeon participó activamente en estas controversias, y arriesgó su vida y su ministerio en la lucha, en la protesta. Cualquier cosa que contradijera la clara palabra de Dios, era motivo de la intervención de Spurgeon.

En este contexto fluido y dinámico, Charles Haddon Spurgeon desarrolló su obra monumental para salvar a su ‘Ciudad’ de la ‘Destrucción’.

Capítulo 3

“Aquella Puerta Estrecha”

La Peregrinación de Spurgeon hacia su conversión

Raíces

Los biógrafos de Spurgeon debaten sobre el origen de sus ancestros. Unos se inclinan a opinar que la familia que emigró a Inglaterra en un momento dado, provino de Holanda, y afirman que Spurgeon tenía físicamente un aspecto holandés. Otro grupo de biógrafos afirma que la familia de Spurgeon provino originalmente de Noruega. Lewis Drummond, un biógrafo moderno de Spurgeon, opina que probablemente la verdad se encuentra en el centro, es decir, en una combinación de ambas nacionalidades.

Charles Haddon Spurgeon estaba orgulloso de su ascendencia y por muy buenas razones. Algunos miembros de la familia huyeron de Holanda a Inglaterra por la cruel persecución promovida por Fernando Álvarez, Duque de Alba, católico romano, general español, que comandaba una tropa de 20,000 mercenarios y que seguía instrucciones del rey Felipe II de España. Este Duque aplicó todo tipo de torturas imaginables a los protestantes en el año de 1567. El general se deleitaba en acatar las órdenes de perseguir a los protestantes con vigor. Se jactaba de haber enviado a 18,000 personas a la hoguera. El único crimen que habían cometido estas personas era resistirse a las demandas de la iglesia católica romana para que abjuraran de su fe. Estos refugiados se distinguieron como gente muy trabajadora y confiable, que beneficiaron grandemente a la sociedad en la que se insertaron.

En la región en la que nació Spurgeon, East Anglia, también conocida como los “Fens,” hay documentos legales que se remontan al año 1465, que registran la presencia del apellido Spurgeon.

En el siglo diecisiete, ocurrió un importante evento en la familia de Spurgeon. Un cierto Job Spurgeon, un cuáquero de un pueblo llamado Dedham y contemporáneo de John Bunyan, sufrió persecuciones por su fe cristiana. Experimentó acosos y persecuciones y multas por asistir a reuniones de los “inconformes,” o disidentes de aquel tiempo. En otras palabras, no seguía la religión aprobada por las autoridades. En el siglo diecisiete, congregarse con un grupo para adorar a Dios fuera de una iglesia “establecida,” lo convertía a uno en un criminal. Job fue encontrado culpable y tuvo que pagar el precio.

Los registros de la época revelan que seis años más tarde, Job fue arrestado nuevamente por la misma ofensa. Cuando rehusó pagar la multa, el juez le exigió que ofreciera garantías de su buen comportamiento futuro, pues de lo contrario tendría que ir a prisión. Terminó en la prisión de Chelmsford, junto con otros tres compañeros disidentes. Este segundo arresto tuvo lugar en medio de un cruel invierno. Los hombres tuvieron que dormir durante quince semanas sobre el frío piso de piedra de la prisión, cubierto solamente con una alfombra de paja y no tenían ningún fuego que los calentara. Job Spurgeon se puso tan débil y tan enfermo, que ya ni siquiera podía acostarse, sino que permanecía sentado en una silla la mayor parte del tiempo. Charles relataba este evento con mucho orgullo. Casi se gloriaba por el hecho de que uno de sus ancestros hubiera soportado tales duras pruebas por su fe. En una ocasión afirmó: “prefiero ser descendiente de alguien que sufrió por la fe, que llevar en mis venas la sangre de todos los emperadores.”

La conclusión importante en términos de las raíces de Spurgeon es que existía una sólida tradición de Inconformismo o No-conformismo y piedad, transmitida a lo largo de las generaciones. Desde una perspectiva espiritual, Spurgeon poseía una herencia de nobleza. Y eso le agradaba mucho a Charles.

Su nacimiento

El gran predicador nació en una pequeña casa en Kelvedon, Essex. En aquella época, este pueblo contaba con unos 1,500 habitantes. Un hermoso río, el Blackwater, fluye a través de Kelvedon. La fecha de su nacimiento fue el 19 de Junio de 1834, diez días después de que

William Carey murió en la India. La muerte de un gigante cristiano ocurrió casi simultáneamente con el nacimiento de otro, y entonces se encendió una llama espiritual que brilló de manera más visible que el incendio del Parlamento británico que tuvo lugar en ese mismo año. Dios no se queda sin testigos.

James Spurgeon, un pastor congregacionalista y abuelo de Charles, quien jugó un papel muy importante en la educación del niño, lo bautizó siendo un bebé, el día 3 de Agosto de 1834. El certificado de bautismo se encuentra en la Casa Somerset de Londres. Uno de los biógrafos más importantes de Spurgeon afirma que Charles recibió este nombre porque un hermano de su madre se llamaba Charles. Eso es probablemente correcto. El segundo nombre: Haddon, tiene una historia muy interesante. A Charles le agradaba relatar esta historia.

Su abuelo James, antes de convertirse en el pastor de la Capilla Independiente de Stambourne, había pasado algunos años en el mundo de los negocios, administrando una tienda, una miscelánea, en Halstead, lugar de su nacimiento. Uno de los principales productos que vendía en su tienda era un buen queso inglés. James compraba su producto a mayoristas y lo vendía a sus clientes al menudeo. En una ocasión, un amigo suyo, de nombre Haddon, le dijo: “señor Spurgeon, debería ir a las ferias de Derby y Leicester para comprar su producto allí; de esta manera obtendría mayores utilidades. “¡Oh!” -replicó el abuelo- “yo no podría hacerlo, pues no cuento con el dinero suficiente.” “Eso no es ningún problema,” -respondió el generoso Haddon. -“Si usted me hace saber cuándo va a tener lugar la siguiente feria, yo le prestaré el dinero, y usted podría pagarme una vez que haya vendido el queso. Tengo tanta confianza en su integridad cristiana, que me daría mucho gusto poder ayudarle de esta manera.”

Así lo hizo el abuelo. Vendió el queso y obtuvo una muy buena ganancia, y fue a visitar al señor Haddon, el generoso amigo, para pagarle el préstamo incluyendo los intereses. Cuando le preguntó cuánto le debía en concepto de intereses, el señor Haddon respondió: - “¡Oh, señor Spurgeon, esa no es mi manera de hacer negocios! Yo tenía ese dinero sin darle ningún uso, (sin ningún costo de oportunidad, como decimos hoy día), y usted me ha hecho un gran favor al invertirlo adecuadamente. Entonces, en vez de cobrarle intereses, quiero ofrecerle 5% por su esfuerzo en colocar ese dinero por mí; cuando

vengan las siguientes ferias, quiero que compre más quesos en los mismos términos.”

Por esta razón, es muy entendible que el nombre de Haddon se volviera profundamente apreciado por la familia Spurgeon. El abuelo James llamó Haddon a uno de sus hijos, como segundo nombre, en recuerdo de la extrema generosidad de su amigo. Ese tío de Charles era quien dirigía la alabanza en los servicios de adoración de la Capilla de Stambourne. Fue muy natural que cuando John Spurgeon tuvo su primogénito, le pusiera como segundo nombre Haddon. De esta manera su nombre fue Charles *Haddon* Spurgeon. Como una interesante secuela a esta historia, tenemos que William Olney, uno de los diáconos de la Capilla New Park Street, construyó una gran misión en Bermondsey. Llamó al lugar Haddon Hall. Spurgeon comentó a este respecto: “siempre me ha parecido que esta cadena de circunstancias es una fresca ilustración de la inspirada promesa: “En memoria eterna será el justo.” Salmo 112: 6.

El padre de Charles, John, estaba dedicado a los negocios, y mantenía una tienda en aquellos días en Kelvedon, pero aparentemente no le iba muy bien. Diez meses después del nacimiento de Charles (Abril de 1835), John y su esposa Eliza se mudaron a Raleigh, Essex, y luego a Colchester, y unos cuatro meses más tarde (Agosto de 1835), Charles fue a vivir con sus abuelos, a Stambourne. El último libro que escribió durante su vida, titulado *Recuerdos de Stambourne*, fue acerca de este pueblito donde vivió con su abuelo siendo todavía muy niño, aproximadamente durante cinco años. Charles casi nunca mencionaba su nacimiento en Kelvedon, ni sus días en Colchester, excepto para narrar la historia de su conversión que tuvo lugar en este último pueblo. La casa en la que nació, tiene una placa conmemorativa que dice: “lugar de nacimiento del Príncipe de los Predicadores.”

Sus padres

La madre de Spurgeon fue Eliza Jarvis. Nació en el año de 1815, el 3 de Mayo, y era la hermana menor de Charles Parker Davis, el tío por quien Charles recibió su nombre. Todo mundo la reconocía como “una mujer notable por su piedad, utilidad, y humildad.” Eliza acababa de cumplir los diecinueve años, cuando Charles, su primogénito, vino al mundo.

El padre de Charles, John, fue el segundo de diez hijos, y nació el 15 de Julio de 1810. Tenía alrededor de 24 años cuando nació su hijo. John era muy alto y corpulento, un buen ejemplar de un inglés del campo. Además de ser un hombre de negocios, predicaba fervientemente el Evangelio y servía como ministro muy capaz de una iglesia Independiente. Poseía una poderosa voz, y debido a eso fue elegido para dirigir y anunciar los himnos cuando se celebraban reuniones al aire libre en Colchester. Charles heredó su potente voz. Durante años, John trabajó en Colchester como empleado de un cierto nivel en una oficina que distribuía carbón y coque (otro derivado del carbón); esto lo hacía durante la semana, y los fines de semana servía como pastor de la iglesia independiente de Tolesbury. Más o menos a la mitad de su vida, se dedicó de lleno al ministerio.

Spurgeon tenía una excelente relación con sus padres, y especialmente sentía hacia su madre Eliza una profunda reverencia. La dedicación de esa madre para con sus hijos, nos recuerda a Susana, la madre de John Wesley. Aunque no gozaba de muy buena salud, ella oraba con sus hijos y les leía la Biblia diariamente. Era una mujer de pequeña estatura. Charles heredó ese rasgo, aunque ella era muy alta en el Espíritu. Su devoción cristiana influyó tremendamente en Charles. John terminó sus días en Londres, predicando en una iglesia de esa ciudad. La familia Spurgeon no fue rica, y durante años batallaron con una numerosa familia, como lo hacían los ministros cristianos de la iglesia independiente del siglo diecinueve. De estos humildes principios y de este contexto vino a la escena el más grande predicador de la era victoriana.

Spurgeon comentó en algún momento de su vida: “necesitamos nuevamente Luteros, Calvinos, Bunyans, Whitefields, hombres capaces de marcar épocas, cuyos nombres envíen ondas de terror a los oídos de los enemigos. Tenemos una tremenda necesidad de hombres así. ¿De dónde nos vendrán? Ellos son dones de Jesucristo a Su iglesia, y vendrán a su debido tiempo. Él tiene poder para darnos nuevamente una edad de oro de predicadores, un tiempo tan fecundo en grandes teólogos y poderosos ministros como lo fue la época de los puritanos, cuando la buena y antigua verdad sea predicada nuevamente por hombres cuyos labios sean tocados con carbones encendidos procedentes del altar. Este será el instrumento en la mano del Espíritu para traer un grandioso y pleno avivamiento de la religión en la tierra.”

La familia de Spurgeon no se imaginaba, cuando llegó al mundo, que él mismo iba a desempeñar ese papel para unirse a la noble caravana de los gigantes del púlpito que trajeron la edad de oro de la predicación a la iglesia victoriana inglesa.

El cambio a Stambourne

Cuatro meses después de que la familia estableció su residencia en Colchester procedente de Kelvedon en Agosto de 1835, los padres enviaron al bebé de catorce meses de edad, a vivir con sus abuelos en Stambourne, ubicado en el campo del condado de Essex. Los abuelos habían ido de visita a Colchester y se llevaron consigo al bebé. Una encuesta eclesiástica de 1676 arrojó la información que el condado de Essex tenía la mayor proporción de disidentes protestantes de toda Inglaterra. Stambourne en realidad tenía una clara mayoría de inconformes. Este fue un suelo fecundo en el que Charles pudo desarrollarse.

Stambourne era una aldea bellísima y contaba con unos alrededores sorprendentes. En el tiempo de Spurgeon únicamente había una herrería, una tienda ubicada dentro de una casa de habitación, dos cervecerías y una escuela ubicada también dentro de una casa. Las casas del pueblo que eran pocas, y había una iglesia Congregacional independiente y una iglesia Anglicana. La población era aproximadamente de unas 500 personas en aquellos días y no había ni oficina de correos, ni médicos ni policías. Era un lugar tranquilo, feliz, lleno de descanso, un lugar que Spurgeon nunca olvidaría. A lo largo de su vida el predicador albergó gratos recuerdos del lugar donde su abuelo había vivido y ministrado a la congregación independiente desde 1810.

La razón por la que el bebé fue enviado a vivir con sus abuelos permanece más o menos en la oscuridad. Se ha conjeturado que sus padres se encontraban en una situación financiera de estrechez. Esto parecería ser la razón más lógica. John y Eliza tuvieron diecisiete hijos en total; nueve de ellos murieron en la infancia. Charles no regresó a vivir con sus padres sino hasta los seis años de edad. Pero puede percibirse en esta circunstancia el propósito providencial del Señor. El abuelo James ministraba en el espíritu de los grandes teólogos

puritanos. Se decía de él que era “uno de los últimos representantes de la Vieja Disensión.” Personificaba a los puritanos en algunas de sus mejores expresiones. Charles tuvo allí una niñez feliz y en el hogar de sus abuelos recibió una sólida formación de carácter. Nunca se sustrajo a la profunda influencia de su temprana educación puritana.

La niñez de Spurgeon en Stambourne

Como ya se ha mencionado, Spurgeon recordaba con especial cariño la casa de sus abuelos en Stambourne que luego describió vívidamente. Escribió acerca de ella en la revista *La Espada y la Cuchara* en 1888. Recuerdos placenteros y preciosos fluyeron de su pluma. Realmente se trataba de una mansión. Pocos pastores disidentes tenían una casa así, pero una casa espaciosa era necesaria para la gran familia del pastor abuelo de Spurgeon. James y su esposa tuvieron nueve hijos, tres mujeres y seis varones. Pero era inusual que un pastor disidente tuviera una casa así. En esa mansión y especialmente junto a la chimenea, Spurgeon pasó muchas horas felices, gozando de las conversaciones con los abuelos y especialmente con su tía Ann, quien era una tía soltera que vivía también en esa casa. Ella fue quien enseñó a leer a Charles. Era una casa hermosa, era un hogar feliz.

El abuelo James

James, el abuelo de Charles, tenía un carácter sumamente interesante y proyectaba una gran influencia. Era un ministro del Evangelio muy maduro, un verdadero puritano que creía que la Biblia era literalmente la Palabra de Dios inspirada verbalmente en su totalidad. Se dedicó a los negocios hasta los veintiséis años de edad, cuando sintió el llamado definitivo para dedicarse de lleno al ministerio. Estudió en la Academia Hoxton, durante dos años.

Se hizo luego cargo de la capilla independiente de Stambourne que tenía 200 años de historia. Durante todo ese tiempo sólo habían tenido cuatro ministros. James fue llamado por unanimidad para ocupar el cargo. En Mayo de 1811 se instaló como pastor. Permaneció en el cargo durante 54 años. Todo mundo tenía una gran opinión de él. Y el abuelo afirmaba: “no he tenido una sola hora de infelicidad con mi iglesia desde que me hice cargo de ella.” No son muchos los ministros que podrían decir eso.

A través de los años, otras iglesias buscaron a James Spurgeon para ser pastoreadas por él, pero su compromiso con el pueblo de Stambourne persistió a lo largo de su vida. Raramente predicaba en alguna otra iglesia que no fuera la suya. Era un hombre robusto y su figura era imponente. Tenía una cabeza grande, y como decían algunos, contenía mucho bien. También poseía una potente voz: esa era evidentemente una característica de la familia. Era intenso y práctico en la predicación del Evangelio, una imagen perfecta de la vieja escuela de los teólogos puritanos. No poseía ninguna riqueza sino la del espíritu. En una ocasión le dijo a su nieto: “Charles, no tengo nada que pueda dejarte, nada que heredarte, sino la gota reumática; y te he heredado una buena cantidad de ella.” Pero en realidad le dejó mucho más que eso. Le dejó una buena herencia de entendimiento de la fe cristiana al estilo de los puritanos, que Spurgeon utilizó durante toda su vida.

James era de mente muy amplia en su actitud hacia otros verdaderos creyentes, independientemente de la denominación a la que pertenecieran. No podría ser acusado de fanatismo. James gozaba de una excelente relación con el Rector de la iglesia parroquial, (estamos hablando de la iglesia de Inglaterra), quien era un anglicano evangélico en el mejor sentido del término. Coincidían en materia doctrinal y en los temas centrales de la fe cristiana. El abuelo poseía significativos dones de predicación. Un fervor evangélico siempre salía a la superficie en sus mensajes. Invariablemente llamaba a la gente a tener fe en Jesucristo. Declaraba todo del consejo de Dios en toda su realidad. Poseía una gran fe. Poseía también un gran sentido del humor. Un día le preguntaron que cuánto pesaba. Él respondió: “bueno, eso depende de cómo me consideren. Si me pesaran en la balanza, me temo que no peso lo suficiente, pero en el púlpito, me dicen que soy lo suficientemente pesado.”

La abuela de Spurgeon era una señora muy tranquila y querida, muy quieta y siempre retirada a un segundo plano. Ella se dedicaba al entrenamiento espiritual de sus hijos. Se dedicaba a obras de caridad y benevolencia, dirigiendo y participando en grupos dedicados a esas actividades. Siendo una mujer de profunda piedad, se convirtió en una inspiración real para el muchacho.

Pero fue la hija que vivía en casa, la tía Ann, quien realmente hizo el papel de madre para Charles en aquellos días. El niño pasó muchas horas felices con la tía que le consentía. Le preparaba pastelillos que acompañaba con leche fría. Ella le enseñó a leer perfectamente.

El niño precoz

Hemos de recordar que fue en la casa pastoral de Stambourne donde Spurgeon descubrió uno de sus mayores tesoros: *El Progreso del Peregrino* de John Bunyan. Aun siendo un niño muy pequeñito, a la edad que muchos otros niños se esforzaban por deletrear palabras de una sola sílaba, él ya leía con fluidez. A esa corta edad, acostado en el suelo frente a la chimenea, leía a la luz de una débil vela. De esta experiencia surgieron muchas ideas para su famosa conferencia *Sermones sobre velas*. En aquellos días, los volúmenes de los puritanos que leía eran demasiado pesados para poder cargarlos. Al contemplar los grotescos grabados que describían la caminata de Cristiano, comenzó a sentir la carga que veía en la espalda del Peregrino, hasta que se libró de ese peso. Charles dijo: “quería saltar de gozo, cuando después de llevar su peso durante tanto tiempo, finalmente se libró de él.” Durante los años que pasó con sus abuelos, también leyó con sumo interés, a esa tierna edad, *El Libro de los Mártires* de Fox. Devoró también *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, un libro puritano que pocos entendieron. Se convirtió en un ratón de biblioteca, estudiando las pesadas obras de los puritanos. Definitivamente era un niño precoz, al menos en lo relativo a la lectura. Spurgeon comentaba: “cuando era sólo un niño, yo podía discutir enredados problemas de teología controversial.”

También leyó muchos libros a lo largo de su juventud, y no se trataba solamente de libros de teología. En una ocasión leyó un libro sobre corridas de toros en España. Sus padres lo castigaron por eso. Spurgeon dijo: “tenían razón, pues yo quisiera olvidar incluso la mitad de lo que leí en el libro, pero no puedo, ya que se me adhirió como pegamento.” También decía: de aquel cuarto oscuro (donde estaban almacenados los libros) yo tomaba a esos viejos autores cuando todavía era muy joven, y nunca era más feliz que cuando estaba en su compañía. Del presente desprecio en que ha caído el puritanismo, muchos valientes y verdaderos corazones lo rescatarán, con la ayuda de Dios, antes de que pasen muchos años. Quienes han embadurnado y

opacado los cristales de la ventanas, se sorprenderán cuando vean la luz del cielo proyectando sus rayos sobre la vieja verdad y difundiéndola para su confusión.”

Muy probablemente Spurgeon aprendió muchas cosas acerca de la predicación viendo a su abuelo cuando preparaba los sermones. El abuelo siempre preparaba los sermones que predicaría el domingo sentado en la sala. Charles lo acompañaba invariablemente en esa habitación. El abuelo tenía el propósito de mantenerlo muy quieto allí. Pero, ¿cómo podrían mantenerlo tranquilo? James pensó haber encontrado una solución razonable. Lo ponía a leer una vieja copia de *La Revista Evangélica*. Sin embargo, esta actividad no tenía ningún efecto sedativo para Spurgeon. Incluso la inevitable foto de un misionero en algún remoto lugar, no atraía su atención. Entonces el abuelo encontró una forma efectiva de tranquilizar al niño. El abuelo le advirtió que no podría predicar bien si no podía preparar el sermón por causa del desasosiego del niño. ¡Funcionó! Funcionó porque el niño comenzó a preguntarse qué le pasaría a la gente que no conociera el camino al cielo. “Esto me obligó a regresar a leer la revista y ver la foto del misionero en tierras lejanas,” afirmó más tarde.

A Spurgeon le agradaba que le permitieran leer la Biblia cuando la familia se reunía para la oración. Gozaba plenamente esas horas. En una ocasión, mientras leía un pasaje de la Escritura del Libro de Apocalipsis que se refería al “pozo del abismo,” (Apocalipsis, capítulo 9), volteó a ver a su abuelo y le preguntó qué significaba eso. James no prestó atención a su pregunta, y le respondió: “vamos, vamos, niño, continúa.” Charles no iba a dejar que se le disuadiera con tanta ligereza. Cada día, cuando llegaba el momento de leer la Escritura, iba al mismo capítulo, Apocalipsis 9, y leía el mismo versículo que hacía mención del “pozo del abismo.” Y al leerlo hacía la misma pregunta: “¿qué significa eso? Pero el abuelo continuaba haciendo a un lado la pregunta. Charles trató de encontrar respuestas en su pequeña mente acerca de qué le pasaría a la gente que caía en un pozo que no tenía fondo. ¿Qué pasaría cuando llegaran al otro extremo del pozo? Continuamente hacía la misma pregunta a la hora de la adoración familiar. Finalmente el abuelo cedió, se rindió y respondió la pregunta de una manera que aterrorizó a Charles. El propio Charles comentó posteriormente: “Puedo recordar el horror que se apoderó de mi mente cuando mi abuelo me comentó lo que significaba para él, el ‘pozo del abismo.’ Hay

un pozo profundo, y el alma cae y cae. ¡Oh, cuán rápidamente está cayendo! El último rayo de luz en la boca del pozo ha desaparecido, y el alma cae, y cae, y cae y cae. Y continúa cayendo más y más y más y más, por mil años. ¿Acaso ya se está acercando al fondo? ¿Va a detenerse algún día? No, no, no, el clamor responde: es un ‘pozo del abismo.’ Ya ha estado cayendo un millón de años. ¿Acaso está cerca del fondo? No, para nada. Es el ‘pozo del abismo.’ Se cae, y se cae, y se cae y el alma continúa cayendo perpetuamente a una profundidad cada vez mayor, cayendo eternamente en el ‘pozo del abismo’, siempre, siempre, siempre, pues es el pozo que no tiene fondo. Es una aflicción sin término, sin esperanza de que concluya alguna vez.”

Hay otra anécdota muy interesante, que es el incidente de la ‘manzana en la botella.’ En su *Autobiografía* el propio Spurgeon nos relata la historia: “recuerdo muy bien que en mi niñez vi una gran manzana metida en un frasco que estaba puesto sobre la repisa de la chimenea. Esto fue algo sumamente raro para mí y de inmediato traté de investigarlo. Mi pregunta era: ‘¿cómo pasó la manzana por el cuello tan angosto de la botella?’ ¿Qué medios se utilizaron para meterla? Aunque tocar ese tipo de tesoros colocados en la repisa de la chimenea constituía alta traición, bajé el frasco y mi alma niña se convenció de que la manzana no habría podido pasar por el cuello del frasco; al revisar el fondo del frasco, llegué a la conclusión que tampoco pudo haber pasado por allí. Entonces desarrollé la hipótesis de que por un artificio oculto, la botella había sido fabricada con dos piezas que después unieron de manera tan cuidadosa que no quedó ningún rastro de la unión. Sin embargo, no estaba nada satisfecho con esa teoría, pero como no había ningún filósofo a la mano que me sugiriera cualquier otra hipótesis, dejé de pensar en ello. Un día, en el verano del siguiente año, vi por casualidad otro frasco, primo hermano de mi viejo amigo, en la rama de un manzano en la crecía una manzanita que había pasado por el cuello del frasco, siendo aún muy pequeña. El gran secreto desapareció. No grité: ¡eureka, eureka!, pero lo habría hecho si hubiera tenido el dominio de la lengua griega.”

Spurgeon siempre podía encontrar aplicaciones para sus sermones, que tomaba de estas tempranas experiencias. De esta última anécdota aprendió que los jóvenes deben ser atraídos a la casa de Dios por todos los medios posibles con la esperanza de que más tarde en sus vidas amen el lugar donde se predica el Evangelio. Pero el predicador

también argumentaba que los sermones no debían ser demasiado largos para no aburrir a los pequeñuelos. Esos tempranos años en Stambourne formaron la dirección general de la vida de Spurgeon. Su abuelo puritano le impartió un amor y una reverencia hacia la perspectiva puritana de la fe cristiana de la cual no se separó nunca.

Otras personas también influyeron en él, como el reverendo James Hopkins, rector o clérigo de la iglesia anglicana del pueblo de Stambourne. Aunque pertenecía al “establecimiento,” predicaba, en el mismo espíritu, el mismo Evangelio que predicaba su abuelo James Spurgeon. En aquellos tiempos había puritanos tanto dentro de la iglesia anglicana como fuera de ella. A Spurgeon le parecía sumamente placentero que los dos hombres de Dios, uno, un pastor de la iglesia establecida, y el otro, un pastor disidente, se tuvieran estima y respeto mutuos y vivieran en una genuina comunión cristiana.

A la tía Ann, quien fue realmente la tutora del niño, le gustaba contar la anécdota del encuentro de Charles con el “viejo Roads.” Uno de los miembros de la iglesia independiente de Stambourne, Thomas Roads, visitaba con frecuencia la cervecería local para tomar unas “gotas de cerveza.” No solamente bebía allí en el establecimiento sino también fumaba su pipa. Esto afligía profundamente al piadoso pastor. El hombre de Dios a menudo suspiraba cuando pensaba en la inconsistente vida cristiana de ese miembro de su iglesia. Charles se había dado cuenta de la aflicción de su abuelo. Un día el niño comentó en voz muy alta, para que su abuelo lo oyera claramente: “voy a matar al viejo, eso es lo que voy a hacer.” El abuelo le dijo: ‘¡Cállate! ¡Cállate! No debes hablar así. Eso está mal, tú lo sabes, y la policía vendría por ti y te llevaría’. Charles replicó: “no voy a hacer nada malo; pero sin embargo, lo voy a matar. Eso haré.” Uno puede imaginarse la consternación del abuelo, aunque en el fondo supiera que el niño no haría nada indebido; así que dejó que pasara ese incidente haciendo el comentario: “qué niño tan extraño.”

Poco tiempo después, un día entró Charles a la casa diciendo: “he matado al viejo Roads; nunca volverá a causar aflicción al abuelo.” “Mi querido hijo, ¿qué has hecho?, ¿dónde has estado?”, preguntó el abuelo. El niño replicó: “no he hecho nada malo, abuelo, he estado involucrado en la obra del Señor, eso es todo.” Y no quiso agregar nada más. A pesar de las diversas presiones, no quiso revelar nada más.

No pasó mucho tiempo para que el misterio fuera revelado. Alguien tocó a la puerta de la casa, y allí estaba el viejo Roads. La tristeza y la depresión marcaban cada línea de su rostro. Y allí contó la historia de cómo había sido asesinado. Dijo: “estoy avergonzado, mi querido pastor, por haberle causado tal tristeza y preocupación. Hice algo muy malo, lo sé; pero yo lo he amado mucho a usted, y no lo habría hecho de haber estado consciente del mal que le causaba.” El abuelo James, conmovido por las palabras del viejo Roads, escuchó muy atentamente el siguiente relato:

“Estaba sentado en la cervecería tomando mi jarra de cerveza y fumando mi pipa, cuando entró el niño. ¡Pensar que haya sido un niño quien me llamara al orden y me reprendiera! Pues bien, apuntándome con el dedo, me increpó: ‘¿Qué estás haciendo aquí? En compañía de los impíos, tú, un miembro de la iglesia, estás rompiendo el corazón de tu pastor. ¡Me avergüenzo de ti! Yo no rompería el corazón de mi pastor, estoy seguro.’ Y luego se marchó. Al principio yo me enojé; pero a la vez sabía que todo era cierto, y que yo era culpable; así que apagué la pipa y ya no me tomé la jarra de cerveza, y me dirigí apresuradamente a un lugar solitario y allí me arrojé a los pies del Señor, confesándole mi pecado e implorando Su perdón. Y yo sé y creo que el Señor, en Su misericordia, me perdonó; y ahora vengo a pedirle perdón a usted; nunca voy a causarle más preocupaciones, mi amado pastor.” Como era de esperarse, el pastor, feliz, perdonó a su hermano arrepentido. Y el arrepentimiento demostró ser genuino. A partir de aquel momento, el viejo Roads llevó una consistente vida cristiana.

Cuando Roads estaba a punto de morir, el pastor Houchin, quien era el sucesor del pastor James Spurgeon, a la hora de la muerte de Roads se acercó al lecho del enfermo y abrió la Biblia. Roads comentó: “he contado todas sus páginas, señor.” El pastor le preguntó: ‘¿Por qué? ¿Para qué contaste las páginas?’ El viejo Roads le respondió: “no aprendí a leer nunca y no pude leer ni una sola palabra de la Biblia, pero quise al menos contar cuántas páginas tenía.’ Esto fue muy patético y muy revelador. Lo extrañamos mucho.” Ese fue el comentario del pastor Houchin.

La vieja capilla

La antigua casa ocupada por la congregación del abuelo de Spurgeon, se convirtió en el supremo deleite del niño. Esa congregación independiente fue establecida cuando un pastor de la iglesia anglicana de Stambourne, de nombre Henry Havers, se separó del anglicanismo. Se había separado por razones de disputas teológicas. Todos los sucesivos pastores de esa iglesia fueron buenos puritanos. A través de los años se había convertido en una excelente iglesia, aunque no llegó a ser grande. Spurgeon amaba a los congregantes y al viejo edificio. La gente que se congregaba allí era típica gente provinciana procedente de Essex. Amaban la buena predicación. La religión predominaba en esa pequeña comunidad. La capilla tenía capacidad para unas 600 personas, y los domingos por la tarde se llenaba por completo. Disfrutaban mucho cantando himnos. El abuelo compuso un himnario y prometió que haría otro si el primero tenía buena aceptación. La verdad es que resultó un fracaso. Entre paréntesis, Spurgeon una vez cantó un solo, el cuatro de Junio de 1889. O al menos intentó cantar un solo. La congregación gozó mucho con esa experiencia, aunque definitivamente no era un buen vocalista.

El niño comenzó su educación formal en Stambourne. Asistió a una escuela conducida por una señora de apellido Burleigh. Las clases tenían lugar en el interior de una antigua casa de habitación. Tenía un piso desvencijado, una sola ventana, y las paredes se estaban cascando. Algunos reportes de esos días iniciales de su educación escolar, establecen que el niño precoz no mostró ninguna habilidad escolástica sobresaliente; pero eso parece muy dudoso, ya que Spurgeon tenía una mente muy inquisitiva.

Cuando llegó el triste momento para Charles de abandonar el hogar del abuelo para regresar con sus padres a Colchester, sintió el más profundo dolor de su niñez. Contaba entonces con seis años de edad. Después de mucho llanto, se fue con el consolador pensamiento que cuando mirara a la luna en Colchester, estaría viendo la misma luna que su abuelo estaría mirando en Stambourne. Durante muchos años, dijo luego Spurgeon, nunca miró a la luna sin dejar de pensar en su abuelo.

James Spurgeon, como lo mencionamos anteriormente, prestó sus servicios a la capilla de Stambourne durante 54 años. Ministró allí hasta su muerte, en 1864, cuando contaba con 88 años de edad. Murió

diez años después que Spurgeon asumió el cargo de pastor de la Capilla New Park Street, en Abril de 1854.

Una profecía

Un fascinante evento ocurrió en el verano de 1844, durante una de las visitas que Charles hacía a la casa de su abuelo en Stambourne. El niño ya contaba con diez años de edad a la sazón, y el incidente afectó profundamente su vida futura.

Un predicador muy conocido, Richard Knill, viajaba por la región que ya hemos descrito como los 'Fens', en representación de la Sociedad Misionera de Londres. Iba de pueblo en pueblo durante aquel verano de 1844, y guiado por la Providencia, pasó unos cuantos días en Stambourne, hospedándose en la casa del pastor. Era un notable predicador con una pasión tremenda por ganar almas para la fe en Cristo. Spurgeon lo describió como "un gran ganador de almas."

Richard Knill podía contar fascinantes historias que cautivaron al joven Spurgeon, al igual que al abuelo James. Había pasado un tiempo en la India. Knill tenía la habilidad de comunicar el Evangelio de Cristo en cualquier ambiente y circunstancia. Era un excelente misionero. No sólo conocía muy bien la India, sino también Rusia. Estaba en San Petersburgo en la época que desbordó el río Neva, en Noviembre de 1824, y también durante la epidemia de cólera en el año de 1830. Podemos imaginarnos cuán fascinado estaba el joven Charles y la familia del pastor por tener a un huésped tan distinguido en el hogar.

Knill le dedicó un tiempo considerable a Charles. Durante la visita le preguntó al joven, "¿En qué habitación duermes? Voy a buscarte temprano en la mañana." La pregunta sorprendió al muchacho, pero no dijo nada. A las seis de la mañana, Knill despertó a Charles. Lo condujo cerca de un árbol, y de "la manera más dulce," compartió al joven sobre el amor de Cristo y la bendición de confiar en Él como Salvador y servirle desde la propia niñez. Le comentó lo bueno que había sido Dios con él, y cuán maravilloso era servirle. Luego se arrodilló y oró para que Charles llegara a conocer a Jesucristo como Salvador y servirle como Señor muy pronto.

Después de tres días se volvieron inseparables. Knill compartió con Charles las grandes verdades del Evangelio y oró por él. Justo antes de partir, toda la familia se reunió para la oración de la mañana. Entonces, en presencia de todos, Knill se acercó a Charles y dijo: “este niño predicará un día el Evangelio, y lo predicará a grandes multitudes. Estoy persuadido de que predicará en la capilla de Rowland Hill, de la que soy ministro actualmente.

Spurgeon comentó tiempos después: “Knill pronunció esta palabra profética muy solemne y profundamente. Llamó a todos los que estaban en la casa para que sirvieran de testigos de lo que decía.” Luego le dio unas cuentas monedas si aprendía de memoria el himno “Dios se mueve de manera misteriosa, para hacer Sus maravillas.” Knill hizo prometer a Spurgeon que cuando predicara en la Capilla de Rowland Hill, ese himno sería cantado.

Esa profecía conmovió profundamente a Charles. Poco tiempo después de que Charles asumió el cargo de pastor de la Capilla New Park Street, el doctor Alexander Fletcher tenía el compromiso de predicar un sermón para los niños de la Capilla Surrey, la iglesia de Rowland Hill. Pero cayó enfermo, y Spurgeon predicó en su lugar. Aceptó con una condición: “Sí,” dijo, “lo haré, si ustedes están de acuerdo, si ustedes permiten que los niños canten: ‘Dios se mueve de manera misteriosa.’ Hice una promesa hace mucho tiempo, así que ese himno debe ser cantado.” Así la profecía fue cumplida. Spurgeon comentó posteriormente: “no puedo describir mis emociones sentidas en esa ocasión, pues la palabra del siervo del Señor fue cumplida.”

Sin embargo, años más tarde, Spurgeon no estaba muy seguro de que la Capilla Surrey fuera el lugar exacto que tenía en mente el señor Knill cuando pronunció su profecía. La duda de Charles se originaba en que podría haber tenido en mente la ciudad donde Knill pasaba sus veranos. Rowland Hill también había prestado sus servicios allí. Entonces, de manera muy inesperada, el ministro de ese pueblo específico lo invitó a predicar allí. Spurgeon condescendió, con la condición que la congregación cantara: “Dios se mueve de manera misteriosa.” Así que cualquier lugar que Knill haya tenido en mente en su profecía muchos años antes, Spurgeon la cumplió en ambos lugares. Spurgeon dijo: “para mí fue algo maravilloso, y no entendí en aquel

momento que se volvió realidad, como no lo he entendido al día de hoy, por qué el Señor me ha dado tanta gracia.”

Definitivamente, la profecía de Knill tuvo una gran influencia en Spurgeon. Algo de una vena mística corría por la familia Spurgeon, aunque el predicador siempre juzgó esas experiencias místicas según las Escrituras. Cuarenta años más tarde, en un sermón predicado el 17 de Julio de 1871, Spurgeon hizo referencia al incidente de la profecía de Knill. También en su *Autobiografía* hizo una evaluación de la experiencia, en una narración larga y fascinante. “¿Acaso las palabras del señor Knill ayudaron a traer su propio cumplimiento? Yo creo que sí. Yo creí en esas palabras, y anhelaba el tiempo cuando pudiera predicar la palabra: yo sentía muy poderosamente que ninguna persona inconversa debería atreverse a entrar al ministerio; esto me condujo, no lo dudo, a buscar más intensamente la salvación, y a tener una mayor esperanza de ella, y cuando por gracia fui capacitado para arrojarme sobre el amor del Salvador, no pasó mucho tiempo para que mi boca comenzara a hablar de Su redención. . . ¡Pluguiera a Dios que todos fuésemos tan sabios como Richard Knill, y habitualmente sembráramos junto a todas las aguas! ... El señor Knill pudo haber pasado por alto al nietecito del ministro, basándose en el argumento que tenía otros deberes de mayor importancia que orar con niños, y sin embargo, quién puede decir que no consiguió tanto por medio de ese acto de humilde ministerio como por docenas de sermones dirigidos a audiencias abarrotadas: de cualquier manera, *para mí* su ternura al considerar al pequeñito estuvo acompañada de consecuencias eternas, y yo estoy convencido que su tiempo estuvo muy bien empleado. ¡Que pudiéramos hacer el bien en todas partes en las que se nos presenta una oportunidad, y los resultados no se harían esperar!”

Su último viaje a Stambourne

Al final de su vida, Spurgeon visitó Stambourne. De esa experiencia surgió su último libro: *Recuerdos de Stambourne*. Viajó a Stambourne el 8 de Junio de 1891, después de haber predicado esa mañana, lo que resultó ser el último sermón que predicó en el Tabernáculo Metropolitano. Regresó al hogar de su niñez para tomar unas fotos que se iban a incluir en el libro. Muchos amigos trataron de convencerlo de que no hiciera el viaje; sin embargo, él decidió hacerlo. Parecía haber algo en su corazón que lo llevó de regreso a aquellos días felices

pasados con sus abuelos y la querida tía Ann. Enfermó seriamente en el viaje y tuvo que ser llevado de emergencia a casa. Esta enfermedad particular lo incapacitó completamente por tres meses. Pero cuando sus recuerdos volvieron a su memoria: la profecía de Richard Knill, la vieja casa pastoral con sus pisos de ladrillo cubiertos de arena, la habitación del piso de arriba en donde conoció por vez primera a los escritores puritanos, todo eso lo llenó de gozo y lo condujo a derramar lágrimas.

En el hogar en Colchester

Cuando Spurgeon se separó de sus abuelos y regresó con sus padres a Colchester, habían nacido ya otros tres hijos a la familia: dos hermanas y un hermano. Charles, siendo el mayor, tomó el control de inmediato sobre sus hermanos. Tenía un carácter emprendedor y dominante en el buen sentido de la palabra. Sin embargo, también había una vena de aprensión en su carácter dominante: le tenía un innato pavor a las vacas, y aun cuando ya era adulto, dudaba de cruzar solo una calle. Poseía una gran sensibilidad de espíritu.

Muy temprano en su vida mostró una inclinación a escribir poemas. Los niños de la época victoriana tenían una propensión a tales cosas. Muchos lo intentaban, pero Spurgeon alcanzó la excelencia. Inclusive editaba una pequeña revista. En una copia que sobrevivió, hablaba de reuniones de oración y alentaba a los lectores a que se entregaran a las bendiciones provenientes de la oración. Por supuesto que por las circunstancias que le rodeaban, era de esperarse que los temas religiosos ocuparan su mente.

Los días escolares

En esos tempranos años en Colchester, Charles asistió a una escuela que dirigía una cierta señora de apellido Cook, la esposa de un capitán de barco. Estudió allí durante unos cuatro años, hasta alcanzar la edad de diez años. En aquellos días no existía un sistema de educación gratuita, y un gran número de niños permanecían siendo analfabetas. Las escuelas eran operadas como negocios privados, así que los padres tenían que pagar para que los niños asistieran a clases. John Spurgeon, su padre, quería que sus hijos tuvieran la mejor educación que pudiera proporcionarles, y por eso Charles comenzó a asistir a la escuela de la

señora Cook. Esta señora se dio cuenta muy pronto de que ya no le podría enseñar más de lo que había aprendido, así que los padres de Spurgeon lo enviaron a otra escuela que poseía normas académicas más elevadas que la mayoría de las instituciones similares de la época, en Colchester: la escuela "Stockwell House," cuyo director era el señor Henry Lewis. Un maestro distinguido de esa escuela era el señor E. S. Leeding, (Edwin Sennit Leeding). Leeding tuvo una influencia importante en la educación de Spurgeon. Charles comentó acerca de él: "era un maestro que realmente enseñaba a sus alumnos; y gracias a su diligente habilidad yo establecí el cimiento sobre el cual construí en los años posteriores." Cuando entró a esa escuela, ya había progresado de manera excepcionalmente notable en escritura, lectura, matemáticas y ortografía. Allí también inició sus estudios de griego y latín a la par que principios de filosofía. Aunque nunca se convirtió en un erudito en lenguas antiguas, llegó a dominar el latín y Euclides (es decir, la geometría). Les dedicó especial atención al griego coine del Nuevo Testamento y al hebreo del Antiguo Testamento.

Entre las edades de diez y once años, el 11 de Diciembre de 1844, obtuvo el primer premio de la clase de inglés, y el premio consistió en una copia del libro *Historia natural de Selborne*. Spurgeon conservó este libro como un tesoro durante toda su vida. Uno de sus biógrafos, Conwell, argumenta que Spurgeon no mostró señales tempranas de genialidad. Sin embargo, uno se cuestiona seriamente esa afirmación, pues ciertamente tenía una inteligencia muy destacada. A esa edad ya había leído a muchos de los teólogos puritanos y poseía un razonable entendimiento del pensamiento de hombres como Richard Sibbes, John Owen, John Clavel y Matthew Henry. Durante estos años escolares, Spurgeon también aprendió mucho acerca de la vida en general. Permaneció en esa escuela hasta Junio de 1848.

El hermano menor de Charles, (unos tres años más joven) y también dos hermanas menores que él, Eliza y Emily, eran sus constantes compañeros. Charles se convirtió inmediatamente en el líder, pero esto fue, no debido a que era el mayor, sino porque poseía las cualidades de un fuerte liderazgo. En una ocasión, su padre lo descubrió dirigiendo a los niños, que jugaban a la iglesia. Él estaba de pie sobre una estructura que contenía heno, haciendo como que predicaba y los otros niños estaban sentados sobre montones de heno frente a él, escuchándole predicar. En otra ocasión, los dos niños estaban jugando con barquitos

de juguete en un arroyuelo; Charles bautizó a su barquito: *El Tronador*, un título que había escogido, -dijo él mismo- porque quería un nombre que tuviera una connotación de valiente y victorioso.

Por esta época, su padre lo describe así: “Charles era un niño saludable, poseía una buena constitución, una disposición muy cariñosa, y era muy estudioso. Siempre estaba leyendo libros: nunca se le encontraría cavando en el jardín, o cuidando u observando a las palomas, como los demás niños. Siempre estaba en medio de libros y más libros. Si su madre quería llevarlo de paseo, usualmente lo encontraba en mi estudio leyendo algún libro. Era muy inteligente, por supuesto, y demostraba su inteligencia en todas las ramas del saber. Aprendió a dibujar muy bien.

Un incidente muy interesante tuvo lugar durante los estudios de Charles en la escuela del señor Henry Lewis. Siempre estaba al frente del grupo, como el mejor alumno. De pronto, sus calificaciones comenzaron a bajar muy rápidamente, hasta que llegó a ocupar el último lugar de la clase. Al principio, eso confundió mucho a su maestro, que no entendía qué pasaba con aquel brillante estudiante, pues conocía la capacidad de Charles. Finalmente se hizo la luz: el estudiante que ocupaba el primer lugar del salón, se sentaba en un sitio de honor, pero ese sitio estaba ubicado lejos de la chimenea, junto a una puerta que recibía un chiflón de aire frío. El señor Lewis revirtió entonces el orden de los asientos, y colocó el asiento de honor cerca de la chimenea. El joven estudiante muy pronto recuperó el primer lugar.

Charles regresaba a la casa de su abuelo en Stambourne virtualmente cada verano. Aunque su padre poseía también una vasta biblioteca teológica, cuando iba a Stambourne, invariablemente subía a la famosa habitación del piso superior, donde estaba almacenada la reserva secreta de las antiguas obras teológicas. Spurgeon comentó posteriormente: “Del oscuro cuarto yo sacaba a esos viejos autores... y nunca era más feliz que cuando estaba en su compañía.” Siendo todavía un niño, poseía una increíble comprensión teológica.

Además, escuchar y participar en elevadas discusiones teológicas era también algo que estaba disponible en Colchester, pues se le permitía estar presente cuando su padre y otros ministros se reunían a comentar sobre diversas materias bíblicas. Más tarde afirmó: “yo doy testimonio

de que los niños *pueden* entender las Escrituras, pues estoy seguro de ello, ya que siendo sólo un niño, podría haber discutido muchos puntos nudosos de teología controversial, habiendo escuchado ambos lados libremente expresados entre el círculo de amigos de mi padre.”

En resumen, Spurgeon nunca recibió ninguna educación teológica formal para el ministerio. Sin embargo, adquirió una amplia educación general, a costa de muchos sacrificios de parte de su padre. Si la educación no fue mejor, es porque no había nada mejor disponible en donde vivían.

Alguien que ya mencionamos, Edwin Sennit Leeding, fue una figura clave en este proceso educativo. A la muerte de este señor en 1890, Spurgeon escribió la siguiente nota: “El señor Leeding era maestro en la escuela del señor Henry Lewis de Colchester en 1845 y yo era uno de sus estudiantes. Él era un maestro que realmente enseñaba a los alumnos. Luego se fue de Colchester para abrir una escuela en Cambridge, y yo, primero me fui a Maidstone, y luego a Newmarket por algunos años. Entonces volvimos a reunirnos de nuevo, pues yo me uní a él en Cambridge para ayudar en su escuela, y en pago, él continuaba ayudándome en mis estudios. El señor Leeding expresó que yo no tenía necesidad de asistir a ninguna de las universidades disponibles para los disidentes, pues ya tenía un dominio de la mayoría de los temas que se enseñaban allí. También expresó su impresión de que, en la época en que yo le ayudaba en la escuela, hubiera pasado con facilidad los exámenes de ingreso a la universidad, si el púlpito no hubiera intervenido.”

Cuando cumplió los catorce años, Charles y su hermano menor fueron enviados al Colegio de Agricultura de San Agustín, en Maidstone, ciudad ubicada al sureste de Londres. La iglesia de Inglaterra patrocinaba la institución de Maidstone, y el tío de Charles, de nombre David Walker, era maestro y director de la escuela. Para ir a Maidstone, Charles tuvo que pasar por Londres, la ciudad que habría de ser el asiento de su grandioso ministerio.

En Maidstone, Charles avanzó rápidamente en sus estudios. En esta escuela, tuvo lugar un interesante encuentro entre Charles y un clérigo de la Iglesia de Inglaterra, concerniente al tema del bautismo. El vicario visitaba regularmente esa escuela anglicana para dar lecciones de

religión cristiana. En una de las sesiones, el clérigo condujo a la clase a una discusión sobre el bautismo. Charles no sabía prácticamente nada acerca de la teología de la Iglesia de Inglaterra en esa época. Sin embargo, el intercambio de ideas que tuvo lugar ese día, resultó ser un punto decisivo en su vida. Este incidente necesita ser relatado en las propias palabras de Spurgeon:

“Uno de los clérigos era, pienso yo, un buen hombre; y es a él a quien debo ese rayo de luz que fue suficiente para mostrarme el bautismo de los creyentes. Yo estaba al frente de la clase y en una ocasión, cuando debíamos repetir el Catecismo de la Iglesia de Inglaterra, tuvo lugar una conversación más o menos en estos términos:

Clérigo: ¿cuál es tu nombre?

Spurgeon: Spurgeon, señor.

C.- No, no; ¿cuál es tu nombre?

S.- Charles Spurgeon, señor.

C.- No, no debes responderme así, pues sabes que únicamente necesito saber tu nombre de pila.

S.- Por favor, señor, me temo que no tengo uno.

C.- ¿Por qué no? ¿Cómo está eso?

S.- Porque no creo que soy cristiano.

C.- Entonces ¿qué eres? ¿Un pagano?

S.- No, señor; pero puede ser que no seamos paganos, y, sin embargo, estar sin la gracia de Dios, y, por tanto, no ser verdaderamente cristianos.

C.- Bien, bien, olvídale; ¿cuál es tu primer nombre?

S.- Charles.

C.- ¿Quién te dio ese nombre?

S.- No lo sé, señor; sé que ningún padrino hizo nada por mí, pues nunca tuve ningún padrino. Muy probablemente fueron mi padre y mi madre.

C.- Ahora, no hagas reír a tus compañeros. Por supuesto que no espero que digas la respuesta usual.

Luego, volviéndose repentinamente hacia mí, dijo:

C.- Spurgeon, tú fuiste bautizado debidamente.

S.- ¡Oh, sí, señor, lo fui; mi abuelo me bautizó en su casa, y él es un ministro, y por eso sé que lo hizo correctamente!

C.- ¡Ah, pero tú no tenías ni fe ni arrepentimiento, y, por tanto, no debiste de haber recibido el bautismo!

S.- Sí, señor, pero eso no tiene nada que ver. Todos los bebés deben ser bautizados.

C.- ¿Cómo sabes eso? ¿Acaso no dice el Libro de Oración que la fe y el arrepentimiento son necesarios antes del bautismo? Y esta es una doctrina tan propia de las Escrituras, que nadie debe negarla. (En este punto el clérigo procedió a mostrar que todas las personas que la Biblia menciona que fueron bautizadas, eran creyentes; lo que, por supuesto, era una tarea muy fácil, y luego me dijo): ahora, Charles, te doy una semana para que me demuestres que la Biblia no declara que la fe y el arrepentimiento son requisitos indispensables antes del bautismo.

Yo me sentí seguro de la victoria; pues pensé que una ceremonia que mi abuelo y mi padre, ambos, practicaban en sus ministerios, debía ser correcta; pero no pude encontrar esa declaración. Estaba derrotado. Y en mi mente decidí el camino que debía seguir. Al cabo de la semana, el clérigo le preguntó:

C.- Y bien, Charles, ¿qué piensas ahora?

S.- Señor, pues que usted está en lo correcto; ¡pero además, eso se aplica a usted tanto como a mí!

C.- Quería mostrarte esto; pues esta es la razón por la que nombramos padrinos. Es que, de otra forma, yo no tendría más derecho que tú al santo bautismo; pero la promesa que hicieron mis padrinos fue aceptada por la Iglesia como algo equivalente. Sin duda has visto que tu padre, cuando no tiene dinero, firma un pagaré. Y esto es considerado como un pago, pues, como hombre honesto, tenemos fundamento para esperar que pague ese documento. Ahora, los padrinos son gente buena, y en caridad aceptamos su promesa a nombre del bebé. Debido a que un bebé no puede tener fe en ese momento, aceptamos el compromiso de que la tendrá; y esa promesa la cumple en la confirmación, cuando asume el compromiso en sus propias manos.

S.- Señor, yo pienso que ese es un pagaré muy malo.

C.- No tengo tiempo de discutir eso, pero yo creo que es bueno. Sólo quiero hacerte esta pregunta: ¿Quién parece tener mayor consideración por las Escrituras: yo, como miembro de la Iglesia de Inglaterra, o tú abuelo, como un disidente? Él bautiza en contra de la Escritura; yo no lo hago así, en mi opinión, pues yo requiero una promesa, que considero un equivalente al arrepentimiento y la fe, que se producirán en años futuros.

S.- Realmente, señor, yo pienso que usted está más cerca de la verdad; pero puesto que parece que la verdad es que sólo los creyentes deben ser bautizados, pienso que ambos están equivocados (el abuelo y el clérigo), aunque parece que ustedes tratan la Biblia con mayor cortesía.

C.- Bien, entonces, tú confiesas que no has sido bautizado adecuadamente; por tanto, ¿considerarías que es tu deber, si estuviera en tus manos, unirme a nuestra iglesia, y tener padrinos que hagan la promesa a nombre tuyo?

S.- ¡Oh, no! Ya fui bautizado una vez, antes de lo que debiera. Voy a esperar a estar preparado antes de volver a hacerlo.

C.- (Sonriendo.) ¡Ah, estás equivocado; pero me agrada ver que guardas la palabra de Dios! Busca en Él un corazón nuevo y dirección divina, y verás una verdad tras otra, y muy probablemente habrá un gran cambio en esas opiniones que ahora parecen tan arraigadas en ti.

Yo resolví, a partir de aquel momento, que si la gracia divina obraba un cambio en mí, sería bautizado, puesto que, como se lo dije después a mi amigo el clérigo: “nunca deberé ser criticado por un bautismo indebido, pues yo no tuve nada que ver con el primero; el error, si lo hubo, estuvo en mis padres y abuelos.”

Charles llegó a la conclusión de que el Catecismo anglicano decía lo correcto en lo relativo a los conceptos bíblicos del arrepentimiento y la fe. Entonces le quedó muy claro que *después* de que una persona se hubiera arrepentido y creído, y sólo entonces, debía ser bautizada. Esto infundió en Charles una convicción temprana de que el bautismo está reservado únicamente para creyentes conocedores. Esto obviamente excluye a los bebés, y, por tanto, excluye el bautismo infantil. Dicha convicción llevó a Spurgeon, eventualmente, a ser un miembro de la iglesia bautista. Pero hasta ese momento no había oído hablar de los bautistas. Desconocía su existencia.

En ese mismo año de 1848, a los catorce años de edad, conforme progresaba en sus estudios en Maidstone, recibió una copia empastada en piel del *Año Cristiano*. Recibió el libro como premio por “aprovechamiento en conocimiento religioso, matemáticas, idiomas, y ciencias aplicadas.”

En una ocasión corrigió a su maestro de matemáticas, ya que había cometido un error. El maestro lo disciplinó, haciendo que saliera del salón con sus libros y pidiéndole que se pusiera a estudiar bajo un roble, junto al río Medway. Sin embargo, el maestro, que también era su tío, David Walker, ciertamente reconocía la habilidad matemática inusual de Spurgeon, por lo que le permitió calcular las tablas de mortalidad de una Compañía de Seguros en Londres, que fueron utilizadas por más de medio siglo. Es decir, hizo las funciones de un actuario.

Spurgeon tuvo experiencias muy interesantes en Maidstone. Le encantaba relatar una travesura que solía practicar allí. Había en un laboratorio una gran jarra que contenía amoníaco. Spurgeon llevaba a los nuevos estudiantes allí, y les pedía que lo respiraran profundamente. Ingenuamente, ellos le obedecían, y, por supuesto, se escapaban de morir. Un día, repitiendo la travesura, un nuevo

estudiante respiró de la jarra y cayó al suelo en un estertor como de muerte. Charles confesó que eso lo aterró verdaderamente y ya no volvió a repetir esa travesura nunca más. Pero se le perdonaba todo porque tenía una sonrisa muy agradable, atractiva, que hacía juego con su brillante personalidad que le ganaba el afecto de muchos.

A Newmarket

Después del año de estudios en Maidstone, Charles y su hermano viajaron en Agosto de 1849, rumbo al norte, a Newmarket, para asistir a una escuela ubicada allí, en el Distrito de Cambridge. El Director de esa escuela era John Swindell. Spurgeon pasó dos años en esa institución, donde, además de estudiar, era un ayudante del maestro.

Durante sus días escolares en Newmarket, Spurgeon comenzó a adquirir un nuevo entendimiento teológico, y extraño es decirlo, de una vieja cocinera de la escuela. Mary King, o “la cocinera,” como la llamaban todos los estudiantes, era un alma buena y entrada en años, que poseía una buena percepción de la fe cristiana. Era una mujer grande y robusta, amada por todos los estudiantes; tenía impresionados a todos los estudiantes, especialmente a Charles. Era un miembro de la Iglesia Bautista Estricta de Betesda, y eso la convirtió en una calvinista de profunda convicción. Los bautistas estrictos eran firmes creyentes de los “cinco puntos del Calvinismo.”

Mary no tenía un entrenamiento teológico formal, pero tenía un enfoque muy claro y lógico de la teología, y poseía un entendimiento muy profundo de las Escrituras. Ella se consideraba un “ama de llaves” en la escuela, y no simplemente una cocinera. Leía *El Estándar del Evangelio* regularmente, y aprendía mucha teología de esas páginas.

Mary King sentía un especial afecto por Charles y pasaba horas junto a él, instruyéndole en la sana doctrina calvinista. Más tarde en la vida, cuando se encontraba en una situación económica muy estrecha, Spurgeon la sostuvo durante años, hasta la muerte de Mary.

Charles escribió acerca del impacto que ella tuvo en su vida, lo siguiente:

“Las primeras lecciones de teología que recibí jamás, provinieron de una vieja cocinera en la escuela de Newmarket, donde yo fungía como ayudante de maestro. Era una buena alma, que leía con frecuencia *El Estándar del Evangelio*. Ciertamente le gustaba algo muy dulce: la sólida y buena doctrina calvinista; vivía intensamente, y también se alimentaba intensamente. Muchas veces comentamos juntos el pacto de la gracia, y hablamos sobre la elección personal de los santos, su unión con Cristo, la perseverancia final, y el significado de la piedad vital; y yo, verdaderamente, creo que aprendí más de ella de lo pude haber aprendido de seis doctores de teología del tipo que se da ahora. Hay algunos cristianos que gustan, y ven, y se gozan de la religión en sus propias almas, y que llegan a un mayor conocimiento de ella de lo que los libros pudieran darles, aunque investigaran en ellos toda su vida. La cocinera de Newmarket era una piadosa mujer experimentada, de quien aprendí más que del ministro de la capilla a la que asistíamos.”

En una ocasión le pregunté: ‘¿por qué asistes a ese lugar?’ Ella respondió: ‘pues, no hay ningún otro lugar de adoración al que pueda asistir.’ Yo le dije: ‘pero debe de ser mejor permanecer en casa que oír esa palabrería.’ ‘Tal vez así es,’ replicó; ‘pero me gusta salir para adorar al Señor aun si no obtengo nada cuando voy. Algunas veces voy a una gallina rascando sobre un montón de basura, tratando de encontrar algún alimento. No obtiene nada, pero nos indica que está buscando, y que está usando los medios para obtenerlo, y luego, además, el ejercicio la hace entrar en calor.’ Así que la anciana dijo que escarbar en los pobres sermones que escuchaba, era bendición para ella, porque eso ejercitaba sus facultades espirituales y calentaba su espíritu. En otra ocasión le dije que no había encontrado ni una migaja de pan en todo el sermón, y le pregunté cómo le había ido a ella. ‘¡Oh!, respondió, ‘a mí no me fue mal hoy, pues a todo lo que dijo el predicador, le puse un no, y eso convirtió su plática en un verdadero Evangelio.’

En casa de vacaciones

Un evento muy significativo y trascendente tuvo lugar cuando Spurgeon fue de vacaciones a casa de sus padres en Colchester, desde su escuela en Newmarket. Las vacaciones fueron un poco forzadas, ya que se desató una epidemia de fiebres en la escuela de Newmarket, alrededor de las vacaciones de Navidad, que obligaron a cerrar la

institución temporalmente. Así que Charles y su hermano James se fueron a casa, a Colchester, durante los meses de Noviembre y Diciembre de 1849, y Enero de 1850.

Durante esas semanas participó en un concurso de ensayo, patrocinado por el señor Arthur Morley de Nottingham. Este señor ofrecía un buen premio al ganador del concurso. Spurgeon no ganó el deseado premio, pero por sus esfuerzos recibió una carta de felicitación y una pequeña suma de dinero. El ensayo se titulaba: *El Anticristo y su Prole; O, el Papado Desenmascarado*. Consta de 290 páginas, y es una producción respetable para un jovencito de 15 años. El significado de este episodio particular, que parece inconsecuente el día de hoy, puede entenderse en que demuestra la actitud de los inconformes victorianos, en general, hacia Roma.

Pero este ensayo estaba lejos de ser el evento de mayor importancia que ocurrió en la vida de Charles en ese período de vacaciones forzadas. Esa estadía en casa se convirtió en la escena de su dramática conversión a Jesucristo. Vamos a relatar esa fascinante historia, típica de una conversión puritana calvinista clásica. Sin embargo, la experiencia de la conversión real, fue precedida por un período muy largo de agonía por la convicción de pecado. Pero Charles tuvo una visión de “aquella puerta estrecha” y comenzó a caminar hacia el “sepulcro abierto” donde caería el pesado fardo que llevaba a su espalda y sería, al fin, libre de la pesada carga y del remordimiento del pecado. Y nada lo detendría.

La Peregrinación a la Cruz

Spurgeon se alistó en su peregrinaje a la cruz a una edad muy temprana. Él entendió muy pronto cuánto necesitaba a Cristo. Sus padres cristianos vigilaban con ojos espiritualmente celosos a su hijo. Spurgeon declaró que si no hubiera sido por la gracia de Dios y sus padres piadosos, él podría haber muerto o haber sido “un celoso cabecilla de un grupo de impíos.” Muchos habían compartido con él el mensaje de Cristo y el gozo de los pecados perdonados: recuerden el incidente de Richard Knill cuando Spurgeon contaba con diez años de edad. Sus abuelos, su tía Ann, los muchos predicadores que había oído, pero especialmente su madre, mantuvieron el mensaje de Jesucristo ante el precoz jovencito. Spurgeon dijo acerca de su madre:

“No puedo decir cuánto me aferro a las solemnes palabras de mi buena madre. Era costumbre los domingos por la noche, cuando éramos todavía niños muy pequeños, que ella se quedara en casa con nosotros, y luego nos sentábamos alrededor de la mesa, y leíamos versículo por versículo la Biblia y ella nos explicaba las Escrituras.”

El padre de Charles, John, influyó también en su vida. Pero la influencia de su madre no puede ser enfatizada lo suficiente.

Después de su conversión, Spurgeon escribió:

“Tú, madre mía, has sido el gran instrumento en la mano de Dios para hacer de mí lo que soy. Tus amables mensajes de advertencia, los domingos por la noche, se asentaron muy profundamente en mi corazón para ser olvidados. Tú, con la bendición de Dios, preparaste el camino para la Palabra predicada, y para las santas lecturas. Si poseo alguna valentía, si me siento preparado para seguir a mi Salvador, no sólo metiéndome al agua, sino que, si me llamara, metiéndome inclusive en el fuego, te amo como la predicadora a mi corazón de esa valentía, como mi madre vigilante y llena de oración.”

La lectura de los viejos puritanos también ayudó a poner a Charles bajo la convicción de su pecado. Como se señaló anteriormente, dos libros en particular, *Una Alarma para los Pecadores Inconvertidos* de Joseph Alleine y *Llamado a los Inconvertidos* de Richard Baxter, sin dejar de mencionar *El Progreso del Peregrino* de Bunyan, fueron instrumentos en las manos del Espíritu de Dios para crear en Charles un sentido de la necesidad de la salvación. Su conciencia golpeaba continuamente su tierno corazón. Lloraba hasta quedarse dormido por la noche siempre que hacía algo malo. Decía que sentía profunda gratitud, -después de haber venido a Cristo- porque el Señor le había dado una conciencia sensible. Aun así, durante años, rechazó los requiebros del Espíritu Santo. En esos tempranos días de constante exposición al Evangelio, tal como Spurgeon lo expresó: “dejé que los años corrieran, no sin remordimientos de conciencia, no sin reproches, sabiendo cuánto necesitaba un Salvador; no sin las advertencias que procedían de otras personas a quienes yo veía felices y regocijándose en Cristo, mientras que yo no tenía participación en Su salvación.” Lamentaba los días que escondió su rostro del de Cristo “en un voluntario olvido de mi amado

Señor cuyo corazón había sangrado por mí.” Las oraciones de su madre, sin embargo, estaban comenzando a alcanzarlo.

Elogiando a su madre nuevamente, dijo, “Nunca sería posible que un hombre pueda estimar lo que le debe a su madre piadosa.” Declaró que no podría olvidar cómo caía de rodillas, y con sus brazos alrededor de su cuello oraba: “¡Oh, que mi hijo pueda vivir delante de Ti!”

Spurgeon acompañaba a menudo a su padre, quien era pastor de una iglesia en Tolesbury, un pueblo cercano, y lo escuchaba predicar los domingos. Esto también tocó tremendamente su vida. Su tributo a su padre como instrumento de su conversión, fueron estas palabras:

“Recuerdo muy bien a mi padre hablar de un incidente que lo impresionó grandemente. Solía estar frecuentemente lejos de casa, predicando, y una vez, yendo de camino a un servicio, temió que estaba descuidando a su propia familia mientras cuidaba las almas de otros. Por tanto, se regresó, y se fue a casa. Al llegar allí, se sorprendió de no encontrar a nadie en la planta baja de la casa; pero, al subir las escaleras, escuchó un sonido como de alguien orando. Al escuchar a la puerta de la habitación, descubrió que era mi madre, suplicando denodadamente por la salvación de todos sus hijos, y especialmente oraba por Charles, su hijo primogénito voluntarioso. Mi padre sintió que podría regresar sin problemas a asumir la obra del Señor, mientras su esposa cuidaba tan bien por los intereses espirituales de los niños en casa, así que no la distrajo, y procedió de inmediato a cumplir con sus compromisos de predicación.”

El despertar espiritual de Charles no provenía solamente del ambiente religioso en que se desenvolvía. Dios estaba tratando verdaderamente con el muchacho. Por esto él estaba convencido de que tan pronto un niño es capaz de perderse, es capaz de ser salvado. Creía que tan pronto un niño puede pecar, ese niño puede, por la gracia de Dios, recibir la Palabra de Dios y venir a la fe en Jesucristo, cuando ese niño es movido por el Espíritu. Spurgeon declaraba que los niños pueden entender genuinamente las Escrituras. Él testificó acerca de sí mismo diciendo, “estoy seguro de que, siendo simplemente un niño, podría haber discutido muchos puntos críticos de teología controversial... de hecho, los niños son capaces de entender algunas cosas muy pronto en su vida, que nosotros con dificultad entendemos más tarde. Los niños tienen

esa simplicidad de fe que les permite creer a Dios y oír Su palabra”, Spurgeon argüía. Nos relata que escuchó un sermón que, una vez, le habló poderosamente a su corazón:

“Una vez, bajo la influencia de un poderoso sermón, mi corazón se sacudió dentro de mí, y fue disuelto en mis entrañas; decidí que buscaría al Señor, e hincé mi rodilla, y luché, y derramé mi corazón delante de Él. De nuevo me aventuré en Su santuario para oír Su palabra, esperando que, en alguna hora, Él me enviaría una preciosa promesa para mi consuelo; pero, ¡ah!, esa infortunada tarde, escuché un sermón en el que no estaba Cristo; ya no me quedaba más esperanza. Habría bebido de esa fuente, pero fui conducido lejos; sentía que podría haber creído en Cristo, y sentía anhelos y suspiraba por Él. Pero, ¡ah!, de ese terrible sermón, y de esas terribles cosas que fueron expresadas, mi pobre alma no sabía qué era verdad y qué era error; pero yo pensé que ciertamente el hombre estaba predicando la verdad, y fui alejado. No me atrevía a ir, no podía creer, no podía asirme a Cristo; no podía entrar.”

Pero no toda la predicación tocaba necesariamente el corazón de Charles, o satisfacía su necesidad. Él nos relata:

“Yo solía oír a un ministro cuya predicación era, hasta donde la podía apreciar, ‘hagan esto y hagan lo otro, y serán salvos.’ De acuerdo a su teoría, orar era una cosa muy fácil; hacerse ustedes mismos de un corazón nuevo, era una cosa de pocos instantes, y podía realizarse casi en cualquier momento; y yo, realmente, llegué a pensar que podría volverme a Cristo cuando yo quisiera, y que, por lo tanto, podía posponerlo hasta la última etapa de mi vida, cuando pudiera hacerlo convenientemente en el lecho de muerte. Pero cuando el Señor le dio a mi alma el primer sacudimiento por medio de la convicción, pronto me di cuenta y me puse a orar. En verdad oré, Dios lo sabe, pero me pareció que no lo había hecho. Cómo, ¿acercarme al trono? ¿Que un infeliz como yo se aferrara a la promesa? Me aventuré a esperar que Dios me mirara. Parecía imposible. Una lágrima, un gemido, y algunas veces no llegaba ni a eso, un “¡ah!”, un “¡quisiera que!”, un “pero,” pero el labio no podía murmurar más. Eran oraciones, pero no lo parecían. ¡Oh, cuán dura es la oración que prevalece para un pobre pecador que provoca a Dios! ¿Dónde estaba el poder para aferrarse a la fuerza de Dios, o para luchar con el ángel? Ciertamente no estaba en mí, pues yo

era débil como el agua, y algunas veces duro como la más pesada piedra de molino.”

La larga peregrinación era obviamente una agonía. En su *Autobiografía*, él tituló así esta jornada: “A través de mucha tribulación.” Comenta que su corazón estaba desatendido y cubierto de malezas, pero, luego, en un cierto día:

“El Grandioso Labrador vino, y comenzó a arar mi alma. Diez caballos negros eran Su tiro y usaba una dura reja de arado, y los surcadores hacían profundos surcos. Los diez mandamientos eran esos diez caballos negros, y la justicia de Dios, como una reja de arado, rompió mi espíritu. Yo estaba condenado, arruinado, destruido, perdido, desvalido, desesperado. Yo pensaba que el infierno estaba ante mí.”

En este marco, Spurgeon comenzó a abrirse al Evangelio. Pero todavía no encontraba la paz. Declaró que las promesas de Dios le fruncían el entrecejo. Más tarde pudo decir: “el abundante beneficio que ahora cosechamos de la profunda labranza de nuestro corazón, es suficiente en sí mismo para reconciliarnos con la severidad del proceso”. Pero en aquel momento se arrastraba bajo el terrible peso del pecado que cargaba sobre sus hombros. Se describió a sí mismo como: “muerto, enfermo, adolorido, encadenado, azotado, atado con grilletes de hierro, en tinieblas y en sombra de muerte. Igual que el peregrino, había dejado la Ciudad de la Destrucción y la jornada demostró ser agonizantemente terrible.

Spurgeon comenzó a orar con denuedo. Podía recordar la primera vez que oró sinceramente habiendo abandonado sus oraciones superficiales. Pero aun entonces, al verse delante de Dios Todopoderoso, Santo y Soberano, dijo que se había sentido como Ester se sintió cuando estuvo frente al rey, sobrecogida de terror.

“Yo estaba lleno de penitencia en mi corazón, debido a Su majestad y a mi pecaminosidad. Creo que las únicas palabras que podía decir eran expresiones como éstas: ‘¡Ay!, ¡ah!’, y la única frase completa era: ‘Dios, sé propicio a mí, pecador.’”

Pero aun en medio de todas sus oraciones, Spurgeon no encontraba la paz. Charles relata que: “un profundo horror permanecía en mí, al

recuerdo de mis repetidos clamores sin respuesta.” Sin embargo, estaba consciente de que:

“Ni en la iglesia militante, ni en las huestes triunfantes, no hay nadie que haya recibido un nuevo corazón, y no haya sido rescatado del pecado, sin una herida de Jesús.”

Él se sentía un hombre profundamente herido bajo una profunda convicción. Podía resonar al unísono con el gran puritano John Owen que decía: “mi alma estaba oprimida con horror y tinieblas.” La Ley de Dios se había apoderado de él y sus pecados se destacaban en alto relieve para su atormentada alma. El tiempo vendría cuando pudo decir: “no encontramos unas hojas metálicas de espada tan verdaderas, como esas que han sido forjadas en el horno de la aflicción del alma.” Mientras tanto, se retorció en el fuego. Los libros que devoraba en aquel momento, al igual que los sermones, le causaban una mayor convicción. Charles clamaba:

“¡Oh, esos libros, esos libros! Los leía y los devoraba bajo un sentido de culpa, pero era como sentarse a los pies del Sinaí. Durante cinco años, como niño, no había nada ante mis ojos, sino mi culpa, y aunque no dudo en decir que quienes observaban mi vida no habrían podido ver ningún pecado extraordinario, sin embargo, cuando me analizaba, no había un solo día en que no hubiera cometido pecados tan bajos, tan atroces contra Dios, que, muy a menudo he llegado a desear no haber nacido nunca.”

Paradójicamente, algunos puntos brillantes penetraban a través de la negra nube de tribulación de Charles. Comentó: “sin embargo, yo recuerdo, siendo todavía un niño, que Dios escuchaba mi oración.” Pero, la desesperación pronto regresaría. Finalmente llegó al punto en el que pudo decir: “si Dios no me envía al infierno, debería hacerlo.” Se lamentaba: “fue mi triste porción sentir la grandeza de mi pecado, sin un descubrimiento de la grandeza de la misericordia de Dios.” Durante todo ese tiempo, daba la impresión que el simple mensaje del Evangelio no podía abrirse camino hacia el joven convicto. Él confesó: “yo había oído del plan de salvación por el sacrificio de Jesús desde muy temprano en mi vida; pero no conocía nada más acerca de ese plan en lo más íntimo de mi alma que si hubiera nacido y hubiese sido criado como un hotentote (un salvaje cruel).” Charles argumentaba consigo

mismo, “ciertamente no puede ser que si creo en Jesús, tal como soy, pueda yo ser salvo. Debo sentir algo; debo hacer algo.” Deseaba ávidamente que algún predicador le dijera qué podía hacer para ser salvo.

Sin embargo, en toda su ferviente búsqueda de Dios, todavía persistía una rebelión interna. Abriendo su corazón a sus lectores en la *Autobiografía*, hizo este comentario:

“Yo debo confesar que nunca habría sido salvo si hubiera podido evitarlo. En tanto que pude, me rebelé, y me sublevé y luché contra Dios. Cuando quería que orara, yo no oraba; cuando quería que escuchara el sonido del ministerio, yo no quería hacerlo. Y cuando escuchaba y las lágrimas rodaban por mis mejillas, yo las enjugaba, y Le desafiaba a que derritiera mi corazón. Luego me tocó un sermón sobre la elección que no me agradó. Vino luego un sermón acerca de la Ley, mostrándome mi impotencia; pero no le creí, y pensé que era el capricho de un viejo cristiano impráctico, que era algún dogma de tiempos antiguos, no apto para los hombres de mi tiempo. Luego vino otro sermón relativo a la muerte y al pecado; pero yo no quise creer que estaba muerto, pues estaba convencido de que estaba lo suficientemente vivo, y que podía arrepentirme y enderezarme andando el tiempo. Luego vino un fuerte sermón de exhortación; pero yo pensé que podía poner mi casa en orden cuando quisiera, y que lo podía hacer de inmediato. Así confiaba continuamente en mi propia suficiencia. Cuando mi corazón era tocado un poco, intentaba distraerlo con placeres pecaminosos; y no habría sido salvado si Dios no me hubiese dado el golpe eficaz, y no me hubiese obligado a someterme a ese esfuerzo irresistible de Su gracia. Conquistó mi depravada voluntad, y me hizo encorvarme ante Su cetro lleno de gracia. Cuando el Señor hizo que entrara en razón, me envió un gran golpe que hizo que me hizo pedazos; y, he aquí, me encontré totalmente indefenso. Pensé que era más poderoso que los ángeles, y que podría lograr todas las cosas, pero descubrí que era menos que nada.”

Spurgeon se dio cuenta, al igual que el gran místico y científico Blas Pascal, que “la gracia es absolutamente necesaria para hacer que un hombre sea santo, y quienquiera que lo dude, no sabe lo que es un santo o lo que es un hombre.” Pero, ¿cómo se puede obtener esa gracia?

La combativa peregrinación de Spurgeon a la cruz, en realidad se movía a lo largo del típico sendero puritano del siglo diecinueve. Pero el camino de Spurgeon, en un sentido, se desdobló de una manera extraña. Él sentía una profunda convicción de pecado, que era típica del puritanismo, pero no temía el juicio. Confesó que temía, no tanto al infierno, sino simplemente al pecado. Todo el tiempo tenía en su mente esa profunda preocupación puritana por la honra del nombre de Dios y la integridad de Su gobierno moral. Esto precipitó en Charles la pregunta fundamental relativa a cómo Dios podía ser justo, y, sin embargo, justificar al pecador culpable. Confesaba que se preocupaba al punto de agotarse en el tema. Uno habría pensado que su educación calvinista le habría enseñado el principio de la *gracia*. Pero estaba perdido bajo el poder engeguecedor del pecado y de Satán. Se vio orillado a llegar al borde de la desesperación. Sin embargo, las cosas se estaban aproximando decididamente a un clímax en la vida del joven Spurgeon.

Un Giro Extraño

Un aspecto irónico de la caminata espiritual de Spurgeon emergió por este tiempo. No se sentía en libertad de hablar con sus padres acerca de este profundo trauma y de esta lucha que estaba enfrentando, aunque tales luchas eran muy comunes en los círculos evangélicos del día. Esta pudiera ser muy bien la razón del por qué ni su padre ni su madre se convirtieron en instrumentos *directos* en su conversión. Charles ni siquiera compartió con ellos uno de sus más serios traumas: una escaramuza con el ateísmo. Durante ese período, la rebelión de Spurgeon llegó a ser tan profunda, que estaba considerando convertirse en un ateo. Hizo su mejor esfuerzo para convencerse de que Dios no existía. Relató la siguiente historia de una manera fascinante:

“Nunca fui enteramente un incrédulo, excepto una vez, y eso no fue antes de que conociera la necesidad de un Salvador, sino después. Fue precisamente cuando necesitaba a Cristo, y suspiraba por Él, que, súbitamente, el pensamiento cruzó en mi mente (pensamiento que aborrecía pero que no podía vencer), que no había Dios, que no existía Cristo, que no había cielo, que no había un infierno; que todas mis oraciones no eran sino una farsa, y que podía igualmente silbar a los vientos o hablar a las aullantes olas. ¡Ah!, recuerdo cómo mi barca iba a la deriva a través de ese mar de fuego, separado del ancla de mi fe que

había recibido de mis padres. Ya no estaba amarrado con firmeza a las costas de la Revelación; yo le dije a la razón: “sé tú mi capitán;” le dije a mi propio cerebro, “sé tú mi timón;” y comencé mi viaje de locura. Gracias a Dios, todo eso terminó; fue una breve historia. Fue un veloz viaje de vela sobre el tempestuoso océano del libre pensamiento. Proseguí, y conforme avanzaba, los cielos comenzaron a oscurecerse; pero para compensar esa deficiencia, las aguas destellaban con fulgores de mucha brillantez. Veía chispas que saltaban alto, que me agradaban, y sentí, ‘si este es el libre pensamiento, es una cosa feliz.’ Mis pensamientos parecían gemas, y yo desparramaba estrellas con mis dos manos; pero en seguida, en vez de estos fulgores de gloria, comenzaron a brotar de las aguas, yo diría que demonios torvos, fieros y horribles; y conforme proseguía, ellos crujían sus dientes, y me hacían muecas; se apoderaron de la proa de mi barca, y me arrastraron, mientras que yo, en parte, me gloriaba de la rapidez de mi movimiento, pero a la vez temblaba ante la terrífica velocidad con la que pasaba las viejas señales de mi fe. Llegué hasta el propio borde de los terribles dominios de la incredulidad. Llegué hasta el propio fondo del mar de la infidelidad. Conforme avanzaba a una espantosa velocidad, comencé a dudar que el mundo existiera. Dudaba de todo, hasta que al fin el diablo se derrotó a sí mismo, haciéndome dudar de mi propia existencia. Yo pensé que era una idea que flotaba en la nada del vacío, y, entonces, sobresaltado por ese pensamiento y sintiendo que, después de todo, yo era carne y sangre sustanciales, vi que Dios existía, y Cristo existía, y que el cielo existía, y que el infierno existía, y que todas estas cosas eran verdades absolutas. La pura extravagancia de la duda demostró su absurdidad, y vino una voz que dijo: ‘y esta duda ¿puede ser verdad?’ Entonces yo me desperté de ese sueño de muerte, que, sabe Dios, podría haber condenado mi alma, y arruinado mi cuerpo, si no me hubiese despertado. Cuando me levanté, la fe tomó el timón; a partir de ese momento, no dudé. La fe me condujo de regreso; la fe clamó, ‘¡aléjate, aléjate!’ Eché mi ancla en el Calvario; levanté mis ojos a Dios; y heme aquí, vivo, y fuera del infierno. Por tanto, hablo de lo que sé. He navegado en ese peligroso viaje y he llegado a tierra a salvo. ¡Pídanme otra vez que sea un infiel! No; ya lo probé; fue dulce al principio, pero amargo al final.”

Pero ahora estaba muy cerca el momento de la conversión de Spurgeon, la hora en la que su agonía llegaría a un fin. Había sido una lucha larga y difícil. No podemos poner demasiado énfasis en la

importancia de la dramática conversión de Spurgeon. Como lo comentó correctamente Carlile, “esa temprana experiencia en la pequeña capilla de Colchester decidió casi todo para Spurgeon.” Sin duda, comprobó ser el más significativo evento de toda su vida, espiritual, teológica y prácticamente. Se volvió un hombre transformado. Por lo menos un relato de la conversión de Spurgeon apareció en cada uno de los 57 volúmenes del *Púlpito del Tabernáculo Metropolitano*. Aparentemente nunca se cansó de compartir su testimonio. En esto, se parecía mucho al apóstol Pablo. Cuán grande día fue aquél cuando atravesó “aquella puerta estrecha,” y la pesada carga le fue quitada por medio de Jesucristo.

Capítulo 4

“Su Carga Liberada de sus Hombros”

La Conversión de Spurgeon y su Ministerio Inicial

Introducción

Grabadas en una placa de mármol colgada de la pared junto a la banca de la capilla metodista primitiva de Colchester, donde el adolescente Charles Haddon Spurgeon se sentó cuando “su carga le fue quitada de sus hombros,” están puestas en relieve estas palabras: “miré en ese momento, y la gracia de la fe me fue concedida *en ese mismo instante*; y ahora pienso que puedo decir en verdad:

“Desde que por fe
Vi el arroyo
Que Tus heridas sangrantes alimentaban
El amor redentor ha sido mi tema
Y lo será hasta que muera.”

Estas son las propias palabras que el mismo Spurgeon usó conforme relataba la historia de su dramática salvación. Charles se gloriaba en su conversión; ahora era libre para servir al Salvador, a Quien había buscado por tanto tiempo, y que tan gratuitamente le había salvado. En el típico estilo puritano, su peregrinación hasta el momento en que “la gracia de la fe le fue otorgada” al jovencito de quince años, fue una jornada larga y ardua. Pero al fin encontró esa “Sublime Gracia,” como lo expresó el puritano John Newton en su clásico himno. La plena explicación de la conversión de Spurgeon no podría ser otra que la pura gracia de Dios que lo condujo a ese momento climático. Charles reconoció ese hecho al extender su mano y asirse de la salvación, volviéndose de esta manera un hombre plenamente convertido. Tomando la analogía del Progreso del Peregrino, como solía hacerlo con frecuencia, Charles comentó:

“Él dijo ‘ven,’ y yo volé a Él y me aferré a Él; y cuando al fin me dejó ir, me preguntaba dónde había quedado mi carga. ¡Ya no estaba! Allí estaba, en el sepulcro, y yo me sentí ligero como el aire; como un silfo alado (espíritu elemental del aire, un ser fantástico), podía volar sobre las montañas de las aflicciones y de la desesperación; y ¡oh, qué libertad y gozo tenía!... Oigo Su voz llena de dulzura, ¡he sido perdonado, he sido perdonado, he sido perdonado!”

El día memorable

El memorable día cayó en un domingo del mes de Enero de 1850. Esa mañana Charles se levantó temprano para orar y leer un libro de un autor puritano. Pero no encontró descanso de alma ni en su lectura ni en su oración. Tal como él mismo lo expresó, Dios estaba arando su alma con “diez caballos negros,” es decir, los Diez Mandamientos. Además dijo que Dios también lo estaba arando de manera cruzada, con el mensaje del Evangelio. Aun así, cuando oía las buenas nuevas de Cristo, no le producían ningún consuelo. Por tanto, languidecía.

Charles había visitado muchas de las capillas de Colchester, confiando en oír una palabra de esperanza, pero sin ningún resultado. Nadie, así lo parecía, le podía guiar a Cristo. Así que en esa mañana de Enero, se dirigió a una iglesia, esperando que algún ministro le dijera cómo podía ser salvo. Como lo comentamos al principio de esta biografía, la nieve caía con fuerza. La tormenta le desvió y no llegó al lugar de adoración al que había planeado asistir originalmente. Primero había pensado acompañar a su padre a Tolesbury, pero se decidió que no fuera. Entonces eligió alguna iglesia de Colchester. Caminó por las calles llenas de nieve. En el camino recordó unas palabras de su madre en el sentido de que debía visitar la capilla metodista primitiva, ubicada en Artillery Street. Entonces, cuando pasaba por esa calle, debido a la fuerte nevada y al gélido viento, decidió entrar en esa pequeña capilla. Unas quince personas se encontraban en su interior. Charles no podía ni siquiera levantar su mirada; la aflicción le oprimía su corazón. Pero en ese sencillo escenario vino la redención. Gustaba de recordar ese día feliz y le encantaba contar la historia; estaba convencido del poder del testimonio propio para tocar a otros.

Esa dramática ocasión nunca escapó de su mente. Ejemplo de ello es la narración completa que se encuentra en el primer capítulo de su

autobiografía. La paz había llegado finalmente a su atribulado corazón y alcanzó plena seguridad de que la redención de Cristo era propia, era suya. La carga había caído realmente de sus hombros. Qué día fue aquél para el joven que buscaba, y qué día para toda la iglesia del Señor Jesucristo, debido al grandioso ministerio que se desarrolló a partir de esa experiencia.

Los siguientes días

El biógrafo Charles Ray argumenta que Spurgeon asistió a una capilla bautista en compañía de su madre, la misma noche de su conversión. El pastor del lugar predicó sobre “aceptos en el Amado” (Efesios 1: 6), un mensaje sobre la seguridad. Este mensaje tocó a Charles y tuvo mucha influencia en la confirmación de su fe. Spurgeon regresó a la capilla metodista primitiva en Artillery Street, poco tiempo después de su conversión. Sin embargo, tuvo una experiencia desilusionante en esta segunda visita. El predicador, siendo de persuasión arminiana, declaró que una persona podía perder su salvación después de la regeneración. Los arminianos, como sabemos, rechazan la idea de la eterna seguridad en Cristo. Y Spurgeon rechazaba al arminianismo. Aun recién convertido, Charles creía firmemente en la imposibilidad de que un cristiano perdiera su salvación. Su previa aceptación de las doctrinas puritanas y calvinistas tuvo que ver en este asunto. Spurgeon dijo: “Gloria sea a Dios porque hemos encontrado una Cabeza, en quien permanecemos eternamente seguros, una Cabeza que nunca perderemos.” Para los oídos calvinistas de Charles, el predicador metodista primitivo advocaba una ‘extraña doctrina.’ El hombre predicaba sobre Romanos 7: 24, “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” Al comenzar el sermón, Spurgeon pensó: “Ese es el texto que necesito.” Él sabía que, aunque salvo, no podía vivir sin pecado. Sin embargo, el predicador contendía que Pablo no se había convertido todavía en cristiano cuando expresó eso. El predicador pregonaba una perfección sin pecado; por tanto, argumentaba que Pablo no habría podido decir eso si fuera cristiano, si fuera salvo. Spurgeon sintió que esto era un completo error, y decidió que nunca encontraría un hogar espiritual en la comunidad metodista primitiva. Concluyó que los metodistas primitivos “son muy buenos para gente no convertida, pero de poca utilidad para los hijos de Dios. Ese es mi concepto del metodismo.”

Nuevo Gozo

La fe recién descubierta de Charles, llenaba sus días de gozo. Buscaba satisfacer las necesidades de la gente conforme ministraba en el nombre de Cristo. Pero no todo era júbilo y gozo para Spurgeon. Comentó: “creo que como cinco días después de haber encontrado a Cristo, cuando mi gozo había sido tal que podría haber bailado de júbilo al pensar que Cristo era mío, súbitamente caí en un ataque de desaliento.” Debido a que no podría alcanzar el nivel de santidad que deseaba, cayó en una profunda depresión. Hemos de recordar que la depresión plagó su vida.

Después de las vacaciones (o del descanso obligatorio), Spurgeon retornó a sus estudios y a sus responsabilidades en Newmarket. Pero toda una luz brillaba en todo lo que hacía en contraste a la profunda oscuridad que experimentó antes de ir a Colchester: había sido salvado. Ya establecido nuevamente en Newmarket, hizo una cita con el ministro de la iglesia independiente local para hablar acerca de ser admitido como un miembro de esa iglesia. Aunque visitó el hogar del pastor durante cuatro días consecutivos, no fue recibido y no pudo lograr una entrevista. Entonces, Spurgeon escribió al pastor diciéndole que iría a la siguiente reunión de la iglesia y él mismo se propondría para la membresía. Esto sí captó la atención del pastor.

Charles relató:

“El pastor me miró como si fuera un tipo extraño, pero yo lo decía de todo corazón; pues sentía que no podría ser feliz sin la comunión con el pueblo de Dios. Yo quería estar dondequiera que estuvieran; y si alguien los ridiculizaba, yo deseaba ser ridiculizado con ellos; y si la gente les ponía apodosos yo quería ser llamado como ellos, pues sentía que a menos que sufriera con Cristo en Su humillación no podría esperar reinar con Él en gloria.”

Luego, en una carta a su padre, fechada el 12 de Marzo de 1850, Charles escribió, “en nuestra última reunión de la iglesia, fui propuesto para la membresía.” Fue aceptado como miembro de la iglesia el jueves 4 de Abril de 1850. Pronto seguiría sus convicciones y sería bautizado profesando la fe en Cristo.

Primer servicio

En Newmarket, pasaba los días visitando a los pobres y a los enfermos y hablando con sus compañeros acerca de la relación con Jesucristo. Pasaba muchas horas dando testimonio y ayudando a otros a encontrar la fe en Cristo. Distribuía folletos relacionados con la salvación a todas las personas que encontraba. También comenzó a enseñar en la escuela dominical. Esto ocurrió el día 5 de Mayo de 1850. Decía: “no hay mejor tiempo para servir al Señor, que al inicio de la juventud.” Por este tiempo escribió un diario, que tiene que ser analizado con interés para ver la peregrinación espiritual que experimentó en esos días. Este fue la única etapa de toda su vida en la que escribió un diario. Ese diario se considera hoy un clásico sobre los primeros días de una persona recién convertida, semejante a los diarios de Robert Murray McCheyne, John Wesley, David Brainard y otros. El diario corre desde el 6 de Abril de 1850 hasta el 20 de Junio del mismo año, y se interrumpe abruptamente, dando el indicio de que Spurgeon se traslada a Cambridge, como maestro asistente en la escuela del señor Edwin Sennit Leeding.

Bautismo en el río Lark

Después de llegar al convencimiento de que debería ser sumergido a través del estudio del catecismo anglicano, ese convencimiento se profundizó ahora que había sido convertido. Además, el señor John Swindell de la escuela de Newmarket era un bautista. Probablemente fortaleció en Charles esa convicción de la necesidad del bautismo. Charles también tenía cierto compañerismo con algunos estudiantes de la iglesia bautista de Isleham, un pueblo que estaba a unos 10 kilómetros de distancia. Aunque nunca había oído hablar de la denominación bautista sino hasta los catorce años de edad, llegó a la conclusión de algo que es típico de la doctrina bautista, que no debía participar en la cena del Señor hasta no haber recibido el bautismo de los creyentes. Por tanto, se puso por objetivo ser sumergido al modo bautista.

Spurgeon no era un joven presuntuoso como algunos han argumentado. No hubiera pensado en ser bautizado sin el consentimiento de los padres. Le costó un poco obtener dicho consentimiento, pero al fin lo logró. El padre de Spurgeon tenía temor

de que su hijo descansara en el bautismo para salvación, el error de la “regeneración bautismal.” Pero Charles había comentado: “cómo conmueven mi alma los temores de mi padre de que yo confíe en el bautismo para salvación.” Él tuvo que vivir esta convicción, y de qué manera, algunos años más tarde, en lo que se ha conocido como “la Controversia de la Regeneración Bautismal.” Esa fascinante batalla será discutida más adelante. Finalmente recibió el consentimiento de sus padres. Cuando le dijo a su madre su intención de ser sumergido, ella le respondió que a menudo había orado porque se convirtiera en un cristiano, pero nunca había orado para que se volviera bautista. Spurgeon con inusual penetración e ingenio para un joven de esa edad, le replicó a su madre que era una demostración de que Dios da en abundancia por encima de lo que pidamos o pensemos. Así que el día del cumpleaños de su madre, el viernes 3 de Mayo de 1850, se presentó para ser bautizado, unas pocas semanas antes de cumplir 16 años de edad. Spurgeon comentó: “el bautismo soltó mi lengua, y desde entonces no ha estado quieta.” Le bautizó el pastor de la iglesia bautista de Isleham, W. W. Cantlow, que había sido misionero en Jamaica. A la mañana siguiente regresó a Newmarket y al siguiente domingo participó en la Santa Cena en la capilla independiente de la cual era miembro. El bautismo no lo hizo automáticamente miembro de la iglesia bautista.

Servicio en la Escuela de Newmarket

Spurgeon comenzó su trabajo en la escuela dominical el día 5 de Mayo de 1850. En cada reunión de trabajo de los obreros de la escuela dominical, uno de los maestros alternaba con el superintendente para el cierre del mensaje para todos los estudiantes. Cuando Charles habló, los estudiantes recibieron tan bien su mensaje, que el superintendente le pidió que hablara cada semana. Al principio rehusó, pero finalmente consintió y esa hora final se convirtió en un servicio de adoración regular de la iglesia. También continuó distribuyendo folletos, dando testimonio, y sirviendo al Señor.

El ministerio de distribución de folletos se convirtió en uno de los servicios que más disfrutaba en la iglesia congregacional de Newmarket. Formó un grupo de setenta personas, y los sábados por la tarde visitaba sus hogares. Visitaba casa tras casa, compartiendo con ellos la verdad de Dios. El círculo estaba formado por treinta y tres

casas. Charles heredó este grupo que había sido atendido previamente por dos mujeres que vivían en la casa de Swindell.

Como celoso siervo de Cristo, dijo:

“Difícilmente podía dejar pasar cinco minutos sin hacer algo por Cristo. Si caminaba por la calle, llevaba conmigo unos cuantos folletos. Arrojaba folletos a través de las ventanillas de los trenes; si tenía un momento libre, debía estar orando o leyendo mi Biblia; si estaba con algunas personas, trataba de que el tema de conversación fuera Cristo, para poder servir a mi Señor.”

En esos días posteriores a su conversión, la vida entera de Charles parecía entregada a ayudar a otros a encontrar la fe en Jesucristo. Más aún, el fervor evangelístico encendido en su corazón el día de su conversión, nunca disminuyó. Spurgeon puede ser mejor entendido como *Pastor-Evangelista*.

Todos los domingos por la tarde tomaba su lugar en la escuela dominical, pero no siempre gozó de un éxito brillante allí. Sin embargo, normalmente podía mantener la atención de su clase. También comenzó a aprender algunos de los principios básicos de la buena comunicación. Cuando los niños se ponían inquietos y se aburrían, él les daba algún ejemplo o alguna ilustración para recuperar su atención. Uno de los niños le dijo una vez: “esto está muy aburrido, maestro. ¿Podría contarnos algún cuento interesante?” Claro que podía, y se dio cuenta de la importancia de las ilustraciones que relacionan las realidades escriturales con la vida práctica. Cuando se convirtió en un predicador, también enlazaba sus sermones con ilustraciones o anécdotas interesantes.

Cuando Charles comenzó a hablarle a la asamblea entera de la escuela dominical cada domingo, su pastor no se sentía especialmente contento con la idea. Los adultos principiaron a asistir para oír al jovencito. Charles dijo: “me he esforzado por hablar como un hombre moribundo a seres moribundos.” Ese comentario recuerda la famosa frase del gran puritano Richard Baxter. Posiblemente la tomó de Baxter. Spurgeon continuó dando testimonio no solamente a los incrédulos, sino también a cualquier cristiano que estuviera necesitado de una palabra del Señor. En verdad, su timidez se fue flotando sobre el río Lark en su bautismo.

La primera plática pública de Spurgeon tuvo lugar en una reunión misionera en la escuela de Newmarket, el 10 de Septiembre de 1849. Allí dio un mensaje sobre las misiones. Acababa de cumplir quince años. El aquel momento no había sido convertido. Luego, el 14 de Junio de 1850, cinco días antes de cumplir los 16 años, dio otro mensaje misionero. Por este tiempo ya había venido a la fe en Cristo y las misiones estaban verdaderamente en su corazón. En realidad, algunos afirman que Charles se había hecho seriamente el planteamiento de ir a predicar el Evangelio a China. Aunque visitó la Europa continental y cubrió ampliamente el Reino Unido, nunca viajó más allá de esos límites. Pero el celo por el evangelismo y las misiones le consumió a través de su vida.

Cambridge

Charles abandonó Newmarket el 17 de Junio de 1850, y, una vez más, pasó algún tiempo con sus abuelos en Stambourne. Como siempre, fue un tiempo muy especial para el joven, especialmente ahora que había llegado a conocer al Señor Jesucristo personalmente. En Agosto de ese mismo año se trasladó a Cambridge, para unirse a una escuela establecida por el señor Edwin Sennit Leeding, que había sido su maestro en la escuela de Colchester en años anteriores. Allí permaneció durante un par de años muy formativos, como ayudante de maestro. También continuó sus estudios. Pronto se unió a la iglesia bautista de San Andrés, la primera iglesia bautista de la que fue miembro. Fue recibido en su membresía el 3 de Octubre de 1850. Cuando Spurgeon se unió a esa iglesia en Cambridge, Robert Hall servía como pastor. En su día, Hall se convirtió en uno de los predicadores bautistas más distinguidos de Inglaterra. Él dio inicio a la Asociación de Predicadores Laicos durante su ministerio en Saint Andrew. Esa Asociación todavía funciona en Inglaterra, y pronto jugaría un papel importante en la vida de Charles. Esa iglesia también gozaba de cierto renombre debido al pastorado anterior de Robert Robinson, autor de un conocido himno: “Ven Fuente de Toda Bendición.”

Spurgeon se puso de inmediato a trabajar en la iglesia en la escuela dominical, tan pronto llegó a la ciudad universitaria. Rápido destacó en esa tarea. Muchos comenzaron a reconocer la latente habilidad de predicar que tenía. También continuó dando testimonio. Encontró una

forma única de alcanzar los hogares. Les dejaba tareas a los alumnos en sus clases, y luego los visitaba en sus hogares para comprobar su progreso. Los padres se sentían orgullosos de ser visitados personalmente por un maestro, y conforme Charles establecía una buena relación, al mismo tiempo les ministraba. Pero todavía no predicaba ningún sermón. Sentía un profundo deseo de oír el llamado de Dios para predicar, ya que no presumiría de predicar hasta no haber sentido ese llamado. Escribió a su padre:

“Cómo anhelo el momento en que le agrade a Dios hacerme un exitoso predicador del Evangelio, como lo eres tú, mi padre. ¡Oh, que pudiera ver a un pecador constreñido a venir a Jesús! Casi te envidio tu exaltado privilegio.” Ese arraigado deseo de Charles estaba a punto de cumplirse.

Cuando Charles asistía al servicio de la iglesia bautista de la calle Saint Andrew, el señor James Vinter fungía como presidente de la Asociación de Predicadores Laicos. Esta sociedad de laicos suplía los púlpitos de las iglesias de trece aldeas cuando no tenían pastor. Las iglesias de Cambridge tenían a James Vinter en alta estima, y era conocido como el “Obispo Vinter”. Él era un miembro y además un líder de la iglesia de Spurgeon.

Un sábado por la mañana, Vinter llamó a Spurgeon, justo cuando las responsabilidades de Charles en la escuela habían terminado, y le preguntó si quería ir a Teversham la noche siguiente, pues un joven habría de predicar allí, y no estaba muy acostumbrado a los servicios, y le encantaría ser acompañado por Spurgeon. Vinter realmente tenía la intención que Spurgeon fuera “ese joven,” pero conocía su personalidad. Una categórica y clara invitación a predicar habría atemorizado a Charles de tal manera en esa etapa, que habría rehusado. Así que Vinter hizo la invitación de esa forma. El engaño fue tal vez justificado y resultó ser exitoso.

El Primer Sermón

El domingo por la noche, Spurgeon se dirigió a Teversham en compañía de otro joven que era un poco mayor que Spurgeon. Mientras se encaminaban al servicio, Spurgeon expresó su esperanza de que su amigo experimentara las bendiciones y la presencia de Dios al

predicarle a la gente. Sorprendido, el otro joven declaró que nunca había predicado en su vida, que no podía predicar y que no pensaba predicar. Se volvió a Charles y le dijo: “¡Nunca!, se me pidió que te acompañara, y yo espero que Dios *te bendiga en tu sermón.*” Ambos estaban completamente perplejos, pero el compañero de Charles sugirió que simplemente diera una de sus charlas de la escuela dominical, y que eso bastaría. Después de un momento, Spurgeon se reprochó por su miedo y se dijo a sí mismo: “seguro, puedo hablar a unos cuantos aldeanos acerca de la dulzura y del amor de Jesús, puesto que los siento en mi alma.” El camino estaba trazado.

La pequeña congregación estaba reunida en una pequeña casa. Cuando el joven llegó, se levantó para predicar y eligió su texto en aquel momento. El texto de su primer sermón fue: “*Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso.*” (1 Pedro 2: 7). El joven de dieciséis años predicó para gloria de Cristo. Cuando finalizó su sermón, muy contento porque no se había cortado (a veces, cuando al principio hablaba en público, tartamudeaba) tomó el himnario para anunciar el himno con el que cerrarían el servicio. En ese momento, una anciana de la congregación preguntó a gritos: “jovencito, ¿cuántos años tienes?” Spurgeon, que no deseaba divulgar su edad real, respondió: “debe esperar hasta que el servicio termine, para hacerme esas preguntas. Cantemos.” Después de cantar el himno y de terminar el servicio, se quedaron platicando. La anciana le volvió a preguntar: “¿cuántos años tienes?” Él respondió: “tengo menos de 60 años.” “Sí, y menos de dieciséis,” replicó la anciana. Spurgeon le dijo: “no importa mi edad, piense en el Señor Jesucristo y en Su precioso Espíritu.” Eso pareció satisfacer a los congregantes. Le pidieron que regresara si Vinter estaba de acuerdo, y Charles consintió en ello. Este evento inauguró la predicación de Spurgeon tanto en domingos como en días de semana bajo los auspicios de la Asociación de Predicadores Laicos. El llamado había venido y estaba confirmado.

La notoriedad de Spurgeon comenzó a crecer. Aun en aquellos días iniciales, sus dones sobresalientes eran evidentes, y Charles mostró diligencia en todas sus responsabilidades. Temprano cada mañana, estaba levantado orando y leyendo la Biblia, antes de comenzar sus deberes en la escuela. Trabajaba hasta las cinco de la tarde, y luego salía casi diariamente, para predicar a los aldeanos. Charles confesó que cometía errores y decía disparates en sus tempranos esfuerzos de

predicación; pero expresó gratitud de que no hubiera reporteros en sus audiencias.

El Llamado a Waterbeach

El 12 de Octubre de 1851 Charles recibió la comisión de suplir el púlpito de una pequeña capilla bautista en Waterbeach, una pequeña aldea al norte de Cambridge. En esta misma capilla Rowland Hill, afamado ministro bautista, predicó su primer sermón. Se trataba de un edificio bastante insignificante, muy parecido a la casita de Teversham donde había predicado su primer sermón. Charles predicó con eficacia sobre “Salvación del pecado,” y su texto era Mateo 1: 21, que fue el mismo texto que utilizó para su último sermón en Waterbeach. Menos de doce personas participaron en aquel primer servicio, pero se quedaron altamente impresionadas. A solicitud de los congregantes, Spurgeon se comprometió a predicar en los dos siguientes domingos. Luego permaneció con esa gente por más de dos años. Se convirtió en su pastor profundamente apreciado, siguiendo en el cargo a Ron Peters que había servido a esa iglesia durante 22 años. Cuando se le preguntó a un diácono de Waterbeach, cómo había predicado Spurgeon, replicó: “Bien, como un hombre de cien años de experiencia.”

Debido a que la pequeña congregación sólo podía contribuir con muy poco a los gastos del pastor, Charles continuó su trabajo durante los días de semana en la escuela de Cambridge. El señor E. S. Leeding sin duda le estuvo muy agradecido por ello. Sin embargo, conforme la congregación creció, hicieron un pacto para darle un estipendio de 45 libras esterlinas por año. Su ingreso estaba lejos de ser lucrativo. Si no hubiera sido por el hecho de que muchos congregantes compartían sus bienes, tales como vegetales y productos agrícolas, le habría sido imposible continuar con ellos. Spurgeon creía en la provisión de Dios para cada una de sus necesidades y su fe recibió una amplia recompensa. Más tarde, Spurgeon cosechó algunas de sus bendiciones materiales. Un cierto James Toller, un laico de Waterbeach, ofrendaba regularmente a los ministerios del Tabernáculo Metropolitano.

Spurgeon continuaba predicando en otras iglesias durante los días de semana, y en Waterbeach predicaba los domingos. Describió esos atareados días de predicación a las diversas iglesias con estas palabras:

“Debo de haber sido un joven con una apariencia muy estrafalaria en las noches de lluvia, pues caminaba cinco, diez, o inclusive quince kilómetros de ida y de regreso en mi obra de predicación; y cuando llovía, me ponía unas cubiertas impermeables en mis piernas, y un capote impermeable y un sombrero con una cubierta impermeable, y llevaba conmigo una linterna para la oscuridad para poder ver el camino a través de los campos. . .”

“¡Cuántas veces disfruté al predicar el Evangelio en la cocina de la casa de algún granjero, o en una pequeña casa o en un granero! Tal vez mucha gente venía a oírme porque yo era sólo un jovencito. Me temo que decía muchas cosas raras y muchos disparates; pero mi audiencia no era hiper crítica, y no había periodistas que persiguieran mis talones; así que tuve una feliz escuela de entrenamiento, en la que, debido a la continua práctica, alcancé tal grado de improvisar como el que poseo ahora.”

Podríamos cuestionarnos cómo podía Spurgeon trabajar tan duro en la escuela y luego estar listo para predicar por las noches. Él mismo nos da la respuesta:

“Mi tranquila meditación durante las caminatas a las iglesias me ayudaba a digerir lo que había leído... Repensaba mis lecturas una y otra vez mientras caminaba, y así mi alma las absorbía; y puedo testificar que nunca aprendí tanto, o jamás aprendí con mayor profundidad que cuando repetía, simplemente y de todo corazón, lo que había recibido antes en mi propia mente y en mi corazón.”

Así que, a la corta edad de diecisiete años, en Enero de 1852, Charles Spurgeon aceptó su primer pastorado en Waterbeach y Dios confirmó plenamente su llamado a la predicación. En su primera visita a la iglesia, uno de los diáconos, el señor Coe, dijo: “se sentó a mi lado y nunca lo olvidaré. Estaba tan pálido, que pensé para mis adentros: ‘nunca será capaz de predicar. Es un niño’. Yo desprecié su juventud, mientras la congregación cantaba himnos. Cuando terminó el último himno, se puso de pie y comenzó a leer y a explicar el capítulo acerca de los escribas y fariseos y los abogados, y conforme comentaba acerca de sus vestiduras, y sus filacterias y sus largas oraciones, me di cuenta de que *él* podía predicar. Pike, uno de sus biógrafos, dice: “fue un maravilloso ejemplo de un predicador que sube al púlpito por primera

vez, y está completamente maduro para predicar.” Tan pronto como comenzó a predicar, la gente se quedó tan impresionada por su predicación, que rápidamente olvidaron su edad.

Charles, más tarde, renunció a su trabajo en la escuela. Continuó viviendo en Cambridge y pasaba las noches ministrando en muchas de las aldeas alrededor de la ciudad, pero principalmente se dedicaba al pastorado en Waterbeach. De esta congregación recibió por primera vez el mote de “el muchacho predicador.”

Su ministerio en Waterbeach

Cuando Charles fue invitado a ser el pastor de Waterbeach, la congregación era de unas cuarenta personas aproximadamente; pero bajo su eficaz ministerio, la iglesia creció y aumentó considerablemente en cuanto a sus miembros. La gente venía no sólo de la aldea de Waterbeach, sino que muchos viajaban de los lugares vecinos. La iglesia creció hasta que los asistentes llegaron a ser cerca de cuatrocientos adoradores cada domingo, o sea, creció diez veces en menos de dos años. Obviamente no todo mundo podía entrar a la relativamente pequeña casa. Por tanto, las puertas y las ventanas permanecían abiertas, y la gente se quedaba de pie, alrededor de la casa para escuchar al elocuente predicador adolescente. A veces, después que Spurgeon predicaba a los que se reunían dentro de la casa, la multitud que esperaba afuera era tan grande, que llevaba a cabo otro servicio para ellos. Desafortunadamente esa capilla se quemó totalmente, cuando alguien descuidadamente tiró unos carbones encendidos sobre un montón de basura cerca del edificio. Cuando la congregación construyó un nuevo lugar de adoración, Spurgeon viajó desde Londres para el servicio de dedicación, para deleite de todos.

Waterbeach tenía alrededor de 1,300 habitantes en aquella época, pero todos conocían a Spurgeon, y muchos fueron transformados espiritualmente. La criminalidad era alta en la comunidad antes de que Charles llegara. Sin embargo, conforme el Espíritu de Dios profundizó Su obra a través del joven predicador, el crimen cesó y muchos de los criminales vinieron a la iglesia. ¡Ese fue un verdadero avivamiento!

La experiencia de Waterbeach maduró la personalidad de Charles de manera significativa. En primer lugar, aprendió a tratar con cierto tipo

de personas con las que no se había encontrado antes. Él las describía como “perfeccionistas, corazones a medias, hipócritas y avarientos.” Aprendió a ministrar a todo tipo de gente. Más aún, en los primeros días de su predicación, era bastante pomposo y un poco tosco. Pero la gente buena y sencilla del campo pronto le quitó eso. Uno de los diáconos de la iglesia, un cierto señor King, un molinero, vio el gran potencial en el joven y lo amaba entrañablemente. King le suavizó las tempranas expresiones descuidadas, pues clavaba un alfiler en la Biblia de Spurgeon en el pasaje de Tito 2: 8: “Palabra sana e irreprochable, de modo que el adversario se avergüence, y no tenga nada malo que decir de vosotros,” cuando lo consideraba oportuno. Charles captó el mensaje. Spurgeon comenzó a sentirse cómodo con el trabajador común, y este don resultó ser invaluable en los años siguientes.

En Waterbeach, Charles hizo muchas amistades duraderas. Se acercó mucho al Pastor Cornelius Elven de Bury St. Edmunds. Cuando Spurgeon cumplió su primer aniversario en Waterbeach, Elven le dijo: “Joven, estudia mucho; mantente a la par de tus cristianos más adelantados, pues si ellos te superan en el conocimiento de la Escritura o en el poder de edificar, estarán insatisfechos con tu ministerio.” Como ya se ha mencionado, durante esos ocupados días en Waterbeach, Charles todavía predicaba cubriendo un amplio radio alrededor de Cambridge. Muchas veces a la semana se encontraba en camino a algún lugar para predicar. Al principio caminaba los diez kilómetros desde Cambridge a Waterbeach, aunque existía un servicio de trenes. Sus finanzas no le permitían ir en tren. Pero además caminaba a cualquier otra parte para predicar el Evangelio de Cristo.

La búsqueda de almas nunca languideció en el ministerio de Spurgeon. Por ejemplo, él acostumbraba caminar de Cambridge a Waterbeach el sábado por la noche y pasaba la noche en la casa de algún miembro de la congregación. En una de esas noches, compartió la habitación con otro joven que se metió a la cama sin haber orado. Spurgeon, viendo esto como una oportunidad de dar testimonio de Cristo, lo abordó preguntándole cómo podía ir a dormir sin orar, porque podría no despertarse nunca. El joven cayó bajo convicción. Ambos se levantaron, y después de dos horas de compartir el Evangelio, el joven recibió a Cristo.

Spurgeon escribió a su padre el 15 de Noviembre de 1882, diciéndole: “un ministro necesita el amor de Jesús, la fortaleza de más de un ángel, y un corazón tan grande como el mundo.” Charles ejemplificó eso en su amor para ganar almas.

En otra ocasión, en la misma habitación en Waterbeach, donde el joven había encontrado a Cristo, Spurgeon tuvo un sueño tremendamente turbador. En el sueño tuvo una visión del juicio de la gente que había partido a la eternidad sin Cristo. Lo conmovió tanto, que al día siguiente predicó un sermón a la gente de Waterbeach sobre el destino de los perdidos. Algunos oyentes reportaron que la audiencia se puso pálida de miedo, y sus rodillas temblaban. Varios años después, la gente todavía recordaba el impacto de ese poderoso sermón turbador.

La fama de Spurgeon comenzó a extenderse por toda la región alrededor de Cambridge, conocida como ‘the Fens’. Su utilidad para el Señor y el poder de su predicación le ganaron una considerable notoriedad. Como un ejemplo, los diáconos de Isleham invitaron a Spurgeon para que los visitara y predicara. Pidieron prestada la capilla más grande de la aldea. Pero para el desmayo de los diáconos, solamente 7 personas se presentaron para oír el sermón de la mañana. Sin embargo, Spurgeon predicó con tal poder que la voz se corrió ampliamente por la tarde, y el grupo que se reunió por la noche fue tan grande, que no había lugar ni para permanecer de pie.

En esos dramáticos días, Spurgeon fue a predicar en una aldea cercana a Waterbeach. Todo el mundo sabía que esa aldea era un foco de infidelidad, inmoralidad, y todo tipo de vicios. Debe recordarse que el impacto del avivamiento del siglo dieciocho, bajo Wesley y Whitefield, se había desvanecido sustancialmente. Los metodistas habían sido echados fuera de esa aldea en la que Charles iba a predicar. Sin embargo, Spurgeon fue. La gente literalmente se apareció con piedras y estaban listos para lapidar a Spurgeon y a algunos amigos que habían llegado con él. Los aldeanos determinaron dar a los bautistas el mismo tratamiento que habían dado a los metodistas. Pero Spurgeon comenzó a hablar para decirles que se gozaba de que hubieran echado fuera a los metodistas. Les dijo: “ellos sólo les habrían predicado el error, en cambio nosotros les hemos venido a predicar sana doctrina. Me da mucho gusto que los hayan corrido pues eso sólo demuestra que ustedes son gente sensible.” Los aldeanos estaban tan pasmados por la

audacia de este jovencito, que dejaron caer las piedras y escucharon lo que tenía que decir. Charles regresó varias veces después. En unas pocas semanas o meses, el carácter de la aldea había cambiado dramáticamente, de tal forma que la moralidad y una genuina espiritualidad prevalecieron. Todo fue muy sorprendente.

¿Seminario?

Por supuesto, Spurgeon continuamente se preguntaba si debía recibir una educación teológica formal. Admitía que esperaba poder ser útil sin necesidad de una formación teológica. Decía que sentía una “aversión” por la universidad. Sin embargo, tanta gente y tantos amigos le exhortaban acerca de las bondades del entrenamiento teológico formal, que estuvo dispuesto a considerarlo. Pero dijo: “no debo consultarme a mí sino a Jesús.” El padre de Charles definitivamente deseaba una educación teológica para su hijo, pero ocurrió una extraña experiencia que determinó su destino.

El doctor Joseph Angus servía como director de Stepney College, una escuela teológica bautista. Hoy esa institución es conocida como Regent’s Park College, reubicada primero en Londres y actualmente en Oxford, y ahora forma parte del sistema de la Universidad de Oxford. Angus había sido pastor de la iglesia bautista de la calle de San Andrés, y llegó de visita a Cambridge el primero de Febrero de 1852. Es interesante notar que Angus había sido pastor durante dos años de la Capilla New Park Street de Londres, de la cual Spurgeon pronto sería el pastor. Después de dejar el púlpito de la Capilla New Park Street, Angus fue secretario de la Sociedad Misionera Bautista. Más tarde participó en el comité que publicó la revisión de las Escrituras en 1881. Pero en aquel momento que nos concierne, Angus era el líder del Instituto Teológico Stepney y Spurgeon estaba considerando incorporarse allí.

Un amigo arregló una cita para que el doctor Angus conociera a Spurgeon en el hogar de un señor McMillan, un editor muy conocido. Spurgeon, que era muy puntual, llegó a la hora convenida a la cita y la sirvienta le indicó que pasara a una sala. Allí, para su frustración, tuvo que esperar alrededor de dos horas al doctor Angus, quien aparentemente no llegó a la cita. Charles se sentía tan insignificante que no quería tocar la campana o el timbre para preguntar por qué el

doctor Angus estaba tan demorado. Al fin se decidió a tocar el timbre. Para su tremenda sorpresa la sirvienta le dijo que el doctor Angus lo había estado esperando en otra sala. Después de una larga espera, el doctor Angus decidió irse, pensando que Spurgeon no llegaría, y tomó el tren de regreso a Londres. La sirvienta, de manera inexplicable, había pasado a los dos hombres a dos diferentes habitaciones, y se le olvidó decirle a cada quien que el otro ya estaba esperando. Esta reunión nunca se realizó.

Como puede suponerse, Spurgeon estaba sumamente desilusionado. Esa tarde, yendo en camino a Chesterton, uno de los lugares donde predicaba, y cuando se aproximaba a un pequeño puente de madera, la palabra de Dios vino a él con poder. Era como si una voz le hablase claramente y le dijera: “¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques.” (Jeremías 45: 5) Charles se quedó paralizado en el lugar. Allí mismo, en ese punto, interpretó este dramático evento como una guía definitiva de Dios para su vida. Abandonó cualquier pensamiento de una carrera teológica. Comentó:

“Recordé a la pobre pero amable gente a la que ministraba, y las almas que me habían sido dadas para que estuvieran a mi cargo: y aunque anticipaba oscuridad y pobreza como resultado, sin embargo, en ese mismo momento renuncié cualquier ofrecimiento de instrucción formal, y determiné quedarme predicando la Palabra mientras tuviera fuerzas para hacerlo.”

La experiencia resultó ser un momento crucial en la vida de Charles. Lo condujo a una más profunda consagración a Cristo, como no lo había hecho antes. En verdad, estableció el curso de su vida. Para Spurgeon sólo una cosa contaba para el resto de su vida: la voluntad de Dios. Ese fue el secreto definitivo de su vida y de su eficaz ministerio.

Como puede esperarse, el doctor Angus pensó que Spurgeon había cometido un tremendo error. Angus escribió a un cierto señor Watts, diciendo: “lamento que su amigo (Spurgeon) se establezca sin una preparación completa. Podrá ser útil de cualquier manera, pero su utilidad sería mucho mayor, llenaría una esfera más amplia, con preparación que sin ella. Muchos compartían esa opinión, y Spurgeon tuvo que aguantar muchas críticas por no haber recibido un entrenamiento teológico formal. Pero él había decidido no recibir esa

educación formal, y apoyarse únicamente en su estudio personal y en la educación que recibió para prepararse para el ministerio. No se sabe qué hubiera ocurrido si se hubiera preparado formalmente. Tal vez hubiera sido un mejor predicador, tal vez no. De todas maneras, él sintió que encontró la voluntad de Dios en lo relativo a este tema, y estaba contento.

Un Momento que Cambió su Vida

Estando todavía en Waterbeach, en Noviembre de 1853, Spurgeon habló en una reunión que celebraba un aniversario más de la Unión de Escuelas Dominicales de Cambridge. Después de su mensaje, hablaron otros dos ministros. Cada uno de ellos menospreció su juventud. Uno de ellos hizo un comentario particularmente sarcástico, diciendo: “es una lástima que los muchachos no adopten la práctica escritural de quedarse en Jericó hasta que les crezca la barba, antes de que intenten instruir a sus mayores.” Después que el hombre hizo este comentario, más bien rudo, Spurgeon pidió al moderador de la reunión que le permitiera responder el comentario. Recibió el permiso y él mismo nos cuenta el evento con estas palabras:

“Le recordé a la audiencia que aquellos a quienes se les había pedido que permanecieran en Jericó, no eran muchachos, sino que eran hombres de edad madura, cuyas barbas habían sido rasuradas por sus enemigos, o sea, la mayor indignidad a la que podían ser sometidos, y, que por tanto, estaban avergonzados de regresar a casa mientras la barba no les hubiera crecido. Yo agregué que el verdadero paralelo a su caso podía ser hallado en un ministro que, habiendo caído en pecado público, hubiera deshonorado su llamamiento, y por tanto, necesitaba quedarse en el retiro, hasta que su carácter hubiera sido en alguna medida restablecido.”

Aunque Spurgeon no conocía realmente la dinámica de la situación, el hombre que le había atacado, había caído en un pecado público, y su comportamiento era conocido por la gente. Uno se puede imaginar la vergüenza experimentada por el hombre, pues el joven había puesto el dedo en la llaga, aunque Spurgeon desconocía totalmente el caso.

Esta reunión, en el curso normal de las cosas, podría parecer insignificante. Sin embargo, fue un pivote y un punto crítico en la vida

de Spurgeon. Dios estaba a punto de abrir una maravillosa puerta de servicio. Tal vez fue la intención del Espíritu, que Charles no comenzara a estudiar en la escuela teológica, pues lo que tuvo lugar probablemente no se habría dado si hubiera comenzado su entrenamiento y sus estudios. Dios tenía preparado para él, en el casi inmediato futuro, un fantástico ministerio. Spurgeon era ya un nuevo predicador en Cristo, y el mundo entero esperaba oírlo.

Capítulo 5

“Uno Cuyo Nombre Era Esperanzado”

LOS PRIMEROS AÑOS DE SPURGEON EN LONDRES: EL AVIVAMIENTO TAN ESPERADO

Todo comenzó en la reunión de Cambridge, ya comentada. A esa reunión asistió un señor de nombre George Gould, un diácono de la iglesia bautista de Loughton, Essex, que oyó al cautivante orador adolescente y quedó altamente impresionado. Unos pocos días después, Gould se encontraba en Londres, hablando con un viejo amigo suyo, Thomas Olney, un hombre de buena posición social y muy rico. Olney servía como diácono líder en la Capilla Bautista de New Park Street. El diácono Olney le comentó a Gould que su iglesia no tenía pastor, y que no habían podido conseguir el prospecto adecuado. Es fácil entender las razones: la iglesia había sido establecida en un lugar sumamente improductivo, improductivo para una iglesia. El terreno estaba a un nivel tan bajo, que a menudo era inundado por el río Támesis. Cervecerías y diversos tipos de fábricas habían invadido el área y los residentes de la zona habían huido. El puente de Southwark que conducía al lugar cobraba un peaje. La gente que asistía a la capilla tenía que caminar largos trechos, de ida y de regreso, o tenía que pagar el peaje. La iglesia compró el lugar principalmente por el precio barato.

La Historia de la Antigua Iglesia

La Capilla Bautista de New Park Street gozaba de una fascinante historia. En el momento en que el diácono Olney se quejaba con Gould de que no tenían pastor en 1853, ya tenía unos doscientos años de existencia. Nos tenemos que remontar al año de 1650, 30 años después de que los peregrinos viajaron a América, y más o menos por el tiempo en que el Parlamento acababa de prohibir las reuniones de los grupos bautistas, en el año de 1645. Sus raíces comenzaron en una congregación que se tuvo que enfrentar a una constante persecución, y que se reunía clandestinamente en una casa en Kennington que

pertenecía a la Viuda Colfe. El grupo creció rápidamente con su primer pastor, William Rider, quien aparentemente murió por causa de la plaga de Londres en el año de 1665. Casi nada se conoce de su ministerio.

Luego, en la línea sucesoria, vino Benjamin Keach, sastre de profesión, pastor de 1668 a 1704, que sirvió durante 36 años, famoso por sus libros que todavía tienen demanda, que explican los milagros, las parábolas y las metáforas de la Biblia. Un prominente líder entre los Bautistas, fue pastor de la iglesia en medio de mucha persecución, y construyó su primera capilla cerca de Tower Bridge, (el Puente de la Torre de Londres), tan pronto como los bautistas recuperaron la libertad de congregarse, en el año de 1688.

A continuación le sucedió Benjamín Stinton, pastor de 1704 a 1718, que sirvió durante 14 años y que era yerno de Keach. De él comentó Spurgeon: 'Stinton será recordado por su celosa participación en movimientos tendientes al bien general: religiosa, social y educativamente.

Luego vino John Gill, pastor de 1720 a 1771, es decir, que sirvió durante 51 años, y cuyos comentarios sobre la Biblia también permanecen siendo publicados al día de hoy. Gill fue uno de los eruditos bíblicos más grandes de su tiempo. Durante su ministerio, la iglesia apoyó fuertemente la predicación de George Whitefield en una iglesia cercana, en Kennington Common. Allí, en el año de 1739, los primeros sermones del Gran Avivamiento llevaron a miles de personas a la experiencia del nuevo nacimiento.

Después del doctor Gill vino el doctor John Rippon, pastor de 1773 a 1836, es decir, que sirvió 63 años, formando una iglesia tan grande que llegó a ser la congregación bautista más grande de Inglaterra. En 1830 le correspondió a Rippon la construcción de una casa de oración que se conoció como la Capilla de New Park Street. Parece extraño que una congregación que era próspera construyera un nuevo edificio en tan desagradable lugar para ahorrar unas cuantas libras esterlinas, pero así lo hizo. No podía haber una peor ubicación. Un antiguo pastor había dicho de la ubicación de la iglesia: "Nunca he explorado una región más sucia, desagradable y repelente que esa donde la capilla está situada. Es una calle estrecha, y sombría, rodeada de casas pequeñas y sucias."

Spurgeon mismo comentó que “la región parecía más apropiada para el negocio de colar sebo que para una capilla... Si se hubieran dedicado 30 años para buscar algo con la intención de enterrar viva a una iglesia, no habrían tenido más éxito.” También dijo que le recordaba el “hoyo negro de Calcuta.”

Le siguió en el pastorado Joseph Angus, que fue pastor de 1837 a 1839, dos años, con mucho éxito de conversiones. Dejó su puesto porque fue invitado a ocupar un alto cargo en la Sociedad Misionera Bautista. Posteriormente se convirtió en Rector de Stepney College. Fue autor de varios libros, y perteneció a un comité de revisión de la traducción del Nuevo Testamento. Este es el pastor con quien se tenía que entrevistar Spurgeon, en el incidente ya comentado.

El siguiente ministro fue James Smith, que fue pastor de 1841 a 1850, es decir, que sirvió ocho años y medio. Su ministerio fue muy bendecido con la conversión de muchos pecadores. A su muerte, el mejor tributo que pudieron rendirle fue el comentario: “el suyo fue un ministerio de conversiones.”

Cuando se fue Smith, le siguió en el cargo William Walters, que fue pastor de 1851 a 1853, dos años. Los diáconos le indicaron que su ministerio no era aceptable, y entonces presentó su renuncia.

Estos cortos pastorados, en un tiempo muy corto, no ayudaron a la iglesia a recuperar su antigua gloria. La situación era tal que en un edificio con una capacidad para 1,200 personas sentadas, un simple puñado de adoradores se reunía para el servicio dominical. Tal era la escena cuando Spurgeon vino a predicar el domingo 18 de Diciembre de 1853, según comentó él mismo, “a una congregación mucho más pequeña que la que se congregaba en Waterbeach.”

Ese día predicó en la mañana sobre Santiago 1: 17, y su sermón se tituló “El Padre de las Luces.” No había preparado un sermón especial, que impresionara. Tenía la determinación de predicar exactamente como predicaba en Waterbeach. No podía ser acusado de pretender. Quería que los londinenses lo vieran tal como era. No improvisó el sermón. Escribió una parte de él. Predicó de una manera dramáticamente diferente. Su estilo era extemporáneo. El estilo de predicación aceptado y aceptable a mediados del siglo 19 en Inglaterra se centraba en la

preparación de un manuscrito completo y de estilo literario, que era leído enfatizando cuidadosamente las palabras escogidas de manera pedante y meticulosa. Muchos de los sermones eran unas extraordinarias obras literarias, pero sin un mensaje bíblico profundo y práctico. Toda la intención parecía ser la predicación de un sermón elocuente y pesado que atrajera la atención hacia la habilidad de escribir y la erudición del predicador, más bien que en el mensaje mismo. Desde el siglo dieciocho, la predicación en la mayoría de las iglesias británicas tenía una formalidad casi gótica. Esta verbosidad estirada no se limitaba a la Iglesia de Inglaterra; los inconformes los imitaban. Los únicos que representaban una excepción eran los metodistas primitivos. La mayoría de los pastores tradicionales tenían una apariencia sobrecogedora, aislada e inalcanzable. Spurgeon representaba una bocanada de aire fresco en esta atmósfera pesada, casi opresiva de la predicación. Debido a que era algo diferente, libre y comunicativa, la predicación de Spurgeon motivaba a la gente con su mensaje. En el púlpito, voló como un águila que había estado cautiva y había sido puesta en libertad. Un mensaje ardía en su corazón, y por encima de todo, quería comunicarlo eficazmente a la gente. Las iglesias necesitaban grandemente este espíritu libre, y este enfoque renovado. El viejo estilo altisonante había atontado a las iglesias. (Algo parecido a la escuela escocesa de predicadores de la que nos habla D. Martyn Lloyd-Jones).

Cuando Charles subió las gradas del púlpito de la iglesia de New Park Street esa mañana del dieciocho de Diciembre de 1853, con miras a convertirse en el noveno pastor de la iglesia, la congregación no sabía qué pensar. Allí estaba frente a ellos un niño, con una cara redonda que lo hacía parecer todavía más joven que los diecinueve años que tenía. No era alto y era rollizo, como los holandeses, y tenía una gran cabeza. Sus dientes eran protuberantes y dispares. Conforme se adentraba en su mensaje, sacaba un pañuelo azul de lunares blancos, y lo sacudía de un lado a otro, luciendo una figura un poco cómica. ¡Pero cómo predicaba! Con un vigor entusiasta y un verdadero poder espiritual, ejerció una gran influencia en la gente. Spurgeon estaba consciente de que tenía que predicar con el corazón, si habría de generarse algún bien. La gente estaba sentada en mitad de sus asientos, antes de que Charles hubiera llegado a la mitad del sermón. Nunca habían oído una predicación tan poderosa. Su punzante y coloquial vocabulario anglosajón tenía arrobada a la gente. (Inglés antiguo y sin palabras

rebuscadas). No a mucha gente le gustaba ese lenguaje, pero Spurgeon estaba estableciendo una transición del estilo de oratoria latinizante, de mucho ornato, en boga desde Samuel Johnson, al estilo comunicativo y natural anglosajón. Spurgeon habría estado de acuerdo de todo corazón con lo que dijo muchos años después Sir Winston Churchill: “no hay nada más noble que una frase en lenguaje anglosajón.”

En el servicio matutino no habría más de 80 personas, en una iglesia con una capacidad de asientos de 1,200. Terminó el servicio y la gente salió gozosa. En la tarde se corrió la voz, por el sur de la ciudad de Londres, invitando a los amigos para el servicio vespertino. Decían: “¡debes venir a la Calle New Park Street para oír al jovencito venido de Waterbeach!” Un gran número de personas se congregó por la tarde. La señora Unity Olney, esposa de Thomas Olney, el diácono que había invitado a Spurgeon, sufría de invalidez y permanecía confinada en su hogar la mayoría del tiempo. Su esposo, el diácono, se decidió a llevarla a la iglesia esa noche. Después de oír a Charles simplemente dijo: “¡Él lo hará! ¡Él lo hará!” Expresó lo que todos habían sentido virtualmente. La gente quedó tan impresionada con la predicación vespertina, que no querían abandonar el edificio hasta que los diáconos les aseguraran que harían todo lo posible para convencer a Spurgeon para que regresara. Charles estuvo de acuerdo en regresar. El día terminó de una manera muy diferente de como había comenzado.

El Llamado al Pastorado

Hasta ese momento, ningún predicador había sido invitado a regresar una segunda vez a la Capilla de New Park Street, pero los diáconos invitaron a Charles para que predicara el 1, el 8, y el 29 de Enero de 1854. Habiendo sido recibido tan entusiastamente, el 29 de Enero los diáconos propusieron a Spurgeon que predicara por un período de seis meses, con miras a quedarse como pastor permanente. Pero Charles no estaba muy convencido, por su falta de preparación. Pero cuando lo comentó con los diáconos, ellos le respondieron: “eso es para nosotros una recomendación muy especial, pues no tendrías tanta unción ni sabor, si tuvieras esa preparación.” También le hacía dudar su gente de Waterbeach, su pequeño “Huerto del Edén.” La perspectiva de vivir en Londres tampoco era muy atractiva para Charles. La criminalidad era tremenda. Cien mil niños no podían asistir a la escuela. La epidemia del cólera arrasaba con frecuencia la ciudad. Las condiciones de los

barrios bajos eran deplorables. El novelista Charles Dickens no exageró las condiciones de la ciudad en las descripciones que hizo en su bien conocida novela *Oliver Twist*. Y la parte sur de la ciudad, donde estaba situada la Capilla New Park Street, era una de las partes más pobres de la ciudad.

Pero el llamamiento que se le hizo a Charles sólo contó con cinco votos en contra, de una membresía de unas trescientas personas. Charles comentó: “me sorprende mucho que ese número no haya sido mayor.” En una carta a su padre escribió: “estaban tan hambrientos (los miembros de la iglesia), que un bocado del Evangelio fue un banquete para ellos. Muchos de ellos comentaron que Rippon había regresado.” Todo eso lo conmovió, y comenzó a atraerlo a Londres. “Dios así lo quiere,” dijo.

Pero el período de prueba ni siquiera llegó a los tres meses. Una petición a los diáconos fue firmada por 50 miembros de la congregación para que se convocara a una reunión, para invitar a Spurgeon a que aceptara el cargo permanente de pastor. Así que el 19 de Abril de 1854, dos meses antes de que cumpliera los veinte años de edad, la iglesia se reunió para pedirle que aceptara de inmediato el cargo.

El 2 de Marzo de 1854 le escribió a un tío: “ya te has enterado que ahora soy londinense, y que me he convertido en algo así como una celebridad. Ninguna universidad me habría brindado una situación superior. Nuestra capilla es uno de los pináculos de esta denominación.” Los diáconos le cambiaron su forma de vestir. La reacción de los miembros de las iglesias bautistas de Londres fue inicialmente muy fría. Ni siquiera escribían bien su nombre, cuando se referían a él por escrito. En una de las primeras reuniones grupales de las iglesias bautistas, alguien oró por Charles, y pidió a Dios que bendijera a “nuestro joven amigo que tiene tanto que aprender, y tanto que desaprender.” Sin embargo, desde los primeros meses, algunos percibieron el genio del joven predicador.

El señor James Sheridan Knowles, un dramaturgo irlandés, médico y actor, había gozado de mucho éxito en la escena dramática. Posteriormente se convirtió y fue bautizado. Dejó primero la medicina por el teatro y luego se dedicó al ministerio bautista, como tutor del

Stepney College, la institución a la que hubiera asistido Spurgeon. Knowles había sido descrito como “posiblemente el mejor de los dramaturgos trágicos” de su día. En Mayo de 1854, Knowles visitó la iglesia de New Park Street. Cuando regresó a Stepney College le preguntó a la clase: “muchachos, ¿han escuchado al jovencito de Cambridge?” Por supuesto que ninguno de ellos lo había oído todavía. Knowles continuó: “Vayan y escúchenlo tan pronto puedan. Su nombre es Charles Spurgeon. Es solamente un muchacho, pero es el predicador más maravilloso del mundo. Su oratoria es absolutamente perfecta; y, además de eso, domina el arte de la actuación. No tiene nada que aprender de mí ni de nadie más. Es simplemente perfecto. Lo sabe todo. Puede hacer lo que quiera. Si yo siguiera a cargo del Teatro Drury Lane, le ofrecería una fortuna para que actuara una temporada en las tablas de ese teatro. Vamos, muchachos, él puede hacer lo que quiera con su audiencia; puede hacerlos reír y llorar y reír de nuevo en cinco minutos. Su poder es sin igual. Ahora, fíjense bien en lo que les digo, ese jovencito se convertirá en uno de los más grandes predicadores de esta época y de cualquier otra. Llevará más almas a Cristo que ningún otro hombre que haya proclamado jamás el Evangelio, sin excluir al apóstol Pablo. Su nombre será conocido por doquier, y sus sermones serán traducidos a muchas lenguas del mundo.”

A pesar de todos estos elogios, Spurgeon no siempre convencía a todo el mundo. Recibía también muchas críticas. Independientemente de las diferencias, era obligatorio tomar nota del joven predicador. Un viento nuevo comenzó a soplar a todo lo largo de Southwark, disipando la vieja niebla londinense del desánimo espiritual y de las dudas. “El último de los puritanos” comenzaba a manifestarse, y toda Inglaterra pronto comenzó a fijar sus ojos en él. Alguien comentó: “había mucho del viejo profeta hebreo en él.”

El Crecimiento de la Obra

Conforme la popularidad de Spurgeon creció, crecieron las multitudes que asistían a los servicios. El edificio de la capilla, la más grande iglesia bautista de la época, se volvió insuficiente. Muchos analistas atribuían el interés a “la originalidad o incluso la excentricidad de Spurgeon.” Pero había mucho más profundidad que eso.

En sus predicaciones podía ser a la vez tierno y terrible. No le faltaba el sentido del humor. Un comentarista expresó lo siguiente: “Me comentaron que era arrogante. Yo no vi ninguna prueba de ello; y aunque la hubiera visto, ¿acaso iba a tener una diferente opinión de sus sermones? Yo no digo que no voy a comer un buen pan, sólo porque el panadero sea arrogante. Su arrogancia puede ser algo malo para él mismo, pero su pan es muy bueno para mí. Yo estoy lejos de considerar perfecto al señor Spurgeon. En este respecto no es como el señor Whitefield, que desde el principio fue un perfecto orador, y permaneció siéndolo hasta el fin. Pero con respecto a su poder sobre la audiencia, y la audiencia de Londres en particular, debo decir que no es inferior a Whitefield.”

Un evento interesante y lleno de humor tuvo lugar en relación a las vastas multitudes que llegaban a la Capilla New Park Street. El edificio estaba construido en un nivel bastante bajo, y por sus protecciones contra las inundaciones, carecía de una buena ventilación. El aire cargado y el calor del viejo edificio eran, en momentos, insufribles. En varias ocasiones Charles había pedido a los diáconos que abrieran permanentemente las ventanas de la parte superior del edificio, para permitir que entrara el aire fresco. Pero nadie le había hecho caso. Los diáconos no reaccionaban. Un domingo, cuando la congregación se apresuraba a entrar y se apretujaba en las puertas, sintieron una brisa suave y fresca que venía de arriba. Todas las ventanas de la parte superior habían sido quebradas. La gente pensó que se trataba de unos vándalos que las habían destruido, aunque la mayoría estuvo de acuerdo en que fue uno de los “mejores crímenes” cometidos en el sur de la ciudad. Los diáconos se reunieron para investigar el asunto. Spurgeon sugirió dar una recompensa a quien descubriera al culpable. Pronto se descubrió, sin embargo, que no sería prudente descubrir al que perpetró el crimen. Una detallada investigación forense habría revelado fragmentos de cristales en el bastón de Charles. Los diáconos se olvidaron del asunto, y la gente disfrutó del aire fresco. Spurgeon comentó: “Después de la gracia de Dios, lo mejor para el predicador, es el oxígeno.”

Ordenación

En los primeros meses de su ministerio, los diáconos planearon un servicio de ordenación para su nuevo pastor. Spurgeon se opuso,

afirmando que tal ceremonia no tenía precedente en la Escritura. “¿Dónde pueden encontrar la base bíblica para tal tontería?” Jocosamente dijo que la mayoría de las ordenaciones consistían simplemente en “imponer manos vacías sobre cabezas vacías.” Charles ganó el debate con sus diáconos, los cuales desistieron y cancelaron la ceremonia de ordenación. Charles nunca se volvió “oficialmente” un “reverendo,” aunque en la época inicial de su ministerio, adoptó el título de reverendo por pura cortesía. Más tarde cambió y todo mundo lo conocía como el “Pastor” o simplemente el “señor” Spurgeon. Él dijo: “*Reverendo y pecador* constituyen una curiosa combinación; yo sé que soy lo segundo, y por eso repudí lo primero.” Tampoco aceptó nunca títulos honorarios. Otro siguieron su ejemplo: D. L. Moody, un profundo admirador de Spurgeon, siguió su punto de vista y liderazgo y rehusó la ordenación. Él también fue siempre conocido como el señor Moody. Sus alumnos del Colegio del Pastor también siguieron esa línea. Un periódico de Chicago, *El Estándar*, reportó que el 25 de Agosto de 1887, un graduado del Colegio del Pastor había dirigido una ceremonia de una boda en Estados Unidos y las autoridades la declararon inválida porque no estaba ordenado.

Los anglicanos aceptan el concepto de la sucesión apostólica en su teología de la ordenación. Spurgeon relató lo siguiente: yo tenía una discusión con un clérigo un día, que insistía que únicamente los sacerdotes ordenados de la Iglesia de Inglaterra estaban en la línea de la sucesión apostólica. “Entonces, ¿qué soy yo?” pregunté; “¿cómo me consideran ustedes? ¡Tú no puedes negar que Dios ha puesto Su sello en mi ministerio!” “Oh, tú eres toda una excepción,” replicó el clérigo, ‘yo te veo como un tipo de Melquisedec. No tuviste predecesor, y no tendrás sucesor. Dios tiene el derecho de hacer una excepción, si así le agrada.” “Si yo soy Melquisedec, ¿por qué no me dan los diezmos ustedes, entonces?” pregunté. Él respondió únicamente con una sonrisa; posteriormente me envió una pierna de cerdo; tal vez consideró que era la décima parte del cerdo que había matado.”

El Enfoque de Spurgeon

Probablemente una de las primeras razones de la fama de Spurgeon fue su franqueza y su evaluación sin rodeos de casi todo en Londres. El hombre común gustaba de eso en el predicador. Spurgeon no era reticente ni se guardaba nada cuando expresaba lo que pensaba, por lo

que a veces resultaba ser impetuoso y temerario, sobre todo en sus primeros años en Londres. Sus emociones estaban siempre a flor de piel. Sin duda, esa es la razón por la que algunos le condenaban como arrogante.

Por ejemplo, en una ocasión, Spurgeon era un predicador invitado en un servicio, y seleccionó un himno escrito por Isaac Watts. Las primeras dos líneas del himno decían: “Tal como es Su naturaleza así es Su gracia, toda soberana y toda inmerecida.” Otro ministro que anunciaba los himnos durante el servicio, cuando leyó las dos primeras líneas del himno dijo: “No cantaremos este himno.”

Spurgeon nos relata:

“Yo sentí que, bajo las circunstancias, el himno debía ser cantado, por lo que dije: ‘por favor, vamos a cantar ese himno; pues no cantaremos ningún otro himno si no cantamos ese.’ Entonces el ministro cerró el himnario, y yo proseguí con el sermón. Yo traía un tema completamente diferente para mi sermón; pero cuando fui retado de esa manera, me sentí obligado a cambiar mi tema. Así que anuncié que mi texto sería: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.” (Romanos 9: 15, 16). Prediqué de estas palabras un sermón lleno de sana y buena doctrina, que llenó de deleite los corazones de todos los hermanos y hermanas que aman la médula y la grosura de la fe que algunos llaman calvinismo, pero que nosotros consideramos que se origina en el Señor mismo y en Su apóstoles.”

Ciertamente Spurgeon podía ser muy pertinaz y terco en algunos temas. Algunos consideraban esto como arrogancia.

En otra ocasión, la audacia de Spurgeon volvió a salir a flote. Como llegó un poco tarde a una reunión (un hecho excepcional, ya que Spurgeon era muy puntual), un diácono salió a recibirlo muy turbado, mostrando su reloj mientras se acercaba a Spurgeon. Spurgeon, demostrando no prestar ninguna atención a la reconvención, tomó el reloj, lo examinó detenidamente, se lo regresó al pomposo diácono, y señaló que parecía ser un reloj muy bueno, pero que necesitaba alguna

reparación. Aunque pudiera parecer arrogante algunas veces, tenía mucha gracia cristiana para ser verdaderamente egocéntrico.

Un domingo, en la Capilla New Park Street, quedó sobrecogido por la vasta multitud y los cientos si no es que miles que no podían ser admitidos cada domingo. Entonces ese domingo en particular giró en el púlpito, se quedó mirando la pared trasera, y exclamó: “por fe los muros de Jericó se derrumbaron, y por fe esta pared se desplomará también.” Las campañas para construcciones o reparaciones mayores no son usualmente anunciadas en las iglesias de esa manera tan inesperada. Los diáconos se quedaron estupefactos. Más de uno de ellos informó al predicador que no querían volver a oír sobre ese tema. “¿Qué me están diciendo?” preguntó Spurgeon, “no volverán a oír hablar de ello cuando esté terminado; y, por tanto, entre más pronto se pongan a trabajar, mejor.” ¡Y se pusieron a trabajar!

Debe reconocerse que Spurgeon tenía una actitud autoritaria. Le llamaban “el Gobernador.” Él decía: “en el barco sólo hay un capitán.” Sin embargo, su liderazgo en la iglesia siempre estaba suavizado por un amor genuino. Él estableció su liderazgo por medio de un verdadero amor cristiano y servicio a su pueblo. La prueba del valor de su enfoque está en el tremendo crecimiento que tuvo su iglesia. En los 37 años de servicio, 14,000 personas se agregaron a la membresía de la iglesia, para llegar a ser la iglesia bautista más grande del mundo.

Durante las labores para agrandar la capilla, se decidió rentar Exeter Hall. Entonces del 11 de Febrero de 1855 al 27 de Mayo de ese año, fue rentado. El 11 de Febrero predicó el sermón “Cristo Crucificado,” que lleva los nos. 7-8 en el índice de sermones, y el 27 de Mayo predicó el sermón “El Nombre Eterno,” que lleva el número 27 en ese índice.

Exeter Hall era un gran auditorio, un salón abierto al público, con una capacidad de unos cinco mil asientos. Los salones públicos eran algo muy común en el Londres victoriano. El más grande de todos ellos era el Crystal Palace, con una capacidad de unas diez mil personas. Exeter Hall tenía el propósito principal de ser utilizado para reuniones evangélicas. Los propietarios lo rentaban para conferencias, pero no para servicios religiosos regulares. Inicialmente estaban reticentes a rentarlo, pero finalmente consintieron.

Ataques de la Prensa – Controversias

El cambio a Exeter Hall atrajo la atención de la prensa. Por ejemplo, el periódico *The Globe*, (El Globo), dice el 22 de Marzo de 1855: “durante las últimas semanas, Spurgeon ha estado predicando en Exeter Hall, cada domingo, tanto por la mañana como por la noche. Ha llenado ese gran salón con la misma facilidad que ha llenado la Capilla de New Park Street. Un paseante alrededor del área de The Strand, alrededor de las seis de la tarde de un domingo, se podría preguntar cuál es el significado de esa multitud que literalmente detiene todo el tráfico y obliga a los peatones a tener que dar grandes rodeos. Desde los días de Whitefield, cuyo honroso nombre está en peligro de ser bajado del pedestal y arrojado a la sombra por este nuevo candidato a los honores del púlpito, no ha existido un furor religioso tan completo; por el momento, su fogosa elocuencia lo lleva algunas veces al extravío, y estropea la belleza de su estilo singularmente feliz.”

El *Glasgow News* de Escocia escribe: “Él no presta ninguna atención a los dogmas de las escuelas, y elige expresar sus puntos de vista en un lenguaje propio, que está libre de la fraseología estereotipada del púlpito; no utiliza ninguna expresión indigna del tema, ni nada que los jueces de la teología pudieran repudiar... Sería bueno que sus rivales se ocuparan de lo suyo, puesto que un joven de tal energía como el señor Spurgeon, no podrá ser humillado por sus envidiosos rivales. Como otros jóvenes predicadores, tiene sus peculiaridades, pero estas son a menudo las indicaciones de un genio que está en el proceso hacia una brillante madurez.”

En los días iniciales de Exeter Hall, los periódicos se referían a Spurgeon de manera positiva. Por ejemplo, *The Times* escribió: “Nos deleita oír que hay un hombre en la metrópolis que puede atraer a la gente para escuchar sus sermones por otros motivos que el simple cumplimiento de una obligación religiosa.”

Por esa época, unas mil personas se quedaban fuera, pues no había el cupo suficiente para que pudieran entrar.

Los comentarios positivos se mantuvieron durante aproximadamente un año y medio. Pero la presa que detenía las aguas de los denuestos se rompió, y durante los siguientes años, una marea de críticas cáusticas y

cruel casi ahogaba al pastor de la Capilla New Park Street de 21 años de edad. Hay que entender que Spurgeon movió a una turba de gente humilde del sur del río Támesis a una zona de alcurnia. El cambio fue demasiado para la prensa sofisticada y esnob. Spurgeon tenía el perfil de un “reformador” y eso era probablemente inaceptable para los miembros de la burguesía de la prensa. Para los periódicos, había llegado el momento para que “el mozalbete de Waterbeach” fuera llamado a rendir cuentas. Le declararon la guerra y ellos sabían cómo combatir. La “censura se convirtió en simple y vulgar abuso.”

Uno de los periódicos que más castigó el ministerio del predicador durante largos años fue el periódico llamado *Saturday Review*. Su cuerpo editorial favorecía a la Iglesia de Inglaterra, la iglesia establecida, y el partido político de los ‘tories’ que apoyaban al rey en contra del Parlamento. Entre los años de 1856 a 1868 le dedicaron casi tanto espacio a Spurgeon como lo hicieron al primer ministro Gladstone y a Disraeli. Estos editores se lamentaron que vivían en una época de comunicación con los espíritus por medio de golpecillos (relativo a los espiritistas) y del señor Spurgeon. Entre otras cosas le llamaron el ‘Calibán Anabaptista’. (Calibán es un esclavo salvaje y deforme de la obra de Shakespeare *La Tempestad*. En este periódico, *Saturday Review*, le llamaron un “fanático arrogante, ignorante, estúpido, irracional, soez y de mente estrecha.” La reacción de Spurgeon ante los ataques de ese periódico lo llevó a la conclusión que un verdadero cristiano es “uno que teme a Dios y es odiado por el periódico *Saturday Review*.” Los amigos de Spurgeon llamaban al periódico “Satanic Review,” o “el denostador.”

El periódico *The Illustrated Times*, el 11 de Octubre de 1856, se preguntaba: “¿va a ser duradera su popularidad? Estamos seguros que no.” Otros periódicos lo tildaban de “demagogo religioso,” mientras que otros decían que no era sino “una maravilla que duraría sólo nueve días”, y “ha subido como un cohete pero en muy poco tiempo caerá como una varilla.” Ese mismo periódico que hizo este comentario, en 1898, 6 años después de su muerte, comentó: “Spurgeon, este noble predicador puritano y santo cristiano.” Otros periódicos le llamaron “pusilánime clerical” y otros lo acusaron de “payasadas en el púlpito,” y de una “total ignorancia de la teología”. Era también conocido como un “charlatán rematado” y un “individuo que desvariaba.” “El señor

Spurgeon, en nuestra percepción, es solamente un muchacho echado a perder, con habilidades que no sobrepasan la mediocridad.”

A veces, Spurgeon parecía perder algo de control, se enojaba, diciendo en una ocasión después de un amargo ataque: “¿a quién le interesa lo que diga una ramera?” Otras veces era recluso en el castillo de la desesperación. A pesar de todo guardó todas estas invectivas dentro una perspectiva razonable. Veía todas las censuras como un medio de crecer en la gracia cristiana. Estas críticas tenían un impacto negativo en su familia y en los miembros de su iglesia.

Sin embargo, las multitudes seguían llegando, y miles se quedaban fuera sin poder entrar. Toda la mala publicidad, en la providencia de Dios, resultaba en atraer más gente para oírlo. “El enemigo es más insensato cada día. ¡Qué buena publicidad estoy recibiendo!”

Inclusive los propios bautistas lo atacaban. Escribiendo en *The Earthen Vessel*, (La Vasija de Barro) en Enero de 1855, una publicación bautista estricta, el Reverendo James Wells, bajo el seudónimo de “Job” escribió: “En lo relativo al ministerio del señor Spurgeon... es sumamente... engañoso... simplemente engaña a otros con el engaño con el que él mismo se engaña.”

En uno de sus escritos, incluso llega a proyectar serias dudas acerca de la conversión de Spurgeon. Dijo: “Yo tengo – *tengo solemnes dudas* – en cuanto a la realidad divina de su conversión.” A esto siguió una acalorada controversia, y dio pie a un buen número de historias falsas.

Por esta época comenzaron las caricaturas en la prensa. Una caricatura, por ejemplo, pintaba a un obispo anglicano conduciendo un viejo carruaje con dos caballos muy lentos. El título era “Church & Stage”, “Iglesia y Diligencia.” Compitiendo en una carrera con el obispo, un joven predicador con su cabello suelto al aire, iba a toda velocidad al frente de una locomotora. ¿Cuál era título de la segunda caricatura?: “El Spurgeon.” Como diciendo: el tren rápido. Los títulos claramente implicaban a los británicos victorianos que el carruaje lento y el tren rápido mostraban un marcado contraste entre Spurgeon y los clérigos de la iglesia establecida. Había otra que presentaba a Spurgeon con un alto sombrero de copa hecho con material de papel matamoscas, y la gente quedaba atrapada en el sombrero como moscas, por el atractivo

conquistador del joven pastor. El título de la caricatura era: “agárralos vivos a todos.”

Una cosa era obvia en todo esto. Londres veía a Spurgeon como alguien que poseía un estilo muy diferente del estilo ordinario de los ministros de la escena religiosa de Inglaterra. Se distribuían muchos panfletos y volantes, unos a favor y otros en contra. Contenían mensajes como: “el señor Spurgeon ¿hace daño o hace bien?” “¿Quién es Spurgeon?” “Revisen la cámara de horrores de Spurgeon.” “El Diablo contra Spurgeon.” “La luz del Genio.” Circulaban también muchas anécdotas, muchas de ellas inventadas. Dentro de estas anécdotas estaba la que presentaba a Spurgeon usando la barandilla de la escalera del púlpito como una resbaladilla, para ilustrar cuán fácilmente se puede apostatar o convertirse en rebelde. Luego lo describían como esforzándose por subir otra vez para demostrar la dificultad de retomar el terreno espiritual perdido. Un hombre incluso juraba que había visto a Spurgeon hacer eso. Sin embargo, por el diseño de las escaleras que conducían al púlpito de la Capilla New Park Street, era imposible que Spurgeon lo hubiera intentado siquiera. Cuando se construyó el Tabernáculo Metropolitano, Charles ordenó que se quitaran las escaleras del púlpito y las pusieran en el patio trasero de su residencia para mostrar a sus visitantes que era imposible que él se hubiera resbalado por la barandilla o pasamanos.

Lo ridículo acerca de estas historias que andaban circulando por toda la ciudad, es que idénticas historias habían sido atribuidas también a otros famosos predicadores, algunas de ellas atribuidas al propio Whitefield. Poco a poco, Spurgeon aprendió a tomarlo todo filosóficamente, pero eso no impidió que la depresión hiciera presa de él. Comentó: “me siento abatido por dos feroces ataques perpetrados en mi contra, pero todas las heridas y cicatrices que recibo son de honor, así que, ¡mi débil corazón, adelante en la batalla!” Spurgeon compartía el espíritu de John Wesley que decía que cuando le entregó todo a Dios, no hizo ninguna excepción, y que también le entregó su reputación. Cuando se casó, Susana, su esposa, escribió en una cartulina grande los versículos 11 y 12 del capítulo 5 de Mateo: “*Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.*” Además, le leía estos versículos

cada mañana, y fueron muy útiles cumpliendo su propósito, pues fortalecían su corazón, y le permitían ceñirse la armadura invisible, vestido de la cual, podía caminar con toda calma en medio de la gente. Finalmente llegó al punto de gozarse de las críticas, pues conforme los chismes crecían, así aumentaban las muchedumbres que venía a escucharlo.

“¡Spurgeon! ¡Spurgeon! ¡Spurgeon! Este nombre corre de boca en boca. ¿Han oído predicar a Spurgeon? ¿Le han visto? ¿Han leído tal y tal cosa acerca de él? Estas y otras preguntas semejantes son las que se hace todo el mundo.”

La Epidemia del Cólera

Exeter Hall, las multitudes, las críticas y las alabanzas, su responsabilidad rápidamente creciente, y las abundantes labores, comenzaron a afectar la fortaleza física de Charles, aun cuando comenzó a servir en el vigor de su juventud. No sólo eso, alrededor de un año después de establecerse en Londres, en medio de un trabajo desgastante, una epidemia del cólera asiático azotó a Londres. Muchas personas morían diariamente. Sólo en la primera semana murieron 2,050 personas en Londres. Como un pastor dedicado, el joven Spurgeon recorrió todo el sur de Londres para visitar y ministrar a los enfermos. “Perdí a tres miembros de la iglesia el domingo pasado... no sé cómo poder evitar llorar constantemente, cuando veo morir a otras personas.”

Un amigo cercano de Spurgeon, Charles W. Banks, describió esos oscuros días: “las escenas a nuestro alrededor han sido de un carácter muy solemne. No podemos caminar por las calles sin ver a los doctores corriendo de aquí para allá, carrozas fúnebres, féretros, y procesiones funerales, por todos lados... son días verdaderamente dolorosos para los caídos hijos de los hombres; nuestros rostros están muy pálidos; nuestros espíritus están convulsionados.”

El joven pastor trabajaba arduamente durante largas horas, de tal forma que estaba literalmente exhausto. La fatiga, los constantes encuentros con los enfermos y los moribundos, y poco sueño lo hundieron en la depresión. Sentía mucho temor de sucumbir a la epidemia. Un día, con su corazón enfermo de dolor, caminando

abatidamente por una calle rumbo a casa, y viniendo de un funeral, se detuvo y miró a través de la ventana de una botica. El boticario era un creyente, y había colocado un letrero en su ventana que contenía un versículo de la Escritura: “Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación, no te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada.” (Salmo 91: 9). Inmediatamente el Espíritu de Dios grabó esa verdad en el corazón de Charles. Reclamó esa promesa como suya. De manera drástica salió de su depresión y continuó haciendo su trabajo con plena confianza en Dios, que lo cuidaría y lo guardaría seguro de la epidemia. Recordó las palabras de Cromwell: “El hombre es inmortal hasta que haya cumplido su tarea.”

Con todo y eso, Charles fue abrumado hasta el límite. Sin embargo, aguantó. Dios ciertamente se convirtió en su fortaleza. Más aún, su congregación de New Park Street apreció su devoción. Spurgeon demostró ser un verdadero pastor así como era un gran predicador. Al calor de toda la excitación y las labores, aun los estimulantes servicios en Exeter Hall eran a veces demasiado esfuerzo para el joven Spurgeon. Un domingo predicó sobre el texto: “Será su nombre para siempre.” Un concurrente describe ese particular domingo:

“Yo realmente pensé que se iba a morir allí, ¡delante de toda esa multitud! Al final hizo un gran esfuerzo para recuperar su voz; pero la voz casi no le salía, y sólo se oía una expresión entrecortada como una peroración patética: ‘¡Que mi nombre perezca, pero que el nombre de Cristo sea para siempre! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Corónenle Señor de todo!... ¡Corónenle Señor de todo!’ y luego se fue hacia atrás cayendo en la silla como desmayado.”

Con la popularidad creciente de Spurgeon, algo del espíritu de Whitefield influyó en él, ya que se dedicó a predicar al aire libre como lo había hecho su mentor unos cien años antes. En muchas ocasiones predicó al aire libre a multitudes de más de diez mil personas. Predicaba con gran poder y la gente respondía con gran entusiasmo. Los servicios resultaban ser tremendos éxitos, y eran inusualmente bendecidos por el Espíritu de Dios. Después de uno de estos servicios al aire libre, Spurgeon le escribió a Susana, que era entonces su novia:

“Ayer subí a la cima de la gloria de un ministro... el Señor estaba conmigo y la gente observaba el más profundo silencio; pero, ¡oh, la

conclusión: nunca un mortal recibió una ovación más entusiasta! ¡Me sorprende estar vivo todavía! Después del servicio, cinco o seis caballeros se esforzaban por abrimme paso entre la multitud, y fui prácticamente cargado en medio de vítores, y oraciones, y gritos, que duraron como quince minutos. A mí me parecieron como una semana. Era llevado de un lado al otro del campo sin la esperanza de poder escapar, hasta que vimos un carruaje con dos ocupantes. Yo me subí de inmediato, y les rogué que nos fuéramos. Ellos accedieron amablemente, y yo iba de pie, agitando mi sombrero, y gritando: “¡la bendición de Dios sea con ustedes!” Miles de sombreros fueron agitados en el aire, y daban vítores tras vítores. Ciertamente en medio de estos aplausos puedo escuchar los bajos retumbos de una tormenta de reproches que se avecina; pero aun esto puedo soportar por amor a nuestro Señor.”

El Ministro Ambulante

La ciudad de Londres no podía recluir a Spurgeon. Él se involucró en un ministerio evangelístico, itinerante y extenuante, en todas las Islas Británicas, y recibió mucho apoyo. Una vez estaba predicando al aire libre en un lugar cerca de la ciudad de Cambridge, y un granjero local comentó: “oh, fue muy hermoso, me habría gustado que hubiera continuado toda la noche.” Cuando Spurgeon viajaba, los empleados del ferrocarril sabían de antemano que venía, y trataban el asunto como si se tratara de una celebridad que estuviera viniendo al pueblo. Era como la excitación de un día de fiesta. En ocasiones, cuando andaba de gira, predicaba hasta tres veces en una noche. Una vez, en Trowbridge, Inglaterra, predicó el Evangelio en un servicio por la mañana y en otro por la noche, pero había venido tanta gente para oírle, que muchos no pudieron entrar, entonces Spurgeon agregó un servicio que no estaba programado a la diez de la noche.

Un corresponsal de Londres contó una interesante historia relativa a lo que ocurrió en Hertfordshire cuando Spurgeon llegó para ministrar allí. La gente quería que les predicara, pero no encontraban ningún lugar disponible: primero le pidieron a un ministro no conformista que prestara su capilla, pero él, indignado, rehusó. Le solicitaron permiso al vicario de la iglesia anglicana local, pero él también denegó la petición. Debido a las condiciones del tiempo, una reunión al aire libre estaba totalmente descartada. Entonces todo parecía indicar que el evento no

se podría llevar a cabo. Spurgeon tenía que tomar el tren muy temprano al día siguiente para continuar su viaje. Ante este dilema, un pequeño granjero de la región ofreció el uso de un granero bastante grande, y Spurgeon lo aceptó con mucho gusto. Se acondicionó un púlpito precipitadamente, y mucho antes de la hora señalada para dar comienzo al servicio, el granero estaba completamente abarrotado. Al entrar al púlpito, Spurgeon anunció a la congregación que, aunque se le había pedido que predicara un sermón, su intención era ahora predicar dos sermones. Después de un largo y brillante sermón en su estilo siempre impresionante y peculiarmente poderoso, hizo una pausa por unos minutos, y luego dijo: ‘Y ahora vamos con el sermón número dos. Un sermón sencillo y práctico. Nuestro amigo que nos permitió usar este granero, es un hombre pobre. Cuando lo vi esta mañana, llevaba puesto un saco convertido en andrajos; su camisa me sonreía por todos los agujeros que tenía. Demostremos nuestro agradecimiento a su gentileza, comprándole un traje nuevo.’ La sugerencia fue adoptada inmediatamente, y en el curso de unos cuantos minutos, se colectaron doce libras esterlinas. A su regreso a Londres, Spurgeon comentó el incidente a algunos miembros de su congregación, que dieron testimonio del respeto que le tenían al pastor, al donar 20 libras esterlinas adicionales en beneficio del granjero de Hertfordshire.

Los viajes de Spurgeon eran épicos y en poco tiempo Inglaterra se había abierto al Evangelio. La profunda preocupación de Spurgeon por la gente se manifestaba tanto a nivel individual como grupal. Estaba convencido de que todos los cristianos se debían involucrar en testimoniar personalmente. Desde su perspectiva, el descuido de compartir la fe de cada quien, hacía más difícil que la iglesia ganara más miembros. Spurgeon comentó:

“Algunas veces, he encontrado que es más difícil influir normalmente en ciertas personas para bien, por el descuido de aquellas personas que debieron haber hecho el trabajo antes de mí. Como un ejemplo, Spurgeon compartió la siguiente experiencia: ‘yo estaba procurando decir una palabra a nombre de mi Señor a un cochero un día, y él me preguntó: “¿Conoce al reverendo Fulano de Tal?” ‘Sí,’ -le respondí-. “Él es el tipo de ministro que me cae bien, y me gusta mucho su religión.” ‘¿Qué tipo de religión es esa?’ le pregunté. “Bien,” –replicó- “él ha viajado conmigo en ese asiento durante seis meses y nunca ha mencionado nada acerca de la religión, en ningún momento; ese es el

tipo de ministro que a mí me gusta.” Me pareció un cumplido muy dudoso para un hombre que profesaba ser un siervo del Señor Jesucristo.”

El joven predicador siempre se adaptaba a las necesidades de cualquier persona con la que hablaba. Parecía tener el sentido preciso de cómo tratar con toda clase de individuos. Llegó a ser una figura muy conocida en toda Inglaterra, no sólo en Londres. Sin embargo, el aspecto sobresaliente de este arduo período de labores fueron los servicios regulares en la Capilla New Park Street. La policía tenía que acudir cada domingo para controlar a las multitudes. La gente corría para conseguir un lugar, aunque fuera quedándose de pie. Miles de personas no podían entrar. Por esta razón se tomó la decisión de regresar a Exeter Hall en el verano de 1856, originalmente del 8 de Junio al 24 de Agosto, según el contrato, aunque se prolongó por unas cuantas semanas más. Por este tiempo predicaba hasta doce veces a la semana, y una semana en particular predicó 14 veces en seis días.

La Boda

Después de dos años de residir en Londres, Spurgeon casó con Susana Thompson. Ella participaba con su familia en los cultos de la Capilla New Park Street, pero por el estado espiritual de la Capilla antes de la llegada de Spurgeon, su fervor se había enfriado. Cuando Spurgeon llegó a predicar el 18 de Diciembre de 1853, la primera impresión de Susana no fue muy buena. Ella pertenecía a una familia acomodada londinense, era educada, hablaba el francés con toda fluidez, vestía con elegancia y se expresaba con finura. Frente a ella tenía a un campesino vestido de una forma más bien cómica, con una forma de expresarse extraña para la gente culta de la ciudad.

En sus propias palabras tenemos esta descripción:

“Yo no estaba del todo fascinada por la elocuencia del joven orador, y su forma de ser campesina y su forma de hablar, motivaban más pena, que reverencia... el pelo largo y mal cortado, el gigantesco corbatín de raso negro, el pañuelo azul de grandes puntos blancos, todo esto atrajo más mi atención y me divertía a lo grande.”

Susana se dijo: “¡así que esta es la famosa elocuencia! No me impresiona para nada. Si dejara de hacer gestos con ese bendito pañuelo, sería bueno. Y ese cabello... parece ayudante de barbero.”

Su padre era un próspero comerciante, y ella era una chica culta. El acercamiento se dio a través del diácono Thomas Olney y su esposa, que eran muy amigos de los padres de Susana y se reunían con frecuencia. Olney comenzó a invitar a Charles a estas reuniones. Susana no era una convertida por entonces. Se fueron conociendo poco a poco. Spurgeon le regalaba libros, entre ellos, *El Progreso del Peregrino*, y visitaban juntos con frecuencia el Palacio de Cristal. Se hicieron novios, se comprometieron en matrimonio y terminaron casándose el 8 de Enero de 1856.

En una ocasión, Charles llevó a Susana a un servicio de predicación que estaba abarrotado, donde él iba a ser el predicador. Tan pronto como llegaron, Charles, totalmente inmerso en su mensaje y en el servicio, se olvidó de Susana. Ella tuvo que valerse por sí misma. Al término del sermón ella se fue sola a casa. Voló de regreso a su hogar e iba sumamente resentida. Ella misma confesó: “yo estaba sumamente molesta.” Su madre trató de calmarla y de asegurarle el amor de Charles. Cuando el joven predicador, al volver en sí mismo, se dio cuenta de que se había olvidado por completo de su novia, salió corriendo a Brixton, donde vivía Susana, lleno de disculpas. Entró corriendo a la casa preguntando: “¿dónde está Susie? La he estado buscando por todos lados sin poder encontrarla.” La madre de Susana le contó toda la historia; se reconciliaron y el romance floreció. Pero Susana aprendió que su futuro esposo, como siervo de Dios, debía poner el servicio de Cristo en primer lugar, además de que se estaba convirtiendo en un hombre muy famoso.

La ceremonia tuvo lugar a las 8 de la mañana de un día muy gris, húmedo y frío. Sin embargo, miles de personas llegaron para presenciar la ceremonia y muchos tuvieron que quedarse fuera, aguantando el frío. Tuvo que llegar una fuerza especial de la policía de Londres, la Fuerza M, para controlar la situación y el flujo de las multitudes.

En su luna de miel, la pareja atravesó el Canal de la Mancha y pasaron doce días en París. Visitaron palacios históricos, iglesias y museos.

Como Susana hablaba perfecto francés no tuvieron problemas. Ella le decía cariñosamente ‘Tirshatha’ una palabra del antiguo persa que significa ‘su reverencia.’

Cuando Charles se iba de gira, ella sufría en gran manera. En una de esas ocasiones se puso a llorar mucho, entonces Charles le preguntó: “¿tú piensas que cuando alguno de los hijos de Israel traía un cordero al altar de Dios como una ofrenda, se quedaba llorando tiernamente allí por el cordero que había traído?” Susana le respondió: “por supuesto que no.” Entonces Charles le dijo: “Bien, ¿no ves que me estás entregando a Dios al dejarme ir a predicar el Evangelio a los pobres pecadores, y te parece que a Dios le agrada verte llorar por tu sacrificio?” Eso tuvo el efecto de un sedante.

La situación económica de ellos era un problema a veces, porque Charles era muy generoso y cooperaba abundantemente para varias necesidades. Su generosidad a menudo excedía sus recursos. Una vez tenía que pagar unos impuestos y no tenía fondos. Pero ambos formaban una pareja de gran fe. Oraron y en ese preciso momento llegó una carta anónima que contenía 20 libras esterlinas. Su fe fue respondida y sus necesidades resueltas.

De este período inicial de su matrimonio surge la conocida historia en relación al sermón no. 74, ‘Un Pueblo Dispuesto y un Líder inmutable’, basado en el Salmo 110: 3, “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad.” Ustedes recordarán la historia, ya que fue incluida como nota al pie de la traducción del sermón:

”Un extraordinario incidente ocurrió en esta temprana etapa de nuestra historia. Un sábado por la noche, mi amado esposo estaba profundamente perplejo por las dificultades presentadas por un texto sobre el que deseaba predicar al día siguiente. Era el Salmo 110: 3. Con su usual acuciosidad en la preparación de los sermones, él consultó todos los comentarios que poseía en aquel entonces, buscando la luz del Espíritu Santo sobre las palabras de los comentarios y sus propios pensamientos; pero, aparentemente, todo fue en vano. Yo estaba tan angustiada como lo estaba mi esposo, pero no podía ayudarle en tal emergencia. Por lo menos, yo pensé que no podría; pero el Señor tenía un gran favor reservado para mí, y me utilizó para liberar a Su siervo de

una seria turbación. Se quedó trabajando hasta muy tarde, y estaba completamente exhausto y descorazonado, pues sus esfuerzos por llegar al corazón del texto eran inútiles. Yo le aconsejé que se retirara a descansar, y lo tranquilicé sugiriéndole que, si trataba de dormir, probablemente en la mañana se sentiría fresco y capaz de rendir más. Spurgeon respondió: “si me voy a dormir, ¿me podrías despertar muy temprano, para tener el tiempo suficiente para prepararme?” Quedó satisfecho cuando le garanticé que lo despertaría. Y como un niño confiado y cansado, puso su cabeza en la almohada y durmió profunda y dulcemente de inmediato. Muy pronto, ocurrió algo maravilloso. En las primeras horas del domingo, lo oí hablando en su sueño, y me levanté para escucharlo con atención. Pronto me di cuenta que estaba tratando el tema del versículo que era oscuro para él, y estaba explicando su significado de manera clara y precisa, con mucha fuerza y frescura. Me puse a la tarea, temblando de gozo, de entender y seguir todo lo que estaba diciendo, pues sabía que, si yo podía entender y guardar los puntos principales del sermón, él no tendría ninguna dificultad en desarrollarlo y ampliarlo. ¡Ningún predicador tuvo jamás un oyente más atento y ansioso! No quería dejar escapar una sola palabra. No tenía ningún medio a la mano para tomar notas, así que como Nehemías, “entonces oré al Dios de los cielos,” y le pedí que pudiera yo recibir y retener los pensamientos que Él había dado a Su siervo en su sueño, y que eran singularmente confiados a mi guarda. Yo estaba acostada, repitiendo una y otra vez los puntos principales que deseaba recordar, y mi felicidad era muy grande en anticipación de su sorpresa y deleite cuando se despertara; pero estuve despierta tanto tiempo, disfrutando mi gozo, que me sobrecogió el sueño en el momento que debía despertarme, pues él se despertó con un sobresalto, y viendo el reloj, dijo: “dijiste que me despertarías muy temprano, y ve la hora que es. ¿Por qué me dejaste dormir? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?...” “Escucha, amado,” le respondí; y le dije todo lo que yo había oído. “¡Caramba! Eso es precisamente lo que necesitaba,” exclamó, “¡esa es la verdadera explicación de todo el versículo! Y ¿dices que lo prediqué en mi sueño? ... Es maravilloso,” repetía una y otra vez, y ambos alabamos al Señor por tan notable manifestación de Su poder y amor. Lleno de gozo, mi amado bajó a su estudio, y preparó este sermón dado por Dios, que fue predicado el 13 de Abril de 1856, en la Capilla de New Park Street. En el párrafo inicial el predicador da su propia versión de la dificultad que experimentó al tratar con el texto.”

Fuente: Autobiografía, Volumen 2, Capítulo 47, páginas 188, 189.

La Gira Escocesa

En Julio de 1855, Spurgeon hizo una gira por Escocia. Ocurría allá también lo mismo que sucedía en Londres. Las iglesias se llenaban muchas horas antes de que comenzara el servicio.

Un periódico escocés: *The Glasgow Examiner*, comenta:

“Él ha venido en medio de nosotros, y el veredicto de Londres ha sido plenamente confirmado por inmensas audiencias aquí, que se han quedado arrobadas por su oratoria... Conoce mucho de literatura, que, con la ayuda de una excelente memoria, puede suministrar al instante al predicador un material apropiado y precioso. Finalmente, es el poder de la voz y la flexibilidad de la expresión, lo que le llevan a expresarse con mucha facilidad, y a tener a la vez un efecto poderoso en los sentimientos de la gente.

Otro periódico escocés comentó: “Spurgeon debe su celebridad a la posesión de dones de oratoria de primer orden, que parecen haber alcanzado la madurez a una edad muy temprana, de tal forma que ya cuenta con una reputación establecida a una edad en la que la mayoría de los jóvenes apenas están comenzando alguna ocupación. Además, debemos recordar que Spurgeon sólo tenía cinco años de haber sido convertido. Hemos estado hablando de un joven de 21 años de edad.

El 8 de Junio de 1856, Spurgeon inició la segunda serie de sermones predicados en el Exeter Hall. Las enormes multitudes que querían escucharlo en la Capilla New Park Street requirieron el cambio. En esta segunda etapa, los servicios matutinos se mantuvieron en la Capilla New Park Street, y sólo por la noche predicaba en Exeter Hall. El primer sermón de esta segunda serie fue: “Salvación Perpetua,” que tiene el número 84 del Volumen 2.

Las multitudes que asistían eran todavía mayores. Spurgeon comentó: “¡Dios mío, cuánta hambre tienen las multitudes! ¿Qué están haciendo otros predicadores, cuando, con diez veces más talento, hacen roncar a la gente con sermones prosaicos y los están ahuyentando? La razón es, creo yo, que desconocen el Evangelio.

Era evidente que Spurgeon necesitaba un edificio más cómodo. Esto produjo la idea en embrión del Tabernáculo Metropolitano. Debido a los problemas contractuales con Exeter Hall, se sugirió que las reuniones fueran en el Royal Surrey Gardens, un parque público al sur del río Támesis, que poseía grandes terrenos, y mucho tipo de distracciones. Tenían juegos pirotécnicos los fines de semana, y había una gigantesca tortuga marina que los niños podían montar. Allí había un salón, llamado el Surrey Gardens Music Hall, que tenía una capacidad para más de diez mil personas. Era el edificio más cómodo y más hermoso de la ciudad de Londres, con la excepción del Palacio de Cristal. Alguien sugirió que el salón podría ser utilizado por Spurgeon, aunque muy pronto surgió toda clase de objeciones. Unos opinaban que era “muy mundano.” Otros decían que era peligroso que tan grandes multitudes se reunieran allí para un servicio religioso. Uno de los propios diáconos de Charles le rogó que no predicara en “esa casa del diablo.” Charles replicó: “no vamos a ir a ese lugar porque pensemos que sea algo bueno adorar en un edificio dedicado usualmente a la diversión, sino porque no tenemos otro lugar a dónde ir.” Algunos, incluso, pensaron que Spurgeon nunca lo llenaría.

Pero por este tiempo Spurgeon se había vuelto bastante inmune a la crítica cruel, a los ataques y al tradicionalismo. Él se daba buena cuenta que, como decía: “las lágrimas de la aflicción son a menudo necesarias para mantener limpio el ojo de la fe.” Después de inspeccionar el edificio, lo consideró ideal para sus propósitos. Los diáconos estuvieron de acuerdo, y fueron a ese lugar. La noticia se esparció como reguero de pólvora por toda la ciudad Londres. En las plazas, en las calles, en los callejones, en los talleres y en las casas en el campo, en todos los lugares donde se reuniera la gente, ese era el gran tema de conversación.

La noche del domingo 19 de Octubre de 1856 vería el primer servicio. Desafortunadamente lo que se esperaba que fuera un día de gloria para la causa del Señor, se convirtió en un día de infamia. Las puertas abrieron a las 6 de la tarde. Unas diez mil personas pudieron entrar, pero aproximadamente otras diez mil se quedaron fuera. Esa noche fue histórica porque era la primera vez que una multitud de ese tamaño se había congregado para oír a un predicador no conformista.

Cuando Spurgeon subió al púlpito, se dijo una oración y se entonó un himno. Luego, en su estilo usual, Spurgeon leyó la Biblia e hizo un comentario sobre lo leído. Cantaron otro himno, y Spurgeon comenzó su larga oración. Al decir *Amén*, sucedió la tragedia. ‘¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Los balcones se están cayendo! ¡El salón se está cayendo!’ Algunas personas malintencionadas lanzaron ese grito para asustar a la gente. Se sucedió un terrible pánico, y hubo una estampida. La gente comenzó a correr y corrían por encima de los cuerpos de otras personas. Los gritos y alaridos eran terribles aunados a la angustia de las personas que no podían salir. Muchos dejaron sus vestidos hechos jirones por el esfuerzo de salir. Los diez mil que estaban dentro, procuraban salir, y muchos de los que estaban fuera querían entrar para curiosear. Spurgeon trató de calmar a la multitud. ‘No hay fuego, el edificio no se está cayendo. Por favor siéntense. No tienen por qué alarmarse. Por favor, siéntense.’ Un grupo que se había quedado adentro le gritaba “¡Predica! ¡Predica!” Charles intentó hacerlo. No se había dado cuenta que había muertos y heridos. Cambió su texto y quiso predicar sobre Proverbios 3: 33: “La maldición de Jehová está en la casa del impío, pero bendecirá la morada de los justos.” Tal vez pensó que el nuevo texto ayudaría a la situación general, pero fue un gran error, pues muchas personas entraron en un pánico todavía mayor ante el pensamiento de la inminencia de un juicio, y se unieron a la multitud que todavía quería salir. Spurgeon habló sólo unas cuantas palabras, se cantó himno y todo terminó.

Siete personas murieron y 28 más quedaron heridas y fueron trasladadas al hospital. Charles quedó tan seriamente deprimido por la tragedia que deseaba haber muerto. El pensamiento que había provocado de alguna manera la muerte de siete personas era devastador para él. Los ataques de la prensa terminaron de abatirlo.

“El señor Spurgeon es un predicador que arroja condenación sobre las cabezas de sus oyentes pecadores. . . Los toma por la nariz y los intimida para obligarlos a la religión. Debemos establecer una barrera para contrarrestar las blasfemias de hombres como Spurgeon, diciéndoles: ‘hasta aquí debes llegar.’ Es un charlatán que despotrica. Queremos mantener separados el teatro y la iglesia. Debemos poner un látigo en manos de hombres rectos para que saquen de la sociedad a latigazos a gente como él.” Decían que mientras la tragedia estaba ocurriendo, se oía el ruido de las monedas al caer en la cajita de la

colecta. *Daily Telegraph*. Otros periódicos comparaban a Spurgeon con Joseph Smith, el profeta de los mormones. Decían que era impostor muy ordinario. Llegaron a sugerir que se promovieran conjuntos musicales para que tocaran en diferentes lugares, para que hubiera la oportunidad de sustituir un tipo de diversión por otro, para que Spurgeon tuviera competencia.

Después de un período de tiempo, la mayoría de los periódicos tomaron un punto de vista más objetivo, y aceptaron que Spurgeon no podía ser el responsable por la tragedia. Charles y Susie fueron a hospedarse a la casa de uno de los miembros de la iglesia al sur de Londres, en Croydon. Naturalmente Spurgeon pasó varios días sumido en una profunda depresión, a tal punto que, los que le rodeaban, llegaron a pensar que perdería contacto con la realidad y que nunca se recuperaría.

Un día, paseando por el jardín de la casa de su amigo, llorando con el rocío de la mañana, muy abatido, súbitamente el Espíritu de Dios hizo destellar un pasaje bíblico en el deprimido y triste corazón de Charles: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” (Filipenses 2: 9-11). Charles entonces razonó así: “si Cristo es exaltado, que haga lo que quiera conmigo; mi única oración será que muera yo al ego y que viva enteramente para Él y para honrarle.” La palabra de Dios tronó en su alma deprimida. Se detuvo súbitamente y volviéndose a su esposa con el mismo brillo de siempre en los ojos, exclamó: “¡Cuán tonto he sido! ¿Qué importa lo que me suceda a mí, si el Señor es glorificado?”

Con esto regresó a predicar a New Park Street el 2 de Noviembre de 1856, habiendo dejado de predicar sólo el domingo 26 Octubre. En esa ocasión lo sustituyó en púlpito el Dr. Alexander Fletcher de Finsbury Chapel, a quien ya conocemos muy bien, ya que fue el que ofició en la ceremonia del matrimonio de Spurgeon y Susie. En el sermón de ese día hizo el siguiente comentario: “puedo decir, sin embargo, queridos hermanos, que no seremos intimidados por los acontecimientos ocurridos; y ¡voy a predicar otra vez en ese lugar! Dios nos dará almas allí, y el imperio de Satanás temblará todavía más, pues yo creo que

Dios está con nosotros, y si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”

¿Qué fue lo que realmente pasó aquel fatídico domingo en Surrey Gardens? ¿Quiénes fueron los que perpetraron ese terrible crimen? Se dieron muchas explicaciones. Algunos dijeron que fueron ladrones que querían crear suficiente confusión para aprovechar para robar carteras. El propio Spurgeon gritó, cuando comenzó el pánico ‘Cuiden sus bolsillos.’ Muchos resultaron robados, pero la policía no hizo ningún arresto. Había ropa tirada por todas partes.

Otros sugirieron que fueron los enemigos de Spurgeon los que propiciaron la tragedia para destruir su reputación y éxito. El superintendente de la policía de apellido Lund estaba convencido de que esa era la razón. Él fue un testigo presencial y argumentaba que no fueron ladrones los perpetradores del crimen. Quienquiera que lo haya motivado, la escena estaba muy bien orquestada. Se ofreció una recompensa para descubrir al culpable, pero de nada sirvió. Nunca se descubrió a los culpables. La iglesia estableció un fondo para ayuda de las víctimas. Es importante comentar que muchos de los que fueron tocados por la tragedia, más tarde se unieron a la iglesia de Spurgeon.

Los servicios en Music Hall duraron tres años, hasta el 11 de Diciembre de 1859, día en que predicó sobre el discurso de despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso, según Hechos 20. Miles de personas fueron convertidas por el ministerio en el Music Hall.

Una anécdota muy interesante ocurrió en esos años que predicó en el Music Hall:

Un día, tres jóvenes entraron al salón cuando Spurgeon se encontraban predicando, y se sentaron en un lugar muy conspicuo, y se quedaron con sus sombreros puestos. Algunos líderes les pidieron que se quitaran sus sombreros, pero ellos rehusaron quitárselos. Eventualmente, Spurgeon los vio, y desvió su sermón para mostrar el respeto que todos están obligados a mostrar por los sentimientos y costumbres de otras personas. ‘El otro día,’ –dijo- ‘fui a una sinagoga judía, y naturalmente descubrí mi cabeza, pero al ver a mi alrededor, percibí que todo el resto de los presentes llevaban sus sombreros, y así, no deseando ofender lo que supuse que era su práctica reverente,

aunque contraria a la mía, me adapté al uso judío, y me volví a poner el sombrero. Ahora les voy a pedir a esos tres jóvenes judíos que están en aquel balcón, que muestren alguna deferencia hacia nuestra práctica cristiana en la casa de Dios, así como yo estuve dispuesto a mostrarla hacia los judíos cuando visité su sinagoga, y se quiten sus sombreros.’ Por supuesto, después de esta súplica amable y sensible, no pudieron hacer otra cosa sino cumplir con la petición.

Muchos de los que asistían a los servicios eran artesanos y miembros de la clase trabajadora, pero Spurgeon igualmente despertaba el interés de los niveles más altos de la sociedad. Estadistas, miembros de la familia real, adinerados, incluso el Primer Ministro Gladstone venían para oír al joven orador. El Misionero David Livingstone visitó una vez la plataforma del Salón de la Música conjuntamente con el doctor Armitage de Nueva York. Ese día, por pura coincidencia, asistió la Princesa Real y también la Duquesa de Sutherland. Algunos afirman que la propia Reina Victoria llegó a oírlo, aunque iba disfrazada. Esto puede ser apócrifo, pero también podría ser real. No está confirmado.

Su fama, a través de los sermones impresos, se había extendido por todos los Estados Unidos. A pesar de todo su renombre, Spurgeon permaneció siendo humilde. Por ejemplo, en la ocasión que llegaron David Livingstone y el doctor Armitage, Charles predicó con poder especial. El mensaje produjo lágrimas en muchos oyentes. Cuando concluyó el servicio, Livingstone se acercó a Spurgeon como lo hizo también el doctor Armitage para congratularlo y darle la mano. El doctor Armitage se aproximó el primero, con la mano extendida, pero Spurgeon le dijo: “no, déle la mano primero al señor Livingstone; él es quien es verdaderamente digno.” Spurgeon tuvo que trabajar duro para mantenerse humilde, pero en general hizo un buen trabajo en esta área.

Spurgeon llamó a ese evento del Music Hall, “la crisis más memorable de mi vida.” Nunca pudo superarla. Hasta ese momento había gozado de una robusta salud, pero a partir de 1856, la enfermedad comenzó a afligirlo con regularidad. Batalló con su salud el resto de su vida. Su primera enfermedad prolongada y seria le vino en 1858, cuando se vio impedido de predicar desde el día 10 de Octubre hasta el 7 de Noviembre. Spurgeon poseía un espíritu extremadamente sensible, y la tragedia de Surrey Gardens nunca se borró de su mente. Por el resto de su vida, cada vez que se congregaba una vasta multitud ante él, la

tragedia cobraba un fresco vigor que azotaba su espíritu. Aun el versículo que usó ese día (Proverbios 3: 33) revivía su deprimente memoria. Al leerlo u oírlo palidecía.

Dieciocho meses más tarde, predicó en Halifax. Un gran edificio de madera, construido especialmente para el servicio, se colapsó por el peso de la nieve, exactamente al día siguiente que Spurgeon predicó. Se evitó una gran catástrofe. Charles, profundamente conmovido, dijo que si hubiera habido muertos, habría dejado de predicar.

El Palacio de Cristal

En este marco general, le llegó a Charles un honor estelar. Se programó un día de Humillación Nacional, concerniente al Motín de la India, que incluía muchas actividades, para el día 7 de Octubre de 1857. Todos estaban de acuerdo que la principal atracción, sin duda, sería el servicio de adoración en el famoso Palacio de Cristal. Ese gigantesco salón, construido completamente de hojas de cristal, abrió sus puertas en Hyde Park, en 1851. Albergó la exposición mundial que tuvo lugar ese año, pero las autoridades de la ciudad cambiaron su ubicación al sur de la ciudad en 1854, con una solemne ceremonia en la que participó la reina Victoria. La idea de ese edificio tan inusual provino del Príncipe Consorte, el esposo de la reina Victoria, el Príncipe Alberto, que era de nacionalidad alemana. Recordemos que muchos días del noviazgo de Charles y Susie transcurrieron en ese parque de diversiones. Ese fue el lugar seleccionado para el Servicio de Humillación. ¿Cuál fue el predicador para esa ocasión? Fue Charles Haddon Spurgeon, que a la fecha contaba con 23 años de edad.

Un incidente muy interesante ocurrió unos cuantos días antes de ese servicio en el Palacio de Cristal. El señor Spurgeon fue al Salón para probar su acústica, y en qué tono tenía que hablar para poder ser escuchado por todos. Él quería que su resonante voz se escuchara hasta los más remotos rincones del Salón. Se paró entonces en el lugar donde estaría el púlpito. Levantando su hermosa voz, tomó un pasaje de la Biblia (Juan 1: 29), “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” Por allí se encontraba un obrero, trabajando en alguno de los grandes balcones del edificio. Y este obrero escuchó esa voz. Le parecían que las palabras provenían del mismo cielo. Profundamente quebrantado por el Espíritu Santo y convicto de sus pecados, hizo a un

lado sus herramientas y se fue a su casa. Esa noche no descansó hasta que recibió a Cristo como su Salvador.

El servicio mismo resultó tener un gran éxito. Los trenes corrían abarrotados desde las 7: 30 de la mañana. Alrededor del mediodía, 23,654 personas habían transpuesto los torniquetes, esos dispositivos giratorios, y se habían congregado bajo el domo de cristal, aunque el día era lluvioso y frío. Fue una de las más grandes multitudes, congregadas para oír la palabra de Dios, en toda la historia de la humanidad, hasta aquellos días. Después de todos los pasos introductorios, cantos de himnos y lectura de la Biblia, Spurgeon predicó sobre Miqueas 6: 9: “Prestad atención al castigo y a quien lo establece.” Inspirado por la tremenda multitud, Spurgeon predicó con gran elocuencia y eficacia. Habló con franqueza y justicia acerca de la intervención inglesa en la India. Habló de lo que pensaba sobre el Hinduismo. Dijo que el gobierno británico “no debió haber tolerado ni por un momento la vil religión de los hindúes, que no era otra cosa sino un pila de la inmundicia más vil que la imaginación pudiera concebir.” Esos comentarios reflejaban mucho el sentir de la época. Muchos periódicos hablaron acerca del evento y del sermón, como una experiencia maravillosa.

Abundantes Labores

Los años de 1854 a 1859 fueron años románticos en el ministerio de Spurgeon. Fue de poder en poder a pesar de las críticas, la tragedia, la oposición, los halagos, la fama, y todo lo que Londres podía arrojar a su paso. Durante este turbulento período, conforme sus responsabilidades aumentaban, a duras penas podía encontrar tiempo para dormir, excepto de la medianoche al amanecer. Su trabajo como evangelista y predicador lo llevó por todas las Islas Británicas y el continente europeo. Todo esto lo hacía mientras era el pastor de la Capilla de New Park Street, y se involucraba en la obra de construcción del Tabernáculo Metropolitano. Como lo declaró *El Mensajero Bautista*: “su grandeza radicaba en su utilidad.”

Los sermones se publicaban semanalmente. Influenciaron a muchas personas en aquellos primeros días. De hecho, un crítico amigable dijo una vez que los sermones predicados y publicados después de 1860 no tenían el mismo alto nivel de los primeros. Spurgeon replicó: “eso

puede ser cierto.” La razón parece radicar en que durante esos primeros años románticos, predicando a grandes multitudes, el énfasis era esencialmente evangelístico. Más tarde, cambió un poco su énfasis hacia las personas ya convertidas, para afianzarlos en la fe. Por tanto, algo de la exhuberancia inicial y de la dramática elocuencia, cedió el paso a un estilo más suave y plácido. Sin embargo, su efectividad siempre fue grandiosa.

Spurgeon visitó Escocia en el año de 1855, y esa visita se convirtió de alguna manera en el cimiento para el impacto que tendría sobre esa región durante toda su vida. En 1858, regresó nuevamente a Escocia, y vio que su ministerio y reputación, principalmente a través de los sermones impresos, habían incrementado tremendamente. En el verano de 1858 visitó Irlanda. Predicó 4 veces en Irlanda.

El 10 de Julio de 1859 predicó en Clapham Common. Dos semanas antes, un rayo había caído sobre un hombre, matándole. Unas diez mil personas se reunieron exactamente en el lugar en el que había caído el rayo, para oír a Spurgeon predicar. Se hizo una colecta para la viuda de la víctima de la tormenta. En Febrero de 1860 regresó a Irlanda y en ese mismo año fue a París. Un parisino comentó: “uno estaría dispuesto a escucharle durante horas. Dentro de los requisitos de la oratoria que él posee, hay tres que me impresionaron en particular. Una memoria prodigiosa, una voz muy armoniosa, y una imaginación muy fructífera. El señor Spurgeon es en realidad un poeta.” Un católico romano de París comentó: “el orador más natural, y yo diría más inspirado, que jamás hayamos tenido el placer de escuchar. Pero siempre había críticos. Al obispo Wilberforce, de la iglesia anglicana, le preguntaron un día si no estaba celoso por el hecho que los no-conformistas tenían a Spurgeon y los anglicanos no. Él replicó de una manera más bien sarcástica: “No codiciarás el burro de tu vecino.”

En Junio y Julio de ese mismo año, Spurgeon fue en gira al continente europeo. Viajó por Bélgica, Alemania y Suiza. El verdadero deleite de su viaje consistió en que pudo ir a Ginebra. Predicó dos veces en el púlpito de Juan Calvino.

A finales de Abril de 1863, viajó a Holanda. Allí recibió una impresionante recepción. Sus predicaciones duraban dos horas. En este viaje se entrevistó con la reina de Holanda y habló con ella acerca de la

relación personal de la reina con Jesucristo. Spurgeon confesó que no siempre encontraba fácil dar testimonio en una base individual, pero siempre compartía de Cristo conforme se presentara la oportunidad, aun cuando esa oportunidad fuera con la reina. En la ciudad holandesa de Utrecht, una mujer campesina se le acercó y le dijo casi a gritos: “¡Oh, señor Spurgeon, que Dios le bendiga! ¡Si hubiera vivido nada más para salvación de mi alma, no habría vivido en vano!”

El 27 de Mayo de 1864 se celebró el tercer centenario de la muerte de Juan Calvino. Nadie manifestó mayor exuberancia al celebrar esa fecha que Charles Spurgeon. Siempre estuvo plenamente de acuerdo con la declaración de John Knox, que dijo Ginebra, en los días de Calvino, “era la más perfecta escuela de Cristo que jamás existiera en la tierra desde los días de los apóstoles.”

Predicó en Cambridge y tres veces en Gales. En Abercarne, en Gales, predicó al aire libre a una multitud de 20,000 personas. Siempre que podía, predicaba al aire libre. Disfrutaba los viajes, pero no viajaba por el simple placer de viajar. El diácono Thomas Cook, de renombre en el campo del turismo, le ofreció organizarle un viaje por el Nilo, viajando como un príncipe de Egipto, pero él declinó la generosa oferta.

Spurgeon también fue un notable conferencista. Daba sus conferencias los viernes por la noche, y duraban aproximadamente una hora y cuarenta y cinco minutos. Las daba sobre diversos temas, incluyendo historia natural. Iba muy bien preparado y hacía uso de material como diagramas, mapas y otros elementos. Él les había dicho a los estudiantes del Colegio del Pastor que los sermones se podían ver en todas partes, inclusive en una vela. Como los estudiantes cuestionaron eso seriamente, entonces les prometió que iba a demostrar sus palabras. Eso inspiró su famosa conferencia “Sermones sobre velas.”

Para entonces Spurgeon era ya muy famoso. Era tan reconocido que cuando le preguntaron a un niño en Estados Unidos, en un examen de una escuela, quién era el Primer Ministro de Inglaterra, el niño respondió: C. H. Spurgeon. En Mentone, Francia, donde iba a menudo para recuperarse de sus dolencias, un día iba en un carruaje por algunas de las calles del pueblo. Otro carruaje rebasó el suyo y el pasajero de este otro carruaje le preguntó al chofer quién era Spurgeon. Su respuesta fue: “Es el Papa de Inglaterra.”

Comentarios sobre el Avivamiento

La noche del martes 4 de Enero de 1859, Spurgeon, que tenía 24 años en ese entonces, se dirigió a una vasta audiencia, reunida por la YMCA, en Exeter Hall. Su tema era *De Propaganda Fide* (sobre la propagación de la fe), que lo llevó a argumentar sobre la necesidad de un avivamiento: “Debemos confesar que ahora no tenemos el derramamiento del Espíritu de Dios que podríamos esperar... Oh, si el Espíritu de Dios descendiera sobre los que están congregados aquí esta noche, y sobre todas las reuniones de los santos, ¡qué efecto produciría! No buscamos excitaciones extraordinarias, esos acompañantes espurios de los avivamientos genuinos, pero buscamos el derramamiento del Espíritu de Dios... El Espíritu está soplando en nuestras iglesias con Su aliento genial, pero es como una suave brisa. ¡Oh, que viniera con estruendo un viento recio que arrastrara todo consigo! Esta es la necesidad de los tiempos, la gran necesidad de nuestro país. ¡Que nos llegara como una bendición del Altísimo!” El deseo fue cumplido. En la primavera de 1859, inspirado por las noticias del avivamiento que comenzó en Estados Unidos en el invierno de 1857-58, un avivamiento generalizado comenzó en Irlanda del Norte y Gales.

En Estados Unidos, después del Segundo Avivamiento Evangelístico que había sacudido ese país comenzando en 1792, ya se había consumido su fuerza. El declive espiritual y social se había entronizado y estaba corroyendo los cimientos de la sociedad. El desasosiego civil acerca de la esclavitud se estaba gestando. Las iglesias languidecían y anhelaban una nueva vida y vitalidad, aparentemente incapaces de causar un impacto en la necesitada nación. El país se movía cuesta abajo.

En ese medio estéril, en el otoño de 1857, un señor llamado Jeremías Lamphier, un misionero laico de la iglesia reformada holandesa de la Calle Fulton de Nueva York, hizo un llamado para que hubiera servicios de oración al mediodía. Invitó a los que quisieran asistir a la iglesia para entregarse a la oración durante su hora de comida. Una carga pesaba grandemente en su corazón por un avivamiento. Un toque inicial de avivamiento había comenzado en Canadá unos cuantos meses antes. También, la búsqueda de un avivamiento había comenzado en

Universidades de gran reputación, como Amherst, Yale, y Williams en Estados Unidos. ¿Podría ser tocada Nueva York?

Con ese fin, Lamphier convocó a la oración ferviente. Estableció un día, el 23 de Septiembre de 1857, a las doce del día en punto. Nadie había llegado a las 12: 25, y el deprimido misionero estaba a punto de descartar la idea como un proyecto fracasado. Sin embargo, a las 12: 30 se aparecieron 6 hombres. Esos que oraron, manifestaron un genuino espíritu de preocupación, así que Lamphier programó otra reunión, para la siguiente semana. Esa siguiente semana, la asistencia de personas se duplicó, para el servicio de oración. En la tercera había todavía muchas más personas de rodillas. Entonces decidieron reunirse diario para orar. El 7 de Octubre el mercado de valores se desplomó y el desempleo se elevó brutalmente. Todo esto, sin duda, indujo a muchas personas a comenzar a buscar a Dios en oración. Para la mitad del invierno, la iglesia Reformada Holandesa estaba desbordante de gente que oraba. Pronto se extendió a la Iglesia Metodista de John Street, y luego se extendió a la Iglesia Episcopal de la Trinidad en Broadway y Wall Street.

En los meses de Febrero y Marzo de 1858, cada iglesia y cada salón público en la parte central de Nueva York estaban saturados hasta el límite de su capacidad, simplemente para orar a la hora de la comida. Una vez, alguien hizo un muestreo para ver cuántos estaban orando a esa hora. Un muestreo es sólo una parte de la población de gente orando. Se contaron 6,100 personas involucradas en ferviente oración para un avivamiento. Luego se vino como una avalancha. Las iglesias por doquier comenzaron a llenarse de gente que oraba. No sólo eso, comenzaron a darse muchas conversiones en estos servicios de oración y en varias reuniones evangelísticas. En una sola semana hubo diez mil conversiones en Nueva York. A lo largo de toda Nueva Inglaterra, las campanas tañían regularmente a las 8 de la mañana, al mediodía y a las 6 de la tarde, llamando a la gente a la oración.

El avivamiento en Estados Unidos ardió como un fuego. En Chicago, 2,000 personas se reunían diariamente en el Teatro Metropolitano para orar. Los avivamientos brotaron en escuelas seculares. En una escuela de Cleveland, en Ohio, todos los niños de una escuela se convirtieron, con la excepción de dos alumnos. Los laicos, hombres y mujeres, eran las puntas de lanzas del movimiento. Dios, en Su

soberanía, se había agrado de visitar la nación con Su gloria. ¡Qué días fueron esos! Por dos años, cincuenta mil personas al mes se unían a las membresías de las iglesias. En aquella época la población de los Estados Unidos era de sólo 30 millones de habitantes.

Un avivamiento de tal magnitud, siempre cubre muchas áreas. El Espíritu de oración se trasladó a través del Atlántico e inicialmente tocó Irlanda. Un señor llamado James McQuilkin, junto con un amigo, comenzaron a orar por un avivamiento en Irlanda. Dios oyó sus oraciones, y en 1858, la iglesia presbiteriana de Irlanda envió a algunos observadores a los Estados Unidos para investigar el Avivamiento de Oración que había tomado posesión de ese país. Regresaron a casa muy entusiasmados. Uno de ellos escribió un libro que Dios usó de manera significativa para inducir a los cristianos irlandeses a que oraran por un movimiento similar en su tierra. Pronto Belfast, Dublín, Cork y todos sus alrededores cayeron bajo el impacto del avivamiento de oración. La nación hincó su rodilla.

Conforme las noticias y las conmovedoras historias del avivamiento de los Estados Unidos se extendieron por todas las Islas Británicas, en corto tiempo, Escocia despertó. Por todas partes brotaron reuniones de oración en Glasgow, Edimburgo y virtualmente en todas las ciudades y pueblos del país. En 1859, la iglesia presbiteriana unida reportó que el 25% de sus miembros asistían con regularidad a una reunión de oración por el avivamiento espiritual. Entonces surgió un avivamiento general, primero en Aberdeen, luego en Glasgow y finalmente por todas partes. Los fieles escoceses experimentaron el poder revividor de Dios. Un evangelista llamado Brownlow North, fue especialmente usado en esos días significativos. Brownlow North fue un activo predicador y autor del *El Rico y Lázaro*, una exposición de Lucas 16: 19-31.

Gales también se sometió al poder de Dios, casi simultáneamente con Irlanda. Finalmente Inglaterra comenzó a calentarse con la conflagración. Se celebró una reunión de oración en un salón de la ciudad, y se siguieron otras oraciones a las que asistían unas cien personas. Para fines del año de 1859 se tenían 24 reuniones de oración al día, en el área de Londres.

Fue un año que la iglesia cristiana tiene motivo para recordar hasta el fin de los tiempos. Sobre aquella tierra vino un gran despertar

espiritual. Hombres y mujeres que en toda su vida no se habían preocupado por el estado de su alma, de una manera súbita se dieron cuenta de que eran pecadores necesitados de salvación; personas que asistían regularmente a la iglesia, pero que de una manera despreocupada llevaban años y años escuchando sermones, súbitamente despertaron a las realidades de un mundo eterno; los pastores empezaron a predicar con renovada autoridad; los trabajadores llevaban la Biblia a sus bancos de trabajo; los taberneros liquidaron sus negocios y abrieron sus tiendas para vender libros religiosos. En resumen: el Espíritu de Dios obró en los corazones de los hombres, y en ninguna parte era más evidente esto que Irlanda del Norte. Durante el avivamiento, un millón de personas en toda la Gran Bretaña se unió a la membresía de diversas iglesias.

Spurgeon pudo escribir: “Los tiempos de refrigerio de la presencia del Señor por fin han amanecido en nuestra tierra.”

De todos los predicadores de ese año de gracia, no hubo ninguno más notable que Spurgeon, y aunque Londres nunca se convirtió en el centro de esas escenas de avivamiento que se manifestaron en otras partes, no hubo una voz más influyente en toda la tierra que la del joven pastor de la Capilla New Park Street.

Recordemos que el 1 de Marzo de 1859 predicó a una desbordante congregación en el Tabernáculo de Whitefield. Recordemos el incidente del rayo que mató a un hombre en Clapham Common, donde predicó al aire libre a una multitud de 10,000 personas. Dos días después volvió a predicar a otra multitud al aire libre en el Castillo de Rowland situado en un valle. Las propias colinas reproducían el sonido de sus palabras y una congregación impávida podía oír las conmovedoras exhortaciones que regresaban como un eco desde la distancia: “¡Vengan, vengan, vengan, vengan!” En Julio también predicó en Gales por primera vez, también al aire libre a una congregación de unas 9 o 10 mil personas. En Octubre de 1859 volvió a predicar al aire libre en Carlton, a un grupo de unas cuatro mil personas.

Muchos años después, un asistente a las prédicas de Spurgeon, comentó acerca de un sermón que predicó el 17 de Julio de 1859, titulado *La Historia de los Poderosos Hechos de Dios*. ¡Cómo se gozaba Spurgeon en la predicación esa mañana! Hacía mucho calor, y tenía

que estar constantemente secándose el sudor de su frente; pero esta incomodidad no le afectaba su predicación, sus palabras fluían como un torrente de sagrada elocuencia... Estuve presente también en el último servicio que tuvo lugar en el Music Hall, el 11 de Diciembre de 1859. Había mucha neblina, el lugar estaba abarrotado, hasta el tope. Spurgeon predicó un sermón acerca de la necesidad de declarar todo el consejo de Dios. Siempre hay algo triste ligado a las despedidas; y, cuando terminó el servicio y salí, sentí que una de las experiencias más felices de mi juventud pertenecía al pasado. Así también pasó, en mi opinión, la etapa más romántica en la maravillosa vida del señor Spurgeon.

La fortaleza del ministerio de Spurgeon radicaba en su teología. Redescubrió lo que la iglesia había olvidado en gran medida: el poder evangelístico de la así llamada doctrina calvinista. Spurgeon dijo: “Nosotros creemos en los cinco grandiosos puntos del calvinismo. Los consideramos como cinco grandes faros que irradian de la cruz de Cristo.”

Eric Hayden, que fue pastor del Tabernáculo Metropolitano de 1956 a 1961, aportó estas consideraciones para entender el éxito de la predicación de Spurgeon:

1.- Las oraciones de la congregación de New Park Street. Era un grupo fiel de cristianos intercesores. El joven Spurgeon heredó ese legado. Ese espíritu de oración también continuó a lo largo de los años de los servicios en el Tabernáculo Metropolitano. “Aquí está nuestro cuarto de máquinas.” Las reuniones de oración tenían lugar los lunes por la noche, y asistían unas tres mil personas.

2.- Otro factor para el éxito, está expresado en las propias palabras de Spurgeon: “Una sana doctrina y una invitación amorosa constituyen una buena base de material, que, cuando está modelado por la mano de la oración y de la fe, formará sermones de mucho mayor valor para salvar almas que los ensayos más filosóficos preparados muy elaboradamente, y entregados con elocuencia y corrección.” Entonces los dos elementos importantes son: *sana doctrina y una invitación amorosa.*

3.- La providencia de Dios. Spurgeon era el hombre de Dios en esa hora, y raramente se da uno cuenta de cuán profundamente lo está utilizando el Espíritu Santo, al menos en ese momento. Spurgeon lo sabía, pues afirmaba: “debemos encorvarnos ante Dios para que podamos conquistar a los hombres.”

Capítulo 6

“Una Persona Honorable y muy Grande; su Nombre... es Evangelista”

EL MINISTERIO DE PREDICACIÓN DE SPURGEON

Los elogios que rodean el ministerio de predicación de Charles Spurgeon son legendarios. Nunca en la historia de la iglesia cristiana, al menos en el mundo cristiano anglófono, ha habido más alabanzas dadas a un predicador del Evangelio, que las otorgadas a Spurgeon. Algunos dicen que George Whitefield sería una excepción. Los elogios que Spurgeon recibió por su predicación parecen a veces extraños y exagerados. A pesar de ello, debe aceptarse que él se destaca como uno de los predicadores más dotados que el mundo cristiano haya conocido.

Spurgeon el Predicador

Nadie se pregunta por qué los contemporáneos y las generaciones sucesivas llamaron a Spurgeon “el Príncipe de los Predicadores.” Según se ha afirmado, “los grandes predicadores son más raros que los grandes poetas, pintores y filósofos,” y Spurgeon fue uno de ellos. Él cumplió el papel del gran predicador que Bunyan llamó “Evangelista.” Se dice que Spurgeon fue “el más impresionante y permanentemente exitoso predicador evangelista de la época.” En la *Revista Bautista* de Diciembre de 1887, el autor llamó a Spurgeon “el más prominente predicador de la época.” Colin Chadwick describió el ministerio de predicación de Spurgeon como “una carrera de predicación sin paralelo en la historia moderna.” El famoso predicador del Templo de la Ciudad de Londres, (London’s City Temple), el doctor Joseph Parker, llamó a Spurgeon “un profeta, sí, más que un profeta.” Los profetas son primera y primordialmente ‘proclamadores.’ Este parece ser el significado primario de la palabra hebrea *nabi*, tal como es aplicada a la vasta mayoría de los profetas bíblicos. ‘Profecía’ quiere decir tanto predicción (decir por adelantado) como proclamación, de tal forma que

la palabra 'profetas' incluye no sólo a gente con poderes sobrenaturales, que pueden prever el futuro, sino predicadores como George Whitefield, Martín Lutero, y Charles Spurgeon." El Primer Ministro de Inglaterra, David Lloyd George dijo: "Spurgeon fue el más grande predicador de su época. Fue un gran orador. Nunca escuché nada semejante." ¡Excelsa aclamación! Su amigo y compañero en el evangelismo y posteriormente su biógrafo, W. Y. Fullerton, declaró: "Spurgeon entró al púlpito totalmente desarrollado, maduro." Otro más dijo: "Entre todas las popularidades, no hay popularidad como la suya." Estas palabras de encomio nunca cesaron a lo largo de los años de su ministerio, y continúan hasta la hora presente.

Una publicación llamada *Christian Commonwealth*, de Londres, lo resumió todo por medio de un escritor de apellido Lorimer: "La voz era la de Crisóstomo, el ardor era el de Wesley, la unción era la de Savonarola, la doctrina era la de Bunyan, el talento era el de Thomas Adams, la originalidad era la de Christmas Evans, el fervor era el de John Howe, el denuedo era el de Calvino, la simplicidad era la de Whitefield y la pasión era la de Toplady. Sí, era el carácter compuesto de la predicación de Spurgeon lo que explicaba su encanto infinito. En esto difería de todos los demás predicadores."

Spurgeon era continuamente comparado con su único competidor probable en la historia de la predicación anglófona: George Whitefield. Un importante biógrafo de Spurgeon, G. Holden Pike afirmó: "en relación a su poder sobre una audiencia, y en particular en la ciudad de Londres, yo diría que no es inferior al propio Whitefield. Un defensor muy conocido de Spurgeon, el doctor Campbell, decía: "Spurgeon... un maestro del diálogo, no es menos maestro de las poderosas declamaciones, y estos son los dos grandes componentes por los que el propio Whitefield era tan notable." A Spurgeon le encantaban estas comparaciones; para Spurgeon Whitefield era el modelo de lo que un predicador debía ser.

El eficaz ministerio de predicación de Spurgeon siempre será considerado como sin paralelo en el siglo diecinueve. Él sirvió a su iglesia como un gran pastor / predicador, a su ciudad como un ardiente reformador social, y tal vez, por encima de todo, al mundo en general como un eficaz evangelista. Spurgeon puede ser llamado correctamente en los términos de Bunyan: "una persona grandiosa y

honorable, su nombre... es Evangelista.” Así, para analizar a Spurgeon como un predicador, parece obligatorio ver en él a un proclamador del Evangelio.

Vamos a fijar nuestra atención en algunas de las anécdotas que ocurrieron en su misma predicación, especialmente en su ministerio itinerante. Muchos piensan que Spurgeon era el dinámico pastor del Tabernáculo Metropolitano, y es cierto, pero su ministerio evangelístico itinerante se destaca como extraordinario.

Muchos ministros, sin duda, habrían encontrado que las responsabilidades que Spurgeon cargaba sobre sus hombros eran más que suficientes para consumir su tiempo y energías. Pero para Spurgeon no era así. En una carta que escribió a un amigo en Cambridge, bosquejaba un típico ejemplo de los compromisos de predicación para una semana:

Domingo Por la mañana y la noche, New Park Street
Por la tarde, discurso a la escuela dominical.

Lunes Mañana, Capilla de Howard Hinton.
Tarde, New Park Street
Noche, New Park Street

Martes Tarde, Leighton.
Noche, Leighton.

Miércoles Mañana, Capilla de Sion, Whitechapel
Tarde, Capilla de Sion, Whitechapel

Jueves Mañana, Dalston
Noche, New Park Street

Viernes Mañana, Capilla del doctor Fletcher
Noche, Capilla del señor Rogers, Brixton.

¿Por qué cumplía una agenda así? La respuesta es simple: sentía una verdadera carga por los hombres perdidos sin Cristo. Se involucraba en una constante búsqueda para ganar almas para Jesucristo.

Un escritor dijo: “hemos oído su voz quebrarse en sollozos, y hemos visto sus lágrimas rodar por sus mejillas, cuando suplicaba a los inconversos y les imploraba que se reconciliaran con Dios.” Daba de sí mismo sin descanso para tocar a los perdidos.

En una semana particularmente atareada, Charles predicó más de una docena de sermones en seis días, en lugares que se encontraban a una considerable distancia unos de otros, y viajar en aquellos días no era una empresa tan simple como es hoy. Había problemas en los viajes que producían mucha tensión. Los viajes afectaban la salud más bien frágil del predicador. En su primer viaje largo a principios de su ministerio, el ya mencionado viaje a Escocia en Julio de 1855, Spurgeon viajó por tren, pero no pudo conciliar el sueño en todo el viaje. Cuando finalmente llegó a Glasgow, se sentía completamente cansado y bastante indispuerto. Un biógrafo, Ray, lo describió al descender del tren en la estación:

“cansado, cubierto de polvo, con sueño, sin ánimos, con una terrible gripe... Un sueño de doce horas en una cama confortable lo dejó tan cansado como cuando se bajó del tren, y no nos sorprende que haya declarado que no viajaría tan lejos en un solo día. El viaje tenía el propósito primordial de gozar de unas vacaciones y descansar, pero casi cada día tuvo que cumplir compromisos de predicación, y en una carta a la que todavía era su novia desde Escocia, describiendo los atestados servicios allí, le escribió: ‘a menos que me vaya al Polo Norte, nunca podré apartarme de mi santa labor.’

Pero tenía que llegar a los inconversos a cualquier costo. En una ocasión posterior Spurgeon estaba en el andén de la estación de trenes esperando que llegara su tren. Cuando se acercó a la estación, el conductor anunció las instrucciones para abordar. Spurgeon había estado muy imbuido en una conversación con un compañero ministro. El reverendo caballero le dijo a Spurgeon: “Bien, yo me voy a la sección de tercera clase del tren, para ahorrar el dinero del Señor.” Spurgeon replicó: “Bien, yo voy a la sección de primera clase del tren para ahorrar al siervo del Señor.” Esta simple anécdota muestra que Spurgeon se cuidaba tan bien como podía a la luz de su agenda.

En tiempos de arduos trabajos, Spurgeon sentía que había sido olvidado del Espíritu de Dios y que había fallado. Relacionado a un servicio en Escocia, comentó:

“No pude hablar como usualmente lo he hecho... me humilló amargamente; y de haber podido, me habría escondido en un oscuro rincón de la tierra. Sentía como si no debía hablar más en el Nombre del Señor; y entonces me llegó el pensamiento: ‘¡oh, tú eres una criatura ingrata! ¿Acaso Dios no ha hablado por medio de ti cientos de veces? Y esta vez, cuando no lo hizo, ¿habrías de reconvenirle? No, agrádecele más bien que durante tanto tiempo ha estado a tu lado; y si una vez te ha abandonado, admira Su bondad, que de esta manera te mantenga humilde.’”

“Algunos podrían imaginar que la falta de estudio me condujo a esa condición, pero yo puedo afirmar con honestidad que no fue así. Yo pienso que estoy obligado a entregarme a la lectura y al estudio, y no tentar al Espíritu mediante efusiones irreflexivas. Siempre considero un deber procurar obtener mis sermones de mi Señor, e implorarle que los fije en mi mente; pero en esa ocasión yo pienso que me había preparado con mayor cuidado de lo que ordinariamente lo hago, de tal forma que la falta de preparación no fue la razón de la falta de fuerza que lamenté entonces. El simple hecho es este: “El viento sopla de donde quiere”; y algunas veces los propios vientos están inmóviles. Por tanto, si descanso en el Espíritu, no debería esperar sentir siempre Su poder de la misma manera. ¿Qué podría hacer yo sin Su influencia celestial? A esa influencia debo todo. Otros siervos del Señor han tenido experiencias similares a la mía. En la ‘Vida de Whitefield’ leemos que algunas veces, bajo la influencia de sus sermones, dos mil personas profesaron ser salvadas, y muchas de ellas realmente lo fueron; en otros momentos, él predicaba muy poderosamente pero no se registraba ninguna conversión. ¿Por qué sucedía eso? Simplemente porque en un caso el Espíritu Santo acompañaba a la Palabra; y en los otros casos, no. Todo el resultado celestial de la predicación se debe al Espíritu Divino enviado de arriba.”

Por supuesto que los periódicos estaban listos a atacar. Un periódico, *The Christian News* describió la oratoria de Spurgeon como “desigual y chapucera en extremo.” El artículo expresaba además: “el señor S., en nuestra opinión es simplemente un niño consentido, cuyas habilidades

no pasan de ser mediocres, y pronto se hundirán en la oscuridad, dejando sólo un memorial de su carrera que fue, y que ha descendido a la nada, de donde inflándose y fanfarroneando, original e indignamente surgió.”

¿Por qué tantas críticas al hombre? Thielicke probablemente tenía la razón cuando dijo de Spurgeon: “él hablaba en términos claros. Por esta razón, y sólo por esta razón, creó disturbios y ofensas.” Spurgeon predicaba la simple verdad y simplemente ofendía a algunos. Acarreaba convicción y allí yacía el tropiezo. Spurgeon predicaba con verdadero poder a pesar de que a veces se sentía ser un fracaso.

Nuevos enfoques a la predicación

ES ALGO BENDITO CUANDO EL PECADOR VUELVE EN SÍ. “Y volviendo en sí.” Esta es la primera señal de que la Gracia está obrando en el pecador, como fue la primera señal de esperanza para el hijo pródigo.

“Algunas veces, *este cambio ocurre súbitamente*. Me dio mucho gusto, esta semana, al encontrarme con una persona a quien le había ocurrido esto. Fue una conversión a la antigua, y por eso me deleitó mucho. Vino a este edificio, hará unos tres meses, un hombre que por mucho tiempo no había asistido a ningún lugar de adoración. Él profería juramentos, y bebía, y hacía cosas peores. Era descuidado, impío, pero tenía una madre que a menudo oraba por él, y tiene un hermano, que creo que está presente esta noche, cuyas oraciones por él, nunca cesaron. No asistió aquí para adorar, sólo vino a ver al predicador a quien su hermano había estado escuchando durante tantos años. Pero, al entrar, apenas hubo llegado al lugar que iba a ocupar, sintió que no era digno de estar allí, así que fue al balcón superior, tan atrás como pudo, y cuando un amigo le hizo señas para que se sentara, sintió que no podía hacerlo. Sólo quiso apoyarse en la pared de la parte trasera. Alguien más le invitó a sentarse, pero no pudo hacerlo. Sintió que no tenía derecho de hacerlo. Y cuando el predicador anunció su texto (sermón #1949 – Volumen 33 – Un Sermón para el Hombre más Malo de la Tierra), “Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador,” dijo algo parecido a esto, “tú, que estás en la parte más lejana del Tabernáculo y no te atreves a sentarte porque sientes que tu culpa

es demasiado grande, tú eres el hombre a quien Dios me ha enviado, el día de hoy, y te pide que vengas a Cristo y encuentres misericordia,” ¡un milagro de amor fue obrado! Entonces, “volvió en sí,” como nos lo contará muy pronto, en la reunión de la Iglesia, donde pasará al frente para confesar su fe.

Yo me regocijé grandemente cuando oí la anécdota, pues en su caso, hay un cambio que todo el mundo que lo conoce, puede verlo. ¡Está envuelto en el deseo de *todo* lo que es de gracia, como una vez practicó todo lo que era malo! Ahora, eso es lo que sucede *algunas veces*, y, ¿por qué no habría de suceder otra vez el día de hoy? ¿Por qué algún otro hombre, o alguna mujer, no podrían volver en sí, el día de hoy? Este es el camino a casa: primero volver en sí, y luego venir a su Dios. ‘Y volviendo en sí.’”

En la predicación, su rechazo de los convencionalismos lo hacía muy efectivo para mantener atentos a los que se estaban durmiendo o estaban distraídos. En una ocasión en particular, por ejemplo, cuando estaba predicando, la gente estaba continuamente mirando a su alrededor para ver a la gente que estaba entrando a la Capilla. Esto turbó a Charles, por lo que dijo: “ahora, amigos, puesto que es tan interesante para ustedes saber quién está entrando, y me molesta tanto que estén volteando a ver a todos lados, si quieren, les voy a describir a cada una de las personas que está entrando, para que se queden quietos y me miren a mí y guarden por lo menos alguna muestra de decencia.” En ese momento, un caballero, un amigo de Spurgeon entró a la Capilla. Spurgeon, prosiguió: “un caballero muy respetable que se acaba de quitar el sombrero, ha llegado.” Evidentemente, no necesitó continuar con la descripción de esos que estaban llegando tarde. Eso podría parecer un poco arrogante, pero definitivamente captó la atención de la congregación.

Spurgeon iba donde fuera requerido, para compartir a Cristo. Predicaba en iglesias pequeñas y grandes. En un lugar llamado Tring, Spurgeon ministró en una pequeña capilla. El ministro de esa pequeña congregación, únicamente recibía quince chelines (unidad monetaria de Inglaterra) por semana como su estipendio. Aunque vivía tan frugalmente como fuera posible, a duras penas podía sobrevivir con eso. El pobre pastor tenía mucha necesidad de nuevas ropas. Después

que Spurgeon predicó a la congregación, que se había apretujado en el pequeño edificio de la Capilla, dijo:

“Ahora, queridos amigos, les he predicado tan bien como he podido, y ustedes saben que nuestro Salvador dijo a Sus discípulos: “De gracia recibisteis, dad de gracia.” Yo no necesito absolutamente nada de ustedes para mí, pero el ministro de esta capilla, me parece a mí, no objetaría a recibir ropas nuevas. Luego señaló al anciano señor Tomás Olney, su diácono, que fue quien había sugerido la visita a esta capilla en Tring, y dijo: “el señor Olney, que está allá, estoy seguro que comenzará la colecta dando él mismo media libra esterlina. Con mucho gusto yo voy a dar la misma cantidad. Y si todos ustedes ayudan tanto como puedan, nuestro hermano pronto tendrá un traje nuevo, y bueno además.”

Se tomó la colecta, y como habría de esperarse, fue lo suficientemente grande para proveer para un traje nuevo para el necesitado pastor. Cuando el servicio concluyó, Spurgeon se disculpó con el pastor por haber llamado la atención a sus ropas gastadas. El pobre pastor, sin haberse sentido ofendido por el comentario, agradeció a Spurgeon por su buen detalle. Dijo: “Todo el tiempo que he estado bajo el servicio del Señor Jesucristo, mi Señor siempre me ha provisto de mi uniforme.” La sensibilidad de Spurgeon para captar las necesidades llegó a los periódicos y, como podría esperarse, se imprimió con muchos adornos.

Otra interesante anécdota ocurrió en un tren cuando viajaba a un determinado lugar. Súbitamente descubrió que había perdido su boleto; más aún, había salido de su casa sin un centavo. Un pasajero que iba a su lado, expresó su preocupación por su aprieto, pero Spurgeon simplemente declaró: “estoy en asuntos del Señor y estoy seguro de que todo estará bien, que todo saldrá bien. He experimentado tantas intervenciones de la Divina Providencia en asunto pequeños, así como en otros muy grandes, que siento que no importa lo que me suceda, voy a terminar cayendo a Sus pies agradecido. Cuando el tren finalmente llegó a su destino, el responsable de recoger los boletos, entró al compartimiento para recoger los boletos. Cuando el recolector miró al que estaba sentado al lado de Spurgeon, mostró evidencias de que se conocían, y este señor vecino a Spurgeon le dijo: todo está bien. El recolector inmediatamente dio la vuelta y se fue, sin pedir los boletos. En la providencia de Dios, resulta

que el compañero de viaje de Spurgeon era el gerente del ferrocarril. Ambos, él y Spurgeon, consideraron el incidente como una prueba divina de la provisión y el cuidado de Dios para aquellos que confían en Él, tanto en los pequeños detalles como en los grandes asuntos de la vida.

Como puede imaginarse, teniendo que cumplir constantes compromisos externos, además de las múltiples responsabilidades de la congregación de Londres, Spurgeon tenía muy poco tiempo para el descanso o inclusive para el sueño. Spurgeon era un escritor, además de un predicador, ocupación que veremos luego, pero esa actividad le consumía mucho tiempo. Nos dice uno de sus biógrafos que trabajaba como un 'troyano'.

Spurgeon el Innovador

Spurgeon con mucha frecuencia usaba medios altamente heterodoxos para encontrar la ocasión de predicar el Evangelio, al menos, heterodoxos, para los británicos del siglo diecinueve. Comenzó a promocionar públicamente sus sermones y sus reuniones. En la Inglaterra victoriana, la gente del pueblo asociaba los anuncios espectaculares con el circo y con el teatro. De esta manera, los predicadores que tomaban prestadas estas técnicas estaban expuestos a la acusación de sensacionalismo. Las actividades promocionales de Charles, precipitaron el cargo que le hizo el periódico *Sunday Times*. El periódico le acusó de "llamar la atención de su nombre en cada hoja parroquial... en cada rincón disponible sobre las muertas paredes." Anuncios atractivos a la vista, aparecieron por toda la ciudad de Londres. Un periódico popular, *Punch*, expresó: "el Señor Spurgeon se está volviendo tan popular para los lectores de anuncios junto al río Támesis, como 'Tom Bary' el ex-payaso de Astley." El escritor continuaba diciendo que si tales anuncios continuaban, no tardarían mucho en ponerle a un caballo de carreras el nombre de Spurgeon. Antes de que hubiera iniciado este giro, el Ejército de Salvación, bajo el mando de William Booth, había violado la reserva victoriana. El ejército usaba banjos, tambores, y "chicas aleluya." Pero Spurgeon demostró de manera incuestionable, que la publicidad puede reunir o atraer una audiencia; las multitudes venían para escucharle predicar a Cristo. Más aún, gustosamente predicaba en cualquier lugar, en cualquier momento, de cualquier manera para alcanzar a la gente.

Spurgeon dijo una vez a sus oyentes en Escocia: “yo no soy muy escrupuloso en cuanto a lo medios que uso para hacer el bien... yo predicaría de cabeza si supiera que eso podría ser el instrumento de la conversión de sus almas.” Años antes, el general Booth, del ejército de salvación había hecho una afirmación similar. Spurgeon usaría cualquier medio legítimo para atraer a una congregación.

La reacción negativa a los métodos poco convencionales de Spurgeon era tremenda. Sin embargo, sus detractores tenían que admitir que la publicidad de Spurgeon era sumamente efectiva. Algunos afirmaban que Spurgeon se destacaba en Inglaterra como el maestro del “panfletista, del predicador, y del engreído.” Se le conocía como el “Barnum del púlpito.”

El ministerio más grande de Spurgeon lo ejerció desde el púlpito de la Capilla New Park Street, y el púlpito del Tabernáculo Metropolitano. La iglesia fue su lugar primordial para sus esfuerzos evangelísticos y pastorales. Para sentir algo del poder de los servicios que tenían lugar en su iglesia, un domingo Spurgeon declaró en un sermón: “Podría haber algún jovencito que esté sentado por allí, que trabaja en el taller de uno que fabrica cortinas, y que lleva en sus manos un par de guantes que robó de sus patronos.” ¡Y allí estaba uno! El joven se acercó a Charles después del servicio de predicación y lo confesó todo. Charles predicaba con tal poder de comunicación que con frecuencia ocurrían incidentes como este, y además su audiencia puntuaba sus sermones con vítores, con risas, y con aplausos. La gente venía desde lejos para escucharle.

Da la impresión que los primeros años del ministerio de Spurgeon fueron en algún sentido, más efectivos evangelísticamente hablando, que los años posteriores. Conforme maduró, como ya lo hemos comentado, el cambio de énfasis tendió a evolucionar a una predicación más pastoral. Incluso es posible que sea correcto afirmar que la elocuencia y el tinte dramático de su predicación inicial, sobrepasó la de los años posteriores. Un oyente se quejó en una ocasión, en los años de madurez de Spurgeon, de que el sermón de Charles no había contenido “Spurgeonismo”. Pero podría ser cierto, como lo afirmó alguien, que los sermones de Spurgeon de los últimos años no fueran tan dramáticos como los iniciales, pero eran más profundos. Conforme Spurgeon envejecía, y aumentaban sus responsabilidades, su ministerio

entero asumió un tono más pastoral. Así, el sensacionalismo y la excitación de los primeros años disminuyeron, al menos hasta cierto punto. Es más, Spurgeon ya no era tanto una noticia, como lo había sido en los años iniciales. Ya se había convertido en una parte aceptable de la escena de Londres. Sin embargo, si uno fuese a evaluar su influencia evangelística completa durante toda su vida, especialmente en lo que hizo por sus propios estudiantes en el Colegio del Pastor, inspirándolos para que ganaran gente para Cristo, y plantaran nuevas iglesias, pocos pastores ejercieron un ministerio tan efectivo. Es más, aunque predicaba de forma más pastoral conforme envejeció, nunca perdió su celo para ganar almas para Cristo. Fue responsable, probablemente, de más conversiones en sus años posteriores a través de sus estudiantes y de la Asociación de Evangelistas, que en sus años iniciales, aunque se trata de un ministerio de segunda mano, por decirlo así.

La pregunta que ha prevalecido siempre, es: ¿qué había en la predicación de Spurgeon que la hacía tan cautivante? Yo agregaría ¿que la hace tan cautivante? Independientemente de la audiencia o del lugar en que predicara el Evangelio de Cristo, tenía un atractivo increíble. Gente con los más diversos antecedentes, procedentes de diferentes caminos en la vida, y con divergencias culturales, le escuchaban con gusto. Por supuesto, hay múltiples respuestas a la pregunta básica relativa al magnetismo de Spurgeon. Uno podría mencionar su estilo de predicación, sus mensajes eminentemente bíblicos, su innovador enfoque al ministerio de la predicación; todo demostró ser fresco e impresionante.

Además, como la buena predicación siempre emerge de una sólida base teológica, Spurgeon no fue la excepción. Realmente fue un teólogo, aunque tal vez no lo haya sido en un puro sentido técnico.

Un Predicador ‘Natural’.

Una de las principales facetas de la eficacia de Spurgeon como predicador, como se ha enfatizado a menudo, es que predicaba prácticamente, personalmente, y persuasivamente. Para desarrollar su estilo de predicación recibió la influencia de Charles Simeon, el devoto predicador de la Universidad de Cambridge. Fue un gran predicador y un expositor bíblico. Influyó sobre muchas personas por su estilo

vigoroso. Spurgeon comentó: no tengo ningún deseo de convertirme en rival del señor Charles Simeon; y sin embargo, si yo copiara los bosquejos de alguien, lo preferiría a él como modelo.” Y el estilo práctico, simple y natural, nunca fue trillado, repetido. Como dijo alguien: “Spurgeon no es nunca un lugar común; su entrega de corazón y su poder, hacían que sus expresiones más familiares parecieran originales y frescas.” Spurgeon tenía una frescura natural acerca de su predicación que comprobó ser muy cautivante. Alguien comentó: “es tan natural hablar para él, como jugar para una oveja, o nadar para un pato, o cantar para una alondra.” Su genio humano descansaba en su “naturalidad” en el púlpito. Exhortaba a sus estudiantes a “predicar el Evangelio de una manera *natural*, simple, interesante y sincera.” Enfatizaba siempre: sé natural y sé interesante. No sentía ninguna simpatía por la predicación pedante e insípida. De hecho, en una ocasión dijo: “los predicadores insípidos son en potencia buenos mártires. Son tan secos que se queman muy bien.” ¿Cómo fue que esos aspectos naturales, prácticos, interesantes, y metodológicos, incidieron con poder para traer a los perdidos a la fe en Cristo y sirvieron para edificar a los santos? Hay varias sugerencias:

Predicación con Autoridad

Una de las notorias características del estilo de predicación de Spurgeon se centra en el hecho de que él predicaba con una intensa autoridad. Esto surgía de su filosofía básica del ministerio cristiano. Spurgeon decía: “el grandioso objetivo del ministerio cristiano es glorificar a Dios.” Ese enfoque sacaba a Spurgeon de sí mismo y le motivaba a dar la gloria únicamente a su Señor. Eso, en sí mismo, precipita la autoridad. La gente sentía o percibía algo del mensaje con autoridad que declaraba, pues no brotaba del predicador, sino de Dios. En el espíritu de Jesús, el pueblo le oía de esta manera y se colgaba de sus palabras.

Además, varios factores en la propia persona de Spurgeon agregaban algo a su tono autoritario. Primero, él estaba consciente, en lo profundo, de haber sido llamado por Dios para predicar. Dijo: “yo tengo el mismo llamamiento para predicar el Evangelio que Pablo tenía.” En la superficie, eso puede sonar presuntuoso; pero él se sentía convencido de que el Espíritu Santo dirigía su proclamación de Cristo, y ministraba en el Espíritu.

Brastow escribió: “al presentar los reclamos del Evangelio, al apelar a los hombres que se sometan al servicio de Cristo, es, de cierto, de un valor indecible para el predicador que sienta que ha sido llamado y enviado a hacer esa obra, que sienta que le ha sido entregado un mensaje, y que proclamándolo, él es en verdad un embajador de Dios. Todos los grandes evangelistas han sentido eso.”

Un asistente a la iglesia de Spurgeon dijo una vez: “cuando le oí por primera vez, y ha sido así desde entonces, sus súplicas me han impresionado más que sus sermones . . . Me pareció que predicaba bien, porque había orado bien.” Esto le daba a Spurgeon tal autoridad moral que la gente era conmovida por la naturaleza impactante de su mensaje.

Una vez un crítico comentó que los sermones de Spurgeon no eran impactantes. Spurgeon replicó que él creía que los sermones debían *alimentar* a las ovejas, no *impactarlas* o *golpearlas*. Spurgeon alimentaba a las ovejas a través de la oración así como de la predicación.

Además, Spurgeon creía que la autoridad emerge cuando el predicador está totalmente convencido de que el mensaje que está declarado es la verdad, y por esto, lleno de autoridad. Spurgeon decía: “Crean en lo que creen, o de lo contrario, nunca persuadirán a nadie más a creer eso . . . Pueden estar seguros de que las almas no son salvas a través de un ministro que duda; y la predicación de sus dudas y sus preguntas no pueden nunca hacer que el alma sea atraída a Cristo. Tienen que tener una gran fe en la Palabra de Dios si se van a convertir en ganadores de las almas de quienes los escuchan.” También declaró: “también tienes que tener el convencimiento que el mensaje que vas a predicar es la Palabra de Dios. Yo preferiría que ustedes creyeran intensamente media docena de verdades, que débilmente cien verdades.” Así, predicaba con unción y autoridad.

Predicando a la gente

El estilo y las maneras de Spurgeon en el púlpito lo convirtieron en un predicador del pueblo, en el más puro sentido de la palabra. Como ya lo hemos comentado anteriormente, predicaba en un estilo anglosajón. Él

mismo cuenta la historia de un predicador que dijo una vez en su mensaje: “el hijo de Amram se quedó incólume.” Al oír esa frase, Spurgeon señaló, la gente naturalmente se preguntaría: “¿quién es ese?” Spurgeon luego dijo, “el predicador respondería ‘Moisés por supuesto’.” Entonces Charles comentó: “¿por qué no lo dijiste desde un principio?” ¡Sé claro y simple! La predicación de Spurgeon le llegaba al pueblo de una manera idiomática, coloquial, simple y lúcida, fuerte y llena de celo, sincera y de corazón.” Tenía un estilo sencillo, y hablaba el lenguaje del pueblo. Hablaba muy concretamente. En realidad, en la época de Spurgeon, la mayoría del pueblo cristiano estaba cansado de la “cultura” y la “respetabilidad” en el púlpito. Querían la predicación de uno de ellos. Spurgeon cumplía ese papel. Él confesaba: “odio la oratoria, yo me rebajo lo más que puedo. El lenguaje de altos vuelos me parece perverso cuando las almas están pereciendo.”

Un periódico británico, *The Daily Press*, lo interpretó correctamente cuando un reportero dijo: “el señor Spurgeon es ‘extraordinario’ porque es uno del pueblo y predica para el pueblo. La gente lo sigue, la gente lo ama, y él es utilizado en la salvación de las almas del pueblo.” La gente común realmente le apreciaba. Como dijo alguien: “predica a la gente en un estilo casero, y a ellos les gusta, pues siempre es claro y nunca es insulso.” Charles dijo: “debemos predicar las verdades que conducen a la conversión, pero también debemos *usar los modos* de manejar esas verdades que conducen a la conversión.” Sin embargo, en toda esa simplicidad, tenía un estilo maravillosamente poético. Un periódico comentó:

“Spurgeon es verdaderamente un poeta, y sin haberlo oído uno ni siquiera se puede formar una idea de la riqueza y poder de sus concepciones, y esto, a la vez, sin desviarse jamás de la simplicidad que conviene al púlpito cristiano, o la dignidad que debe tener un ministro de Jesucristo.”

Predicación Pastoral

No se puede pasar por alto que la predicación de Spurgeon estaba centrada en el contexto pastoral. Él sabía que tenía que ser interesante para la gente, así que hablaba al nivel en el que vivían sus vidas. Sin pedir disculpas, Spurgeon dirigía la mayoría de sus sermones a la gente real que se sentaba frente a él. Mediante ilustraciones, ejemplos,

anécdotas y lenguaje sencillo, se bajaba al nivel donde vivían y luchaba junto a ellos en sus problemas. A los que eran cristianos, les predicaba para edificarlos en la fe. A los que estaban sin Cristo, les predicaba el simple Evangelio. En su primer sermón predicado en el Tabernáculo Metropolitano, declaró:

“Les suplico que nunca dejen de orar para que la Palabra de Dios predicada aquí, pueda ser un palabra que reviva, que convenza y que convierta. El hecho es, hermanos, que debemos tener conversiones aquí. No podemos seguir adelante como lo hacen algunas iglesias, sin tener conversiones. No podemos, no lo haremos, no debemos, no nos atrevemos. Almas deben ser convertidas aquí, y si no hay muchos nacidos para Cristo, que el Señor me conceda que duerma en la tumba de mis padres y no sea escuchado más. Es mejor que muramos y no que vivamos, si las almas no son salvadas.”

Tal vez, la razón primordial para el atractivo práctico que ejercía Spurgeon y el poder que tenía en el púlpito, se centraba en el incuestionable contenido bíblico de sus sermones, y la aplicación práctica de la Palabra de Dios en la vida. Cada mensaje que predicaba estaba lleno de verdad escritural. Sus sermones invariablemente reflejaban fidelidad al texto. Lo normal de la predicación es: “toma tu texto, apártate de él, y no regreses nunca a él.” Cuando abordaba un texto, lo explicaba desde toda perspectiva posible. Esto se volvió más cierto conforme su ministerio maduró y predicaba menos temáticamente y más textualmente. También escogía muy cuidadosamente sus textos. Decía que no predicaría sobre un texto si ese texto no le ‘mordía’. Estrictamente hablando, sus sermones no eran de una naturaleza expositiva. Sus textos constaban normalmente de un versículo, a veces dos y raramente tres versículos. Sin embargo, en cada servicio se leía una buena porción de la Biblia y Spurgeon hacía una breve aunque interesante exposición, una explicación de los versículos leídos. Spurgeon, en su aproximación textual, daba una explicación exhaustiva del texto. Entre la especie de homilía que daba antes y luego la explicación del texto, la Escritura llegaba a la gente de tal manera que oían la Biblia desde toda perspectiva.

Los temas y los textos a menudo le venían de una manera muy natural. Por ejemplo, un día estaba sentado en el cementerio junto a la iglesia de Oberwood, cuando observó cinco o seis diferentes senderos que

conducían a la puerta de la iglesia. Este hecho le sugirió el versículo de Marcos 1: 45: “Pero ido él, comenzó a publicarlo mucho y a divulgar el hecho, de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera en los lugares desiertos; y venían a él de todas partes.” Parecía elegir un versículo fresco para cada semana. Les decía a sus estudiantes que no era bueno anunciar series de sermones. Él sentía que eso podría obstaculizar el libre movimiento del Espíritu. Muy ocasionalmente predicó series, pero nunca las anunciaba.

Debe admitirse que algunas veces Spurgeon se permitía cierta medida de licencia o libertades con su texto. Su exégesis en ciertas ocasiones podría ser cuestionada por los más estrictos exégetas bíblicos. *The Birmingham Daily Press* una vez criticó severamente su uso de la Biblia, diciendo:

“El león de Londres no tiene la melena que se le atribuye, y su rugido es sólo la mitad de lo que esperábamos... Esperábamos oír impresionantes comentarios sobre la Biblia... pero sólo recibimos un sublime Salmo de David arrastrado por todos lados de tal manera, que pareció un bonito libro que había estado en las manos cochinas de un niño, el libro todavía bonito, aunque oscurecido por las señas de grasa que imprimieron los dedos, manchado por su suciedad.”

Lo cierto es que esto no ocurría a menudo, y el hecho que él hacía todo lo posible para adherirse a la verdad de la Escritura, se convirtió en un de los medios importantes de poder en el púlpito.

Predicación Práctica

La predicación de Spurgeon tenía un gran efecto por su constante aplicación práctica de la Biblia para la vida diaria de la gente común, sus oyentes. Su apelación a los corazones del pueblo, conforme los urgía a responder a la verdad de la Palabra de Dios, dominó siempre su predicación. En una ocasión dijo:

“No salgan de este lugar para hablar chismes ociosos de camino a casa. No salgas para olvidar qué tipo de hombre eres tú. Más bien, apresúrate a tu casa; busca tu aposento, cierra la puerta; póstrate junto a tu cama; confiesa tu pecado; clama a Jesús; dile que eres un ser

arruinado sin Su soberana gracia; dile que tú oíste esta mañana que vino a salvar a los pecadores, y que el pensamiento de tal amor te ha hecho deponer las armas de tu rebelión, y que estás deseoso de ser Suyo. Así, postrado, argumenta con Él, y dile: ‘Señor, sálvame porque perezco.’”

En un mensaje predicado en 1888, hizo el siguiente llamamiento:

“Únanse conmigo en oración en este momento, le suplico. Únanse conmigo mientras yo mismo pongo las palabras en su boca, y las digo a nombre de ustedes: ‘Señor, soy culpable. Yo merezco Tu ira, y no puedo salvarme a mí mismo. Señor, quiero tener un nuevo corazón y un espíritu recto, pero ¿qué puedo hacer? Señor, yo no puedo hacer nada, ven y produce en mí así el querer como el hacer, por Tu buena voluntad... Pero yo ahora invoco Tu nombre desde lo más profundo de mi alma. Temblando, aunque creyendo, me arrojé completamente en Ti, oh Señor. Yo confío en la sangre y en la justicia de Tu amado Hijo; confío en Tu misericordia, y en Tu amor, en Tu poder, que son revelados en Él. Me atrevo a aferrarme a esta palabra Tuya, que todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo. Señor, sálvame ahora, por Jesucristo nuestro Señor, amén.’”

Y no podemos dejar de mencionar que Spurgeon tenía gran confianza en el discernimiento espiritual que poseía el oyente ‘común’. “Tengo mucho más confianza en la gente humilde que en los ricos y ociosos... El instinto de las masas siempre puede ser más confiable que los caprichos de los ricos y de los estudiados.” Todo esto daba a la obra del púlpito de Spurgeon una autoridad real.

Otras Cualidades

Por supuesto, hay otros aspectos de la atracción que ejercía Spurgeon desde el púlpito. Por ejemplo, en cuanto a dotes naturales, lo poseía “todo”. Se afirma que su voz era bastante parecida a la de George Whitfield. Como ha sido ya ampliamente ilustrado, podía ser escuchado claramente por decenas de miles, incluso cuando predicaba al aire libre. Con su potente y poderosa voz podía llenar los salones más grandes de Inglaterra. Sus tonos profundos, ricos, resonantes, podían alcanzar las rendijas de cualquier edificio donde predicara. Lo extraño es que nunca daba la impresión que estuviera gritándole a la gente,

cuando predicaba. A sus estudiantes les comentaba que podía incluso susurrar y, sin embargo, ser escuchado desde cualquier lugar del Tabernáculo Metropolitano. Alguien dijo que Spurgeon podía “arrullar como una paloma.” Como un admirador dijo: “¡Qué voz! Sin necesidad de levantarla, sus tonos de trompeta resuenan por toda la capilla, llenándola con un agradable flujo de sonido que se oye en los más remotos rincones como si uno estuviese situado junto al púlpito.”

No sólo era la voz: el estilo dramático le parecía a la gente contagioso y cautivante. Recuerden lo que había dicho un tal señor Knowles, director del Drury Lane Theater, que le daría una gran cantidad de dinero a Spurgeon para que trabajara en los escenarios. El estilo de predicación no era violento, sino que predicaba naturalmente. La inflexión de su hermosa voz, sus gestos, que siempre eran apropiados y llamativos, y todo su lenguaje corporal eran muy notables para un hombre que no había recibido una educación formal, y que poseía estos dones desde muy temprana edad.

Además, tenía una memoria impresionante y aguda, con un poder de recordación instantánea, lo que llamaríamos hoy, “una mente fotográfica.” Un periódico, *The Western Morning*, comentó el 1 de Febrero de 1892:

“Tenía una facultad mental muy por encima del promedio. Hacía con facilidad, y, espontáneamente, proezas mentales que hombres de renombre se esfuerzan en vano por alcanzar. Además, tenía lo que mayoría de los cerebros no poseen, un gran método y poder de concentración. Él podía percibir la esencia de un tema, sostener firmemente ese tema en la mano, y desplegar sus pensamientos como tropas en un movimiento táctico.”

Spurgeon mismo dijo: “Yo tengo un anaquel, un estante, en mi cabeza para todo, y cualquier cosa que leo y oigo, sé donde almacenarla, para luego usarla en el momento apropiado. Él no se asignaba ningún crédito por sus habilidades mentales personales. Declaraba que su habilidad era una consecuencia de la experiencia de su conversión. Decía que el “conocimiento heterogéneo” que había adquirido en su juventud, el cual, antes de su encuentro con Cristo parecía un embrollo en su cerebro, o como él mismo lo expresó “en gloriosa confusión,” después de venir a Cristo se arregló solito sistemáticamente en los

estantes, lo que le permitía tomar exactamente lo que necesitaba, cuando lo necesitara. Este poder, aparentemente continuó toda la vida.

Spurgeon poseía una elocuencia básica e innata. Aunque usaba un lenguaje simple anglo sajón, su elocuencia se destacaba en alto relieve. Algunos de los pasajes de sus sermones se leen como si estuviese leyendo a Shakespeare. Tenía un conocimiento profundo de la lengua inglesa. Poseía transparencia y una cristalina belleza de expresión que hacía imposible que los oyentes mediocres no entendieran lo que estaba diciendo. Al mismo tiempo la gente educada se sentía estimulada y beneficiada.

A menudo la gente se quedaba encantada, en el sentido de conjuro. Podía conmovir y arrastrar a la gente de las lágrimas a la risa y otra vez a las lágrimas en materia de minutos. Sin embargo, todo lo hacía con sorprendente simplicidad. He aquí un ejemplo:

“Un niño que murió en Baltimore, en USA, cuando tenía ocho años de edad, se encontraba en Londres, y su padre lo llevó a escuchar a Spurgeon. El pequeñito había escuchado que el señor Spurgeon era el más notable predicador del mundo. Cuando llegó al Tabernáculo por primera vez, el niño estaba sumamente interesado; cuando el predicador comenzó el servicio, el niño se inclinó hacia adelante y se quedó boquiabierto, y escuchó todo el mensaje con la más intensa atención, y no quitaba sus ojos del predicador. Cuando el servicio terminó, y salieron a la calle, su padre le preguntó: “Willie, ¿qué piensas de ese hombre?” Willie se quedó pensando durante un instante y luego miró a su papá, y preguntó: ‘papá, ¿ese es el mejor predicador del mundo?’ Sí, yo pienso que sí.’ ‘Bien, entonces,’ -dijo el niño con un brillo de entusiasmo en su rostro-, ‘yo sé cómo ser el predicador más grande del mundo.’ ‘¿Cómo?’ preguntó el papá. ‘Bien, sólo debo elegir un bonito capítulo de la Biblia, y decir lo que está allí de tal manera que todo el mundo te pueda entender, eso es todo.’

Como ya se ha mencionado, Spurgeon tenía el arte de intercalar ejemplos e ilustraciones tomados de la vida cotidiana, anécdotas, historias. Siempre llevaba consigo una libreta de apuntes, dondequiera que iba. Anotaba incidentes interesantes, e ideas que se le ocurrían en su ministerio diario. Esto era para él una fuente muy valiosa de ejemplos y anécdotas. En este sentido recibía las esperadas acusaciones

de ser egocéntrico porque muchas de las ilustraciones y referencias eran acerca de sí mismo. Mucho de su predicación y de sus escritos tenían un tema autobiográfico. Alguien dijo que sus predicaciones y sus escritos estaban “dominados por su propia experiencia, su consejo, su testimonio, su carácter. Cuando no es citada su experiencia, entonces el lector tiene que soportar el testimonio de su esposa, sus hijos, su padre, su abuelo... No perdía la oportunidad de promover a su familia, o a sí mismo.” Pero la verdad es que sus ejemplos eran vívidos, relevantes y prácticos. De esta manera la gente no se impacientaba por sus constantes referencias a su propia experiencia.

Es importante el hecho de que Spurgeon era flexible en el púlpito. Él nos da un ejemplo interesante de esa flexibilidad:

“Una vez tenía la intención de predicar sobre un cierto texto, pero durante el himno sentí que *debía* usar otro texto. Entonces comencé a predicar sobre ese nuevo texto, pero no veía qué iba a hacer después de mi primer encabezado, esperando que el ‘segundo’ viniera en el momento oportuno. Y justo cuando me estaba metiendo en problemas porque no se me ocurría nada para el segundo encabezado, se fueron las luces, y tuve que detenerme. Cuando volvieron a encender las luces, tomé otro texto, relacionado con la luz después de las tinieblas. Una persona fue convertida por cada uno de los segmentos del sermón.

Su uso de la poesía en los sermones aumentaba la fuerza de su comunicación, y la usaba, especialmente citando algún himno favorito. A veces él mismo no encontraba suficientes ejemplos, y le pedía a algún amigo que le enviara anécdotas y ejemplos.

Preparación de Sermones

Normalmente el sábado por la tarde invitaba a varios amigos para tomar el té. Había allí en su residencia un corto tiempo de adoración, tanto con su familia como con los invitados. Todos sabían que entre las seis y las siete de la noche, se tenían que marchar. Charles comentaba que era tiempo de ir a buscar el alimento para sus ovejas. El sermón del domingo por la mañana se preparaba, entonces, el sábado por la mañana.

Algunas veces experimentaba alguna dificultad para seleccionar el texto que debía utilizar. En sus tempranos días esto lo turbaba tremendamente. Había leído un libro sobre homilética, en el que autor afirmaba que si uno tenía problemas para encontrar el texto adecuado, no tenía el llamado de Dios para predicar. Pero Charles pronto desaprobó esa falsa concepción. Una vez que tenía el texto, comenzaba a bosquejar los encabezados para elucidar ese texto particular. Escribía muchos bosquejos, no uno. Los desechaba hasta que encontraba el arreglo adecuado de pensamientos que le satisficiera. No era inusual que escribiera este bosquejo en cualquier trozo de papel, o en un sobre viejo. Naturalmente, en sus días iniciales, sus bosquejos eran más complejos que en años posteriores. Los encabezados podían ser dos, tres, cuatro puntos, algunas veces hasta siete puntos.

Una vez que había establecido su bosquejo, le pedía a su esposa que leyera varios comentarios sobre ese versículo en particular. La propia Susana nos da su comentario al respecto:

“Por algún tiempo ya, ha sido la costumbre del amado pastor, una vez que ha decidido sobre el texto, llamarme al estudio, y permitirme leer varios comentarios sobre el versículo en particular. Cuando yo no entendía algo, él me lo explicaba. Condensaba en unas cuantas frases de la lectura, extrayendo el néctar de la dulzura escondida en esos autores.”

Después de una hora o dos de tal preparación, Charles estaba listo para predicar. Él creía más en prepararse él mismo, que en la predicación en sí. Se esforzaba por entregar su corazón en el mensaje. Su esposa dijo: todo su corazón estaba absorto en el mensaje.” Y Spurgeon decía: “tienes que tener un gran corazón para ser un gran ganador de almas.”

Spurgeon generalmente preparaba el sermón del domingo por la noche, ese mismo domingo por la tarde, de la misma manera. Trabajaba muy rápido, los pensamientos le venían tropezándose unos contra otros, de una forma analítica y muy sistemática. Da la impresión que Spurgeon dedicaba muy poco tiempo a la preparación. Pero no era así. Leía un promedio de 6 libros a la semana.

La Publicación de los Sermones

Debemos recordar que Charles comenzó a predicar en la Capilla de New Park Street en 1854. Él contribuyó con algunos artículos expositivos en diversas revistas bautistas. Luego algunos o varios de sus sermones fueron publicados por un señor de nombre James Paul, que tenía una publicación de las que eran conocidas como 'Púlpito del Centavo'. Los sermones tuvieron mucha aceptación. Esto comenzó a atraer la atención hacia el joven predicador como escritor. El propio Spurgeon nos cuenta la historia de cómo comenzó la publicación de sus sermones:

“El 20 de Agosto de 1854, prediqué un sermón en la Capilla de New Park Street, sobre el versículo de 1 Samuel 12: 17: “¿No es ahora la siega del trigo?” El sermón fue publicado por el mencionado señor Paul, con el número 2234 de su 'Penny Pulpit', y fue, creo, el primero de mis sermones que fue impreso, bajo el título de 'Tiempo de Cosecha'. Mucho antes de haber llegado al púlpito, se me había ocurrido el pensamiento que un día predicaría sermones que serían impresos. Leyendo los sermones de Joseph Irons, (de ese mismo tipo de publicaciones), que eran mis favoritos, concebí la idea en mi corazón, que en algún momento, yo tendría mi propio 'Penny Pulpit'. A su debido tiempo, el sueño se volvió realidad. Hubo tan buena demanda de los sermones, que comenzó a brotar la idea de alguna publicación ocasional, pero sin la idea de continuidad de semana a semana por un período prolongado de tiempo; eso vino como algo posterior. Los señores de Passmore y Alabaster, le sugirieron la idea de comenzar una publicación semanal regular. Cuántos Penny Pulpits han comenzado y han terminado en el curso de estos años, sería difícil decir; en verdad, la mayoría de los hombres eminentes ha procurado publicar sermones semanales, pero todos esos esfuerzos se han extinguido más o menos rápidamente, en algunos casos por enfermedad o muerte del predicador, pero en muchos otros, hasta donde sé, por ventas insuficientes. Tal vez los sermones eran demasiado buenos: evidentemente el público no los consideró interesantes. Nosotros llevamos ya más de treinta en la empresa de publicarlos, siendo favorecidos por un círculo de decididos apoyadores, que no sólo los compran, sino que efectivamente los leen. Yo soy el más sorprendido de todos, y no descubro ninguna otra razón sino esta: los sermones contienen el Evangelio, predicado en lenguaje sencillo, y esto es lo que necesitan las multitudes más que cualquier otra cosa. El Evangelio, siempre fresco y siempre nuevo, ha sostenido unida mi vasta

congregación todos estos años, y el mismo poder ha conservado cerca de mí, huestes de lectores.

Un granjero francés fue acusado de brujería por sus vecinos porque sus cosechas eran demasiado abundantes. Entonces él mostró a sus hijos, que eran muy trabajadores, a sus laboriosos bueyes, su azada y su arado, y dijo: todo esto es mi brujería.

Y bajo la bendición divina, yo atribuyo únicamente la aceptación continua de los sermones al Evangelio que contienen, y a la simplicidad del lenguaje en el que el Evangelio es expresado. Conozco a ciencia cierta que no hay ningún sermón que no haya sido sellado por la mano del Altísimo para conversión de alguna alma. Algunos sermones impresos, distribuidos en sus círculos por los hermanos, han sido medios de conversión hasta de 20 almas. Por los menos me consta de ese número en relación a un sermón en particular; y sin duda, mucho más será descubierto el último día. Esto, en adición, a que centenas de hijos de Dios han sido conducidos a saltar de gozo por su mensaje, hace al autor invulnerable a las críticas y al ultraje.”

Es interesante comentar que la relación de Spurgeon con su editor fue muy cercana y duradera. El segundo hijo de Passmore era ciego, pero aun así asistió al Colegio del Pastor, y se convirtió en pastor bautista.

A las publicaciones no las llamaron ‘Penny Pulpit’ a la usanza de la época, sino ‘New Park Street Pulpit’. Entonces, desde el 7 de Enero de 1855 hasta el año de 1917, se publicó un sermón semanal. Se terminaron las publicaciones debido a la escasez de papel por causa de la Primera Guerra Mundial, la ‘Gran Guerra’ como es conocida en Inglaterra. Esto nos dice que todavía uno veinticinco años después de muerto se seguía leyendo a Spurgeon semanalmente.

Escritos de Spurgeon

El primer libro que publicó Spurgeon se titula *Piedras Lisas Provenientes de Antiguos Arroyos*. Su novia todavía en aquel momento, *Susie*, le ayudó a compilar el material.

A continuación, y buscando una respuesta a quienes le calumniaban, publicó *La Confesión Bautista de Fe de 1689*.

Escribió temprano en su vida un libro de abundantes páginas: *El Santo y su Salvador*. Spurgeon vendió este libro a un editor por cincuenta libras esterlinas, un alto precio en aquellos días. Pero gozó pronto de una venta muy grande y le produjo mucho dinero a su editor. Nunca le dieron ninguna regalía. Passmore no publicó ese libro. A partir de entonces, Passmore se convirtió en el editor único. Joseph Passmore no sólo era un amigo personal de Spurgeon, era también un sobrino del doctor Rippon.

A pesar de que Spurgeon escribió tantos libros, consideraba la escritura 'un trabajo pesado'. Las palabras no fluían con la misma facilidad que desde el púlpito. En relación a su primer libro, *El Santo y su Salvador*, dijo: 'nunca se escribió un libro en medio de un esfuerzo tan incesantemente pesado'.

Como es natural, las mismas críticas de las que era objeto por su predicación, eran recibidas por sus libros. Muchos amigos le recomendaron que dejara la escritura de libros, ya que nunca ganaría éxito como escritor. Sin embargo, continuó escribiendo a pesar del desaliento, "el trabajo pesado", y la "esclavitud" que significaba. Y su perseverancia fue productiva, pues llegó a escribir 135 libros y editó 28 más. Sus libros se siguen publicando al día de hoy. Es conveniente mencionar que hay más libros de Spurgeon reimpressos cien años después, que de cualquier otro autor.

El éxito de Spurgeon como escritor demuestra ser sumamente paradójico cuando uno se da cuenta qué trabajo tan pesado fue la escritura para él. Una vez dijo:

'Es un deleite, un gozo, un arrobamiento, expresar mis pensamientos en palabras que iluminan la mente al momento en que son requeridas, pero es una penosa faena sentarse y gemir buscando palabras sin tener éxito en encontrarlas. Muy a menudo los libros de un hombre son llamados 'sus obras', pues si cada mente humana estuviera constituida como la mía, sería verdaderamente una obra producir un volumen. Nada sino un sentido del deber me ha impulsado a terminar este pequeño volumen, este librito, que ha estado en proyecto durante más de dos años. Sin embargo, a veces, he disfrutado de tal manera la meditación a la que sido inducido por la escritura, que no quisiera

descontinuar la labor de escribir, aunque fuera diez veces más tediosa, fastidiosa; y además, albergo esperanzas de que pueda llegar a ser tan placentero para mí, servir a Dios con la pluma así como lo es servirle con el labio.

Una anécdota curiosa es que a veces Spurgeon recibía crédito por trabajos que él no había hecho, y por los que él no buscaba crédito. Por ejemplo, un tal señor C. M. Spurgeon de Cambridge Heath, Londres, escribió un panfleto titulado “Dónde están los muertos”. Nuestro C. H. Spurgeon recibió muchas cartas al respecto y él tuvo que aclarar que no se trataba de un trabajo suyo.

Los libros clásicos de Spurgeon

Muchas de las obras se volvieron libros clásicos. El espacio impide bosquejar todos los volúmenes que fluyeron de su fructífera pluma. Pero ameritan mención unos cuantos.

Conferencias a mis Estudiantes. Ese libro habla a los ministros de hoy, tanto jóvenes como maduros. El volumen surgió de la compilación de las conferencias semanales sobre el ministerio que Spurgeon dirigía al Colegio del Pastor. Compiladas y publicadas, son reimpresas todavía al día de hoy.

Otro volumen importante de Spurgeon es, *Un Ministerio Integral.* Este volumen también se sigue publicando al día de hoy. Presenta los principios de un ministerio equilibrado, balanceado, un ministerio que el propio Spurgeon ejercía.

Uno de los libros más populares en su época fue *Las conversaciones o pláticas de John Ploughman; o Consejo Sencillo para Gente Sencilla.* Este libro contiene consejos sencillos de tipo casero para los cristianos, sobre multitud de temas. Lo han comparado en estilo, aunque no en inspiración, al Libro de los Proverbios.

El Ganador de Almas, una nueva edición del cual acaba de ser reimpresa por Pilgrim Publications. Spurgeon escribió este libro para ayudar a la gente a tener fe en Cristo.

Otro excelente volumen que salió de la pluma de Spurgeon, referido al Progreso del Peregrino, fue titulado *Alrededor de la Puerta Estrecha*. Charles escribió este libro para ayudar a la gente en el camino de la fe en Cristo. El párrafo inicial dice así: “Grandes números de personas no se preocupan acerca de las cosas eternas. Se preocupan más de sus gatos y de sus perros que de sus propias almas. Es una gran misericordia que seamos conducidos a pensar en nosotros mismos, y cuál es nuestra posición para con Dios en el mundo eterno... Sería algo terrible irse al infierno soñando, y estando allí alzar nuestros ojos y descubrir un gran golfo entre nosotros y el cielo.”

Spurgeon dijo en el prefacio del libro, “tengo ansias de que mis amigos que dudan atraviesen el umbral. ¡Entren! ¡Entren!, es mi invitación anhelante. ¿Por qué razón estás parado ahí?, es mi solemne pregunta.” Este libro es uno de los más fervientes intentos de Spurgeon de llevar a la gente a la fe en Cristo, por medio de la pluma.

Otro libro famoso es *Recuerdos de Stambourne*. Este libro fue escrito poco antes de su muerte. Pinta un hermoso cuadro de sus recuerdos de la niñez. Hoy, Stambourne goza de 299 habitantes.

Creo que todos están de acuerdo en que la obra magna de Spurgeon es *El Tesoro de David*, que recibe las calificaciones más altas como comentario devocional. Le tomó 21 años completar esa obra. Finalmente publicó el último volumen en 1883. Es una de las obras más monumentales acerca de los Salmos jamás lograda. Spurgeon estaba sumamente orgulloso de ella. Hoy se yergue como un monumento al entendimiento práctico que tenía Spurgeon de la Palabra de Dios. Varios asistentes cooperaron con Spurgeon en su elaboración.

También debemos referirnos a *La Autobiografía*. Es una obra respetable, de cuatro volúmenes, que vio la publicación después de la muerte de Spurgeon. Contiene recuerdos personales, correspondencia voluminosa, extractos de sermones, escritos diversos, anécdotas, diarios, y otra cantidad de materiales fascinantes que fueron producto de la propia pluma de Spurgeon. Él tenía la intención de escribir una biografía, pero no logró hacerlo. Su viuda y su secretario publicaron el material. Hoy permanece como la mirada más completa y perceptiva de la vida de Spurgeon.

El Comentario al Evangelio de Mateo. Un excelente y sencillo de ese Evangelio.

Spurgeon tenía proyectado escribir un comentario acerca de Isaías, como lo había hecho con los Salmos, pero murió antes de dar inicio a esa hercúlea tarea.

No debemos olvidar tampoco *La Espada y la Cuchara*, una revista mensual que tocaba temas de actualidad, problemas espirituales, noticias religiosas. En esa revista Spurgeon expresaba su opinión sobre una multitud de temas. Notablemente, fue en *La Espada y la Cuchara* que Spurgeon lanzó el primer reto que precipitó lo que llegó a ser conocido como la Controversia del Declive. Esa revista gozaba de gran circulación, y la cantidad de trabajo de Spurgeon incorporado allí es sorprendente. La revista *La Espada y la Cuchara* ha sido reestablecida bajo los auspicios del Tabernáculo Metropolitano y su pastor Peter Masters.

Spurgeon también produjo una tremenda cantidad de panfletos, artículos, y otras obras. Tenía una pluma muy fructífera. Así, el “zopilote de la literatura,” como sus críticos le llamaban, cavó un nicho en la escena literaria religiosa, convirtiéndose de esta manera en un evangelista para el mundo.

Cuando Spurgeon comenzó la publicación semanal de sus sermones, a la edad de 21 años, poco se imaginaba que había comenzado un ministerio global. Aunque predicó cara a cara a todas las masas en Londres, cada domingo, la congregación del Tabernáculo Metropolitano se vuelve algo infinitamente pequeño en comparación a las multitudes que nunca han visto su rostro o han oído su voz, pero que han sentido el profundo impacto de sus sermones impresos.

Un inglés que murió en Brasil, comentó al momento de su muerte: “nunca veré al señor Spurgeon en la tierra, pero le hablaré de él al Señor Jesús cuando llegue al cielo.”

Cuando se llegó al fin de la publicación de los sermones de Spurgeon en 1917, cien millones de copias de los sermones semanales se habían vendido. Desde esa fecha han sido reimpresos y republicados en un

miríada de formatos de tal forma que el número es incalculable. En una ocasión en particular, un editor recibió una orden para un millón de copias de un solo sermón. En otra ocasión, compraron 250,000 copias de sermones para ser distribuidas a estudiantes de universidades, miembros del Parlamento, reyes de Europa y terratenientes irlandeses.

La distribución mundial de los sermones de Spurgeon desafía la imaginación. Por ejemplo, un hombre de negocios en Australia pagó por la inserción de sermones en unos periódicos. Como compró el espacio, los puso en forma de anuncios. El formato de tipo publicitario captó la atención de la gente.

En la época de Spurgeon los sermones se enviaban en forma cablegráfica a los Estados Unidos. Ya se estaban publicando en diversas ciudades en diversos periódicos, pero las transmisiones fueron intervenidas por competidores, intervención que terminó desfigurando los sermones. Cuando Spurgeon se enteró del hecho, comentó: “los sermones habían sido nuestros, pero llegaban tan golpeados y desfigurados, que no los habríamos reconocido como propios. En el proceso de transmisión los huevos se rompían y su propia vida era aplastada. Preferimos revisarlos y publicarlos nosotros mismos.”

Los sermones de Spurgeon en el mundo

Antes de abordar este tema me gustaría comentar que uno de los principales biógrafos de Spurgeon de nombre Godfrey Holden Pike, autor de una biografía titulada *La Vida y la Obra de Charles Haddon Spurgeon*, da inicio a su muy bien elaborada biografía con las siguientes palabras: ‘Antes de su muerte estaba considerado generalmente como alguien que era siervo de la Iglesia Universal y ciudadano del mundo; pero aunque comandaba el respeto de todas las nacionalidades, probablemente era la raza anglófona la única que podía entenderle perfectamente. Los extranjeros que tenían que conocer al hombre a través de una traducción, no podían darse cuenta plenamente de las mejores cualidades de sus sermones en su vestido original.’

Desde el principio los mensajes de Spurgeon fueron traducidos a diversos idiomas. Por ejemplo, una edición especial alemana fue producida por la Feria del Libro de Leipzig en 1861. Naturalmente en las principales lenguas del continente europeo, lo tradujeron de

inmediato. Hubo traducciones al árabe, al chino, al telegue, hasta 23 idiomas. Un periódico, *El Eco* reportó el 10 de Enero de 1888, que algunos sermones traducidos al ruso, habían recibido un sello de aprobación de la Iglesia Ortodoxa Rusa.

Escribiendo en 1881 al señor Spurgeon, un ministro de San Petersburgo dice:

‘Por sus sermones, etc., usted está teniendo una parte en la gran obra de diseminar el reino de Cristo tanto en San Petersburgo como en el interior. Usted es bien conocido entre los sacerdotes, a quienes les llegan sus sermones traducidos, y es extraño decirlo, sé de casos en los que el Censor ha dado con suma facilidad su consentimiento en cuanto a que sus obras sean traducidas, cuando ha estado muy renuente respecto a otros.’

Otro amigo en la capital rusa se ocupó de circular tantas copias de los sermones traducidos como podía conseguir, siendo los sacerdotes los que tenían mayor avidez por recibirlos.

Otro amigo en Rusia, que escribió en 1880, dice: ‘vine a este país hace cerca de veinticuatro años, y he estado en diversas partes del interior en todo este tiempo... Tengo una esposa y ocho hijos. Les expliqué la obra del Orfanato y le envían de sus ahorros este cheque por la cantidad de. . .

En las partes más remotas del vasto imperio de Zar, las obras del Spurgeon no son solamente conocidas, sino que están promoviendo la iluminación espiritual de la gente de una manera no menos impactante que gratificante.

Un señor Newton de la Misión Bautista Alemana en Varsovia se refiere a lo siguiente: “A todas partes adonde llego me preguntan: ¿Y cómo está el hermano Spurgeon? En muchas de las estaciones misioneras que no pueden sostener a un misionero, sus sermones impresos son utilizados. Creo que usted estará agradecido con el Señor al saber que aquí en Polonia, como en muchas otras partes, muchos de los miembros de la iglesia atribuyen su primer despertar religioso al escuchar la lectura de esos sermones.” Ese mismo escenario se repite en muchas partes del mundo.

Durante muchos años, la circulación semanal de los sermones impresos era de aproximadamente 25,000. Algunas veces este número subía cuando predicaba en ocasiones especiales, o sobre ciertos tópicos. Por ejemplo, el mensaje de Spurgeon 'La Regeneración Bautismal' vendió 350,000 copias cuando fue impreso como folleto. Ya para 1863, se habían vendido 8 millones de copias. A la muerte de Spurgeon en 1892, decenas de millones de copias habían sido producidas. Cuando cesaron de producirse más copias impresas el 10 de Mayo de 1917, el número de copias había llegado a cien millones.

La Influencia de los Mensajes escritos

La influencia de los sermones publicados a veces parece increíble. En una ocasión, Spurgeon aconsejó a una mujer cuyo esposo había abandonado el hogar, y huyó del país. El pastor la exhortó a creer que su esposo sería convertido, y que se volvería un miembro de la iglesia del Tabernáculo Metropolitano. En ese momento, a bordo de un barco, el esposo, se encontró casualmente uno de los sermones de Spurgeon. Leyó la historia del Evangelio y aceptó a Cristo inmediatamente. Regresó a su casa y a su esposa, y unos cuantos meses después, la esposa le presentó su esposo al señor Spurgeon. Ambos fueron miembros de la iglesia.

Una vez, durante un viaje a Oregón, alguien encontró una copia de un sermón de Spurgeon, y le pidió a uno de los pasajeros que lo leyera en voz alta. Prácticamente el contingente entero de pasajeros y algunos miembros de la tripulación se reunieron alrededor del lector. Algún tiempo después, en San Francisco, el lector del sermón se encontró con un hombre que le declaró que le había oído "predicar". "Claro que me acuerdo", -replicó el lector-, "pero yo no soy el predicador, amigo mío". El hombre le relató que le había escuchado leer el sermón aquel día. "Nunca se me olvidó ese servicio; me hizo sentir que era pecador, y he encontrado a Cristo y me da mucho gusto verte nuevamente."

Uno de los eventos más fascinantes, en relación a la lectura de los sermones de Spurgeon, ocurrió en una ciudad de América del Sur. Un ciudadano británico había recibido una sentencia de cárcel de cadena perpetua, por haber cometido un asesinato. Un amigo suyo inglés, le visitó y le dejó dos novelas en inglés. Pero quiso la providencia de Dios

que entre las páginas de una de las novelas, hubiera sido colocado un sermón de Spurgeon. El mensaje influenció tremendamente al prisionero, pues en ese sermón Spurgeon se refería al asesinato de Palmer. El Evangelio presentado en el mensaje le dio al prisionero la esperanza de que, aunque no esperaba salir nunca de la prisión, había llegado a conocer a Cristo como Salvador y experimentaría un día la gran liberación del cielo.

En otra ocasión, en una reunión misionera en Chicago, se hizo una súplica para que un misionero fuera al oeste de los Estados Unidos. En un cierto lugar de la costa oeste de los Estados Unidos, no menos de doscientas personas habían llegado a la fe en Cristo, por medio de la lectura de sermones de Spurgeon, y necesitaban desesperadamente un misionero.

Una mujer de Escocia, bajo convicción de pecado quiso quemar su Biblia y una copia de un sermón de Spurgeon. Dos veces el sermón quedó fuera del fuego. La segunda vez, consumido a medias. Esto despertó la curiosidad de ella, y leyó el fragmento que se había salvado del fuego y se convirtió en ese momento.

Un hombre que cuidaba ganado en una región del campo en Australia, recogió allí en el campo una hoja de periódico. Uno de los sermones que aquel señor, que ya mencionamos, había publicado en la forma de anuncios, estaba allí. El hombre confesó que si hubiera sabido que era un sermón no lo habría leído. Pero viéndolo en el periódico en la forma de un aviso, se interesó, lo leyó, y se convirtió a Cristo.

Una de las ocurrencias más inusuales concernientes a los sermones de Spurgeon, tuvo lugar en Inglaterra. La esposa moribunda de un publicano dueño de una cantina, dio el siguiente testimonio a uno de los evangelistas de Spurgeon: Cuenta el evangelista: ‘se me pidió que fuera a una cantina a ver la esposa del dueño del lugar, que se estaba muriendo. La encontré regocijándose en Cristo como su Salvador. Le pregunté cómo había encontrado al Señor. “Leyendo eso,” replicó, entregándome un pedazo de periódico roto. Lo miré y me di cuenta de que era parte de un periódico de los Estados Unidos que contenía un extracto de uno de los sermones de Spurgeon, que había sido el medio de su conversión. “¿Dónde conseguiste este periódico?” pregunté. Venía envolviendo un paquete que me enviaron desde Australia.” ¡Hablemos

de la vida escondida de una buena semilla! Piensen en eso, un sermón predicado en Londres, enviado a Estados Unidos, impreso en un periódico allí, ese periódico fue enviado a Australia, parte de ese periódico se rompió (como diríamos, accidentalmente) por el paquete enviado a Inglaterra, y después de todos estos avatares, o vicisitudes, llevar el mensaje de salvación al alma de una mujer. La Palabra de Dios no regresará a Él vacía.

Relatos de esta naturaleza pueden continuar indefinidamente. La influencia de los sermones y los miles de convertidos por medio de la lectura de sus mensajes publicados realmente se vuelve increíble.

Los sermones de Spurgeon encontraron una aceptación particular en los Estados Unidos. Decenas de miles de personas esperaban su publicación semanal. Esto duró por varios años, hasta que Spurgeon predicó un sermón en contra de la esclavitud. Como ya se ha señalado, él tomó una posición muy firme en contra de ese despreciable sistema. Por esta razón, la venta de sus sermones, especialmente en el sur de los Estados Unidos, disminuyó dramáticamente. De hecho, Spurgeon fue quemado en la hoguera en los Estados Unidos, bueno, una efigie de él, debido a su posición. Pero siendo un hombre de integridad moral, gustosamente soportó la disminución de las ventas, por su convicción. Constantemente recibía cartas de los Estados Unidos en las que le decían cómo habían tocado sus vidas los sermones. Una vez recibió una carta de Minnesota, donde le comentaban que en un pueblo de 600 habitantes, varias familias estaban suscritas a sus sermones.

Desde Corpus Christi, Texas, recibió una carta de un señor casi sin ninguna educación, de 82 años de edad, contándole cuánto bien hacían sus sermones a los cristianos de Texas.

Spurgeon comentó que un mensaje que había recibido de un leñador en Estados Unidos había sido para él, 'más precioso que un considerable cheque.'

Y como esas anécdotas, podríamos seguirnos indefinidamente. Spurgeon comentaba que él se sorprendía más que nadie por esos hechos, y no encontraba ninguna otra razón fuera de esta: 'los sermones contienen el Evangelio, están predicados en lenguaje sencillo, y esto es precisamente lo que necesitan las multitudes, más

que cualquier otra cosa.' Él daba toda la gloria a Dios y al poder del Evangelio.

Como podrán imaginar, el plagiarismo, la copia, pronto floreció y se volvió común. Muchos oyentes le escribían reportándole que sus sermones eran regularmente predicados por otros. Spurgeon no se molestaba, sino más bien disfrutaba esto. En 1879 dijo: "Tantos han copiado mi estilo, y un número tan considerable ha pedido prestado mi estilo, que entiendo ser el ejemplo ortodoxo más bien que la relumbrante excepción... un estilo más bien antiguo que ha sido tratado como una parte establecida de la vida eclesiástica de esta gran ciudad."

Los sermones de Spurgeon podían ser encontrados en todas partes, y eran a menudo usados casi en todas partes. En las estaciones de trenes en Escocia, los sermones de Spurgeon se vendían lado a lado con los periódicos en los puestos de periódicos. Se dice que dos terceras partes de los hogares de Ulster, en Irlanda del Norte, tendrían una o más copias de los sermones.

Uno de los incidentes más hermosos y positivos de plagiarismo ocurrió en la propia experiencia de Charles. Como ya es de su conocimiento, Spurgeon a veces caía en estados de decaimiento y de depresión. Su depresión era a veces tan profunda que comenzaba a cuestionarse su propia relación con Dios, y si verdaderamente era salvo. Una vez, encontrándose en ese estado, entró a una pequeña capilla para pasar una hora de adoración con la gente congregada allí, sin que nadie de allí, incluyendo el pastor, le conociera. En la gracia de Dios, el pastor predicó uno de los sermones de Spurgeon sobre la seguridad de la fe. Spurgeon, tocado profunda e intensamente, comentó que 'hizo que mi pañuelo se inundara de lágrimas' conforme Dios le hablaba a través del mensaje y le dio plena garantía de la fe. Cuando el servicio concluyó, Charles se acercó al pastor y le expresó cuán profundamente agradecido estaba por el mensaje, y cómo el mensaje había tocado su vida. Entonces el pastor le preguntó su nombre. Pueden imaginarse la turbación que sintió cuando supo que el visitante era Spurgeon. Como Spurgeon advirtió: "el pastor se puso de todos colores." El buen predicador dijo muy tímidamente, "oh, señor Spurgeon, ese era su sermón." Respondió: "yo sé, pero ¿acaso no un acto de gracia que el Señor me alimentara con el alimento que yo había preparado para

otros?” Este incidente nos permite echar un vistazo al carácter del hombre y al poder de sus sermones.

Alexander Maclaren, expositor bíblico y pastor bautista de Manchester, cuenta cómo se leía a Spurgeon en su hogar cada semana. El padre iba cada semana desde la pequeña aldea escocesa donde vivían a una ciudad más grande para hacer las compras. La esposa siempre le decía: ‘que no se te olvide Spurgeon’. Luego lo leían. Y por todas esas noches, no puedo olvidar a Spurgeon.

En realidad había partes remotas de las Islas Británicas y alrededor del mundo, cuyo único vínculo con el mundo exterior era los sermones de Spurgeon. Había lugares donde la gente desconocía los nombres de Gladstone y de Disraeli, pero conocían muy bien el nombre de Spurgeon.

El Presidente de los Estados Unidos, Garfield, ha sido uno de los pocos presidentes que murieron en la Casa Blanca. Cuando su esposa Lucrecia estaba haciendo su triste tarea de reunir las posesiones de su esposo, para empacar todo y abandonar la Casa Blanca, se encontró con una copia de un programa de un servicio en el Tabernáculo Metropolitano. Ella escribió a Spurgeon diciéndole que el descubrimiento había apaciguado su dolor y encontró fuerzas en el recuerdo de que su esposo había sentido consuelo, al igual que ella, cuando asistieron a ese servicio.

Los sacerdotes de todas las denominaciones leían y utilizaban los sermones de Spurgeon. Una vez, en una pequeña capilla de un pueblito, un clérigo de la iglesia de Inglaterra estaba leyendo un sermón, o más bien, predicando de memoria un sermón de Spurgeon. Se vio tan involucrado leyéndolo literalmente, que no se dio cuenta cuando dijo: “y ahora me dirijo a estos cientos de personas en los balcones.”

El Método de Producción

El método por el cual los sermones eran impresos después de su predicación en los servicios, constituye una historia interesante. Comenzó cuando alguien en la congregación tomaba los sermones copiando en escritura corrida. Los sermones eran presentados a

Spurgeon a mano y en borrador, el lunes por la mañana. Spurgeon lo editaba extensamente. Luego se enviaba al editor. Se enviaban a Spurgeon luego las pruebas de galera, nuevamente lo editaba extensamente y lo enviaba al editor para su impresión.

Por supuesto, que inevitablemente se pierde mucho en la publicación de cualquier sermón. La propia personalidad de Spurgeon, su estilo dramático, su voz resonante, etc., dejaban de experimentarse. Sin embargo, Spurgeon editaba los sermones tan bien, que todo el impacto de su personalidad no se quedaba en el suelo del impresor.

Alguien reportó: ‘los sermones de Spurgeon pierden menos de su poder en el proceso de cambio de la palabra *hablada* a la palabra *escrita* que cualquier otro predicador.’ Además, la disciplina de estarlo haciendo, agudizó las habilidades comunicativas de Spurgeon. Por eso siempre predicaba justo lo suficiente para llenar las doce páginas necesarias para la publicación. Eso normalmente implicaba de 40 a 45 minutos.

En Resumen

Se dice que Spurgeon continúa la tradición de Crisóstomo, de quien se comenta que era más probable que el sol dejara de alumbrar Constantinopla, que Crisóstomo dejara de predicar. O de hombres como Bernardo de Claraval, que predicaba tan eficazmente que las madres echaban llave a las puertas de sus casas para que sus hijos no fueran a escucharlo predicar y se fueran al convento con él. Spurgeon predicaba como el gran predicador de la pre-reforma, Savonarola de Florencia, que predicó cerca de 300 sermones sobre el libro de Apocalipsis, y promovió el gran avivamiento florentino, o Juan Huss de Praga, que influenció a los moravos de tal manera que durante el gran avivamiento moravo bajo el liderazgo del Conde Ludwig von Zinzendorf, esparcieron el Evangelio por todo el mundo. En la predicación puede ser contado entre los propios reformadores: Lutero, Calvino, Zuinglio, y muchos otros siguiendo luego con los grandes predicadores puritanos tales como William Perkins de Cambridge, y todos los gigantes del avivamiento puritano. No tiene nada que pedirle al gran George Whitefield. Spurgeon siempre será clasificado históricamente como uno de los distinguidos predicadores de todos los tiempos.

Adicionalmente podemos comentar que probablemente nunca en la historia de la cristiandad, al menos hasta el momento de la vida de Spurgeon, los mensajes de un hombre tocaran a más gente. Y todo eso ocurrió en los días previos a los días de comunicación de las masas, cuando se puede predicar a millones a través de los medios electrónicos. La simple magnitud del ministerio de Spurgeon en su forma escrita y predicada, no tiene paralelo en su día, y en muchos aspectos, en los nuestros. Como dijo el teólogo alemán, Helmut Thielicke: “el suyo fue un milagro de una zarza ardiendo con fuego sin consumirse. Este zarza de la vieja Londres, todavía arde y no muestra signos de ser consumida.”

Capítulo 7

“Su Nombre. . . Era. . . Fiel”

LOS AÑOS DE MINISTERIO EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO

La construcción del Tabernáculo Metropolitano duró casi dos años, y su costo, que había sido estimado en 13,000 libras esterlinas, ascendió a 31,000 libras esterlinas. Spurgeon se las ingenió de todas las maneras posibles para obtener todo el dinero, y lo logró, de tal manera que cuando el edificio fue inaugurado, no había ni una sola deuda.

El primer servicio que se tuvo en un día domingo correspondía al domingo 31 de Marzo de 1861. Spurgeon contaba con solo 26 años de edad, sin embargo, bajo su liderazgo, su congregación había crecido de aproximadamente unas 80 personas, que es el número al que se dirigió cuando llegó aquel domingo de Diciembre de 1853 hasta 6,000 personas. Era la iglesia no conformista más grande del mundo. Ahora ya contaban con un edificio en el que se centrarían las actividades de los miembros de la iglesia, en el que desarrollarían los proyectos, y al que serían atraídas multitudes de personas para oír el Evangelio y entrar en la vida cristiana.

El Tabernáculo estaba admirablemente planeado para satisfacer las necesidades del ministerio de Spurgeon. Spurgeon no aceptó ningún salario a partir del punto en que sus libros y sus sermones comenzaron a venderse tan ampliamente, pero había una caja a la entrada del edificio para ofrendas para el Colegio del Pastor.

Las reuniones de celebración de la apertura del Tabernáculo duraron dos semanas. Las primeras palabras que Spurgeon habló en el nuevo edificio, claramente declaraban su posición doctrinal y su propósito integral:

“Quiero proponer que el tema del ministerio de esta iglesia, mientras permanezca en pie su púlpito y haya congregantes que aquí se reúnan, sea la persona de JESUCRISTO. Nunca me avergüenzo de reconocer que soy CALVINISTA; no dudo en llamarme BAUTISTA; pero si me preguntan cuál es mi credo, respondo, “Es JESUCRISTO”. Mi venerado predecesor, el Dr. Gill, ha legado un cuerpo de doctrina, admirable y excelente. Pero el cuerpo de doctrina al que yo me apego y me adhiero para siempre, con la ayuda de Dios, no es la teología del Dr. Gill ni ningún otro cuerpo de doctrina de hombres. Sino JESUCRISTO que es la suma y la sustancia del evangelio, que es Él mismo toda la teología, la encarnación de toda preciosa verdad, la gloriosa personificación del camino, de la verdad y de la vida.”

Spurgeon invitó a muchos ministros para que se le unieran durante esas dos semanas. Un día fue dedicado a la exposición de ‘Los Cinco Puntos del Calvinismo’ y Spurgeon invitó a cinco pastores diferentes para que cada uno expusiera cada uno de los puntos de la doctrina.

Una de las primeras actividades de la obra fue el bautismo de grandes números de personas y su recepción a la membresía de la iglesia. Un mes después de que el Tabernáculo fue abierto, 77 personas fueron recibidas para el bautismo y membresía de la iglesia; el siguiente mes otras 72 fueron así recibidas, y cuando hubo pasado un tercer mes, 121 personas fueron recibidas. Si guardamos en mente la evidencia de una verdadera conversión que Spurgeon requería –en contraste con los métodos usados con mucha frecuencia hoy día- estas cifras se tornan mucho más interesantes. La membresía, que en el tiempo que Spurgeon llegó a Londres era de 313 personas, pero cuyos miembros activos eran menos de 100, se volvió de 2,000 personas, y sólo había ante ellos una perspectiva de crecimiento.

Hasta ese punto había muchas aseveraciones de que el ministerio de Spurgeon no sería permanente, pero la construcción del Tabernáculo era un testimonio de la solidez de su obra. Ahora todos debían reconocer que Spurgeon había llegado para quedarse. La oposición tendía a desvanecerse, y con el Tabernáculo disminuyó todavía más, y la tendencia a aceptar y a admirar a Spurgeon crecía notablemente. El edificio iba a ser la escena de su predicación, el centro de su vida, y el lugar de milagros multiplicados de la gracia hasta que 31 años más

tarde, como un guerrero cansado y como un siervo fiel, escuchó la voz que lo llamaba a casa.

Como comentario interesante es preciso decir que el lugar elegido para el Tabernáculo, es el sitio donde algunos predicadores puritanos sufrieron el martirio. Un registro antiguo muestra que un número de puritanos disidentes, que sostenían algo parecido a la doctrina bautista, fueron quemados en Newington Butts. Otro registro que data de 1564 relata cómo “tres hombres fueron condenados y quemados allí, por ser Anabaptistas”. Cuando pusieron la primera piedra depositaron allí una jarra de cerámica que contenía una Biblia, La Confesión Bautista de Fe firmada por Benjamín Keach, el Himnario del doctor Rippon, y un programa de las actividades del día.

El Tabernáculo Metropolitano no era, como algunos han supuesto, meramente un centro de predicación altamente popular. No era una iglesia que la gente visitaba desde diversos lugares, y que después de oír un maravilloso ejercicio de oratoria cristiana, regresaban a sus hogares y raramente pensaban en ese lugar otra vez hasta el siguiente domingo por la mañana.

El Tabernáculo era una iglesia muy activa. Había un gran número de organizaciones, que hablando humanamente, habían surgido del ministerio de Spurgeon. Algunas de esas actividades las vamos a considerar en breve, pero había muchas otras prominentes instituciones que sería difícil mencionar. En el jubileo de Spurgeon, es decir, la celebración de sus veinticinco años en Londres, su secretario J. W. Harrald, leyó los nombres de sus instituciones, y sumaron el sorprendente número de 66.

Capítulo 8

“Un Hombre... cuyo Nombre era *Auxilio*”

La Obra Social y Educacional de Spurgeon

Entrenando a Jóvenes Predicadores

En su primer año en Londres, Spurgeon llegó a conocer a un joven llamado Thomas Medhurst. Este joven había hecho pequeños papeles en el teatro y esperaba ganarse el dinero en la actuación. Al escuchar la predicación de Spurgeon fue convertido, y pronto experimentó un tremendo celo para difundir el Evangelio. Comenzó a predicar al aire libre en algunos de los distritos más ásperos de Londres, y al poco tiempo, trajo a dos convertidos a Spurgeon, pidiéndole que los bautizara. Con gran sinceridad expresó su certeza de que Dios le había llamado a Su obra, y declaró su determinación de pasar su vida predicando y ganando almas.

Como muchos jóvenes en aquellos días, la educación de Medhurst era limitada y no tenía mayor cultura ni educación. Sin embargo, Spurgeon creía que era llamado por Dios, y reconociendo que poseía tanto un verdadero celo como un don natural para la oratoria, se sintió con la responsabilidad de ayudarlo. Hizo arreglos para que asistiera a una escuela que era un internado, dirigida por un ministro, y asumió el pago de todos los gastos. Una vez a la semana, Medhurst debía visitar a Spurgeon para una tarde de instrucción en teología y en la obra ministerial en general.

Al poco tiempo, otros jóvenes, movidos por el fervor espiritual de la predicación de Spurgeon, expresaron el deseo de recibir el mismo entrenamiento. Ellos también eran celosos por la obra de Dios y ellos también predicaban en misiones y en escuelas de niños pobres y en las esquinas de las calles, pero estaban urgidos de recibir educación. Ante

esta situación, Spurgeon comprendió que Dios estaba poniendo sobre él una pesada responsabilidad. Él no lo había buscado, pero ahora era evidente que debía fundar y sostener una escuela de entrenamiento ministerial.

Frente a este prospecto, buscó a un hombre que fuera capaz de ser líder de esa institución. Mientras Spurgeon oraba por encontrar ese hombre, otro hombre, George Rogers, que poseía las cualidades requeridas, estaba orando pidiendo los medios para comenzar la tarea a la que sabía que Dios lo había llamado, es decir, la del entrenamiento de hombres para la obra del ministerio.

Rogers era congregacionista y no aceptaba la posición de Spurgeon en cuanto al bautismo de los creyentes. Pero los dos hombres tenían todas las otras doctrinas en común, y llegaron a un acuerdo. Spurgeon formó una institución que llamó “el Colegio del Pastor” y nombró como su director a George Rogers.

Durante los primeros años las clases tenían lugar en la casa de Rogers, y ocho de los estudiantes vivían allí. Spurgeon asumió personalmente toda la responsabilidad financiera, y dependía de los ingresos que generaba la venta de libros y de sermones. Pero muy poco tiempo después que el Colegio comenzó, la venta de los sermones se cayó. Spurgeon estaba dispuesto a vender su vehículo, es decir, su caballo y su carruaje, pero como era su vehículo de transporte, Rogers lo convenció de que no lo hiciera. Entonces, en ese preciso momento, una nota procedente de un banquero le informaba que un donador anónimo había depositado 200 libras esterlinas para el Colegio, y muy poco tiempo después, otras 100 libras esterlinas fueron depositadas en el mismo banco. Estos eventos milagrosos naturalmente aumentaban la fe de Spurgeon y le permitían creer que el Señor proveería.

¿Por qué se redujeron las ventas de sus sermones?

Un joven negro que había escapado de una plantación de esclavos en Carolina del Sur, se encontraba en Inglaterra, dando pláticas sobre sus experiencias. Ese joven negro era un verdadero cristiano, y Spurgeon lo invitó para que visitara el Tabernáculo, lo cual hizo un domingo por la noche y habló públicamente de sus sufrimientos y de su huída.

El asunto de la esclavitud era un tema álgido en los Estados Unidos y estaba conduciendo a la guerra civil, y la invitación de Spurgeon le atrajo muchas críticas. Muchas personas, tanto del sur como del norte de los Estados Unidos le pidieron que definiera su posición sobre el tema, y en respuesta Spurgeon escribió un artículo para una publicación americana.

“Desde lo más profundo de mi alma, detesto la esclavitud... y aunque comparto la mesa de la comunión con personas de todos los credos, sin embargo, con un dueño de esclavos no tengo ninguna comunión de ningún tipo. Siempre que me ha visitado alguno, he considerado mi deber expresarle mi aversión por su perversidad, y preferiría recibir a un asesino en mi iglesia, que a un ladrón de hombres.”

Por supuesto que estos comentarios generaron una tormenta de protestas, especialmente provenientes de los estados del sur. Efigies de Spurgeon fueron incineradas en varios lugares, y sus impresores americanos suspendieron la impresión de sus sermones, y varios periódicos urgían a sus lectores a destruir las copias de sermones que poseyeran, y a suspender cualquier compra en el futuro. Así se vio reducido dramáticamente el ingreso por la venta de sus sermones.

Con el incremento del número de estudiantes, las clases tenían lugar en la Capilla New Park Street, que ahora se encontraba vacía, y los estudiantes dormían en los hogares de los miembros de la iglesia. Posteriormente las clases se trasladaron al Tabernáculo Metropolitano, en el nivel inferior del mismo.

Aunque algunos de los estudiantes procedían de buenos hogares y habían recibido buena educación, la mayoría de los que solicitaban ingreso venían de más pobres circunstancias, y era por ellos por quienes Spurgeon se preocupaba especialmente. Spurgeon buscaba hombres:

- 1)** Que hubieran sentido el llamamiento de Dios para el ministerio.
- 2)** Bajo el efecto de los dos puntos anteriores, que hubieran comenzado a predicar, y se mantuvieran activos en esta actividad durante un tiempo considerable, de preferencia Verdaderamente nacidos de nuevo.

3) Dos años de actividad en la predicación.

Spurgeon enfatizaba siempre que él no estaba tratando de “fabricar predicadores” sino de ayudar a personas que ya estuvieran involucradas en esa obra “para convertirse en mejores predicadores”.

En el colegio, el aprendizaje era un medio para alcanzar un fin: capacitar a los hombres para que fueran poderosos predicadores y fervientes ganadores de almas.

No aceptaba a los estudiantes según su educación o clase social. En algunos casos tenía que enseñar los rudimentos de las letras y hasta aceptaba analfabetos. En 1878 recibió a un estudiante negro del África. Todos los viernes por la tarde Spurgeon daba una conferencia y de esas conferencias surgió el conocido libro *Conferencias a mis Estudiantes. El Arte de la Ilustración y Comentando y Comentarios*. Spurgeon también ponía a improvisar a sus estudiantes. Les daba una palabra y sobre ella tenían que predicar. Por ejemplo, a un estudiante le tocó la palabra Zaqueo. Tenía que ponerse de pie y predicar basándose en esa palabra. El estudiante dijo: “Señor Presidente, hermanos, mi tema es Zaqueo, y es un tema muy apropiado para mí, pues, primero, Zaqueo era de pequeña estatura y yo también lo soy; Zaqueo estaba arriba de un árbol, y yo también estoy; Zaqueo se apresuró a bajarse del árbol, y yo también me apresuro a bajarme.” Y se sentó. Todos los demás estudiantes querían que siguiera predicando, pero Spurgeon dijo: “No, no podría agregar nada a una perfecta pequeña conferencia sin arruinarla.”

El Colegio tenía la Sociedad de Evangelistas de los cuales salieron notables evangelistas, tales como W. Y. Fullerton, y Manton Smith. Los estudiantes también plantaron muchas iglesias. El Colegio asimismo desarrolló una escuela nocturna que proveía educación básica para adultos. Spurgeon desarrolló en esto, algo que el Gobierno Británico adoptó posteriormente. Muchos de los que terminaban la Escuela Nocturna, seguían luego los cursos del Colegio del Pastor. No tenían exámenes, graduación, ni títulos. Debido a eso y que sólo duraba dos años, le llovían muchas críticas. Pero esta escuela tenía un beneficio que las otras no poseían. El Colegio era parte de la vida del Tabernáculo, y la asociación con una iglesia grande y activa proveía una

riqueza de instrucción y un poder de inspiración que no se podía encontrar en ningún otro lado.

Spurgeon tenía un enfoque muy práctico en cuanto al ministerio de sus estudiantes. Cuando las iglesias le pedían recomendaciones, él se metía a fondo en el asunto. Como un ejemplo de hasta qué punto se metía, tenemos este ejemplo: una pequeña iglesia del campo le solicitó una vez un pastor, pero ofrecía un salario ridículamente pequeño. Spurgeon les escribió: “el único individuo que conozco que se adecua a ese salario, es el ángel Gabriel. Él no necesitaría ni salario ni vestidos. Él podría bajar del cielo cada domingo y regresar allá por la noche, por lo tanto, yo les aconsejo que lo inviten.”

Charles mostraba el mismo enfoque pragmático con sus estudiantes. Una vez le dijo a uno de sus estudiantes que estaba listo a partir hacia su primer pastorado:

“Quiero que tengas una operación antes de que te vayas. Voy a sacarte uno de tus ojos, voy a taponear uno de tus oídos, y voy a poner un bozal en tu boca. También te voy a conseguir un traje nuevo antes de tu partida, y debes decirle al sastre que en el saco te haga un bolsillo sin fondo. ¿Entiendes mi parábola? ‘Pienso que sí, señor’ replicó el estudiante, ‘pero me gustaría oír su interpretación.’ Bien, habrá muchas cosas en tu gente que tendrás que ver con un ojo tapado, y tendrás que escuchar muchas cosas con un oído tapado, mientras que a menudo estarás tentado a decir cosas que sería mejor no decir, entonces, recuerda el bozal. Después, todo el chisme que oigas en tu labor pastoral, ha de ser colocado en el bolsillo sin fondo.

Asilos y Hospicios

El Colegio del Pastor era para Spurgeon ‘el primogénito y el más amado’ de sus proyectos. Pero los demás le seguían muy de cerca. El doctor John Rippon, un pastor de la Capilla New Park Street de tiempo atrás, había comenzado una obra para ayudar a viudas necesitadas. Construyó un edificio en el que vivían gratuitamente, y Rippon les daba a cada una, una cantidad semanal.

Esta obra estaba activa cuando Spurgeon vino a Londres. A él le dio gusto continuarla, pero cuando se inauguró el Tabernáculo, se hizo

necesario trasladar a las personas a un edificio más cercano y más conveniente. Así que comenzó un proyecto de construcción de un nuevo edificio. Al mismo tiempo que se construía este edificio, Spurgeon estaba construyendo otra institución más grande: un orfanato.

La idea de un orfanato surgió de la siguiente manera: en el verano de 1866, en una reunión de oración, Spurgeon dijo: “queridos amigos, nosotros somos una iglesia grande, y deberíamos estar haciendo más por el Señor en esta gran ciudad. Quiero que esta noche le pidamos *que nos envíe una nueva obra*; y si necesitamos dinero para llevarla a cabo, oremos para que *también nos envíe los medios*.”

Unos cuantos días después Spurgeon recibió una carta de una tal señora Hillyard, expresando que tenía unas 20,000 libras esterlinas que querría dedicar al entrenamiento y educación de niños huérfanos. La señora Hillyard era una viuda de un clérigo de la iglesia de Inglaterra que nunca había oído hablar de Spurgeon. Ella le pidió a un amigo (que no era un admirador particular de Spurgeon) que le recomendara a alguien, una figura pública totalmente confiable, en cuyas manos ella pudiera depositar su dinero para que fuera usado a favor de niños huérfanos, y este amigo de inmediato respondió: Spurgeon. Ella no había conocido nunca al famoso predicador, pero al oír esa recomendación, de inmediato le escribió.

Después de intercambiar alguna correspondencia, la señora le pidió a Spurgeon que fuera a verla. Spurgeon se hizo acompañar de un diácono. Conforme se acercaban a la dirección señalada, se dieron cuenta de la pobreza de las viviendas de la zona, que no sugería que algún ocupante de ellas poseyera esa suma de dinero. Así que cuando los dos hombres se reunieron con la señora Hillyard, Spurgeon le dijo:

“Hemos venido, señora, en relación a las doscientas libras esterlinas que usted mencionó en su carta.”

“¿Doscientas?” replicó ella. “Quise decir veinte mil.”

“Oh, sí, usted escribió veinte mil”, dijo Spurgeon, “pero yo no estaba seguro si habría algún cero de más por error”.

Spurgeon trató de no aceptar el dinero. Primero le sugirió que diera el dinero a parientes suyos, miembros de la familia, pero ella le garantizó que no estaba pasando por alto a nadie. Entonces Spurgeon le sugirió que le diera el dinero a alguien como George Müller, y le habló de la gran obra que Müller estaba desarrollando en Bristol a favor de los huérfanos. Pero la señora Hillyard permanecía firme en su decisión de dar el dinero a Spurgeon para que lo usara con los huérfanos, y expresó su certeza de que muchas otras personas querrían ayudar sin duda.

Spurgeon y el diácono, de regreso de su visita se acordaron de la oración de la reunión de oración. Dios había respondido su petición y les había dado tanto el proyecto como los medios para desarrollarlo.

Spurgeon comenta de una ocasión cuando él y un amigo pastor estaban visitando a un tercer amigo. Spurgeon declaró su confianza de que Dios satisfaría las necesidades del orfanato. Su amigo estuvo de acuerdo, y mientras hablaban llegó un telegrama anunciando que un donador desconocido acababa de enviar a Spurgeon 1,000 libras esterlinas para este proyecto.

El concepto usado por Spurgeon era el de construir casas individuales pero unidas entre sí, formando una sola fila, que albergaban cada una a catorce niños, bajo el cuidado de una señora que actuaba como madre de los niños. Se enfatizaba la disciplina, la educación normal y la educación cristiana. Spurgeon pensaba en todo, pues incluso les construyó una alberca.

Diez años después de haber construido el orfanato para niños, construyó otro para niñas. Spurgeon conocía virtualmente a todos los niños por nombre, y siempre tenía un centavo para cada uno de ellos. Siempre visitaba a los niños que se encontraban en la enfermería. Los niños llegaban de todas las denominaciones. Había blancos y negros, judíos y gentiles, anglicanos, presbiterianos, congregacionalistas, católicos, cuáqueros y bautistas.

El asilo y los orfanatos eran el fruto del cristianismo, y se destacaban en agudo contraste con la falta de tales instituciones entre los incrédulos. Inglaterra tenía en aquel entonces Sociedades de Libre Pensadores y Asociaciones Agnósticas, pero esas agrupaciones no hacían nada para ayudar a los pobre y a los que sufrían. Ellos se esforzaban por

denunciar al cristianismo, pero desconocían todo lo relativo a la abnegación por causa del necesitado.

El Ministerio de los Colportores

En Agosto de 1866, Spurgeon escribió un artículo en *La Espada y la Cuchara*, acerca de la necesidad de combatir el error teológico que se estaba filtrando a lo largo de la comunidad cristiana a mediados del siglo diecinueve. El artículo sugería que uno de los mejores medios de combatir la herejía, sería la distribución de literatura cristiana sana.

Casi inmediatamente, un miembro de la congregación del Tabernáculo ofreció una cantidad sustancial de dinero para el establecimiento de una sociedad de Colportores. Spurgeon se regocijó ante esta rápida respuesta a su sugerencia. El tres de Septiembre del mismo año, en una reunión de amigos que había sido convocada para considerar ese ministerio, formaron una asociación “para extender la circulación de las Escrituras, y crear la difusión de la sana literatura religiosa, para contrarrestar los males surgidos de la lectura de obras de una decidida tendencia católica.” Esto dio nacimiento a la Asociación de Colportores del Tabernáculo Metropolitano.

En sus inicios, había sido diseñada para operar primordialmente como una asociación bautista. Sin embargo, conforme la obra creció, se hizo obvio que tenía que ser ampliada, y los rangos de Colportores deberían incluir miembros de diversas denominaciones. El único requerimiento básico era que fueran hombres de probado carácter cristiano y que sostuvieran firmemente las doctrinas evangélicas del cristianismo ortodoxo. La mayoría de los Colportores eran predicadores. Spurgeon describió su trabajo como “uno de los medios más baratos y más eficaces de esparcir la luz del Evangelio en los lugares más oscuros.” Se suponía que de las utilidades de las ventas tenían que mantenerse. Pero no siempre sucedía así. Entonces algunos amigos cristianos se comprometían con suscripciones de cuarenta y cinco libras esterlinas por año. Era un ministerio que abría la puerta para otras actividades como lectura de la Biblia, oración en grupo, predicación y enseñanza. Se tenía una conferencia anual y Spurgeon normalmente hablaba en esas conferencias, dando su apoyo y bendición. Cuánta gente fue traída a la fe en Cristo y cuántos cristianos fueron edificados en la fe por la fiel labor de los Colportores desafía la imaginación. Ellos cubrieron todo el

país, de casa en casa, compartiendo el Evangelio. Dios bendijo tremendamente la obra.

La Espada y la Cuchara

La Espada y la Cuchara era una revista que se publicaba en forma de volante cada quince días, y era un registro para combatir con el pecado y laborar para el Señor. En el prefacio del primer número, Spurgeon afirma: 'Cuando Israel peregrinaba en el desierto, todo el pueblo plantaba sus tiendas alrededor del arca del Señor, y hacían del lugar santo su centro común; sin embargo, cada tribu se distinguía por su propio estandarte, y marchaba bajo la conducción de sus principales jefes. De la misma manera, en la iglesia de Dios, nuestro Señor Jesús y la común salvación son el punto central alrededor del cual se reúnen los creyentes, pero no se pueden desechar los estandartes de las asociaciones peculiares de cristianos. Nosotros sentimos la necesidad de levantar un estandarte por causa de la verdad, y con un corazón esperanzado lo hacemos hoy.

Nuestra revista tiene por objetivo reportar los esfuerzos de aquellas iglesias y asociaciones que están más o menos íntimamente conectadas con la obra del Señor en el Tabernáculo Metropolitano, y abogar por aquellas doctrinas y orden eclesiástico que son recibidos con certeza por nosotros. Sentimos que necesitamos algún órgano de comunicación en el que los muchos planes para la gloria de Dios puedan ser presentados delante de los creyentes, y recomendados para su ayuda. Nuestro mensaje mensual será un suplemento de nuestro sermón semanal, y nos permitirá decir muchas cosas que estarían fuera de lugar en un sermón. Informará al público en general acerca de nuestros movimientos y mostrará nuestra simpatía con todo lo que sea bueno en toda la iglesia. Los muchos ministros que estudiaron en nuestro colegio serán nuestros ayudadores o asistentes para mantener una variedad y frescura en los temas, y sus rebaños, así confiamos, recibirán una bendición por medio de sus conmovedoras palabras. Nuestro primordial objetivo es prestar un servicio práctico, y motivar a otros a que se ejerciten activamente. Nuestra principal meta será despertar a los creyentes a la acción, y sugerirles planes por los cuales el reino de Jesús pueda ser extendido. Produciremos dos volantes de una página cada uno por mes, adecuados para una distribución general, y tan baratos, que puedan ser comprados en grandes cantidades.

Imprimiremos bosquejos de sermones y pláticas de la escuela dominical. Daremos sugerencias en cuanto a métodos de utilidad, y nos esforzaremos en ayudar a todos los obreros de la viña del Señor por todos los medios a nuestro alcance. ¡Que el Señor de los ejércitos corone nuestros esfuerzos con el éxito!”

La Sociedad de Ayuda a los Pastores

Otro proyecto asumido por el Tabernáculo Metropolitano era el de la Sociedad de Ayuda a los Pastores, que emergió en conexión con el fondo del libro de la señora de Spurgeon. Este aspecto del ministerio provino por la generosidad de amigos que daban donaciones de dinero y de ropa para ayudar a los ministros pobres que sufrían estrechez económica por enfermedad o por otras circunstancias de la vida. Esta sociedad beneficiaba a muchos pastores. Los pastores en los días de Spurgeon estaban seriamente mal pagados. Muchos vivían al borde de la pobreza. Pero muy raramente se escuchaba alguna queja.

El Fondo de Libros

La señora Spurgeon oraba fervientemente pidiendo una oportunidad para servir a Cristo. Ella fue guiada por el Señor para que estableciera lo que se convirtió en un aspecto central e importante del ministerio del Tabernáculo Metropolitano: el Fondo del Libro.

Este ministerio tuvo un comienzo providencial, al igual que la mayoría de las empresas de benevolencia. En el verano de 1875, el señor Spurgeon completó su primer volumen de las *Conferencias a mis Estudiantes*. Entonces él le regaló una copia a Susana y le preguntó qué opinaba del libro. Después de leerlo cuidadosamente, Susana declaró que le encantaría poner una copia en las manos de cada uno de los ministros de Inglaterra. De manera muy casual Spurgeon preguntó: “¿entonces, por qué no hacerlo?” A lo que Susana respondió sin dudar un instante: “¿cuánto aportarás tú?” Esto promovió una idea y Susana oró mucho acerca de ella para que Dios la guiara en la materia. De pronto se le ocurrió que el dinero necesario para lanzar un proyecto así, estaba en posesión de ella. Susana tenía el hábito de poner en una alcancía cada moneda que llegaba a sus manos. Contó las monedas y el dinero cubriría exactamente el costo de enviar cien copias de las

Conferencias. “En ese instante” –nos cuenta ella- “aunque yo no lo sabía, fue inaugurado el Fondo del Libro.”

Entonces Spurgeon publicó en la revista *La Espada y la Cuchara* que una copia sería enviada a 100 ministros bautistas. La demanda fue tan grande que la señora Spurgeon se vio obligada a enviar cien copias adicionales. Pero ya no tenían dinero. Entonces, en el siguiente número de la revista, Spurgeon dio a conocer la necesidad de dinero. Entre otras cosas decía: “¡algunos de los solicitantes afirman que no han podido comprar un nuevo libro desde hacía diez años! ¿Se pregunta alguien por qué los predicadores son tan insípidos?”

La Sociedad de Préstamos de Folletos: ‘La Roca’

Esta organización hacía préstamos de copias de los sermones de Spurgeon a aquellas personas que vivían en aldeas aisladas en Gran Bretaña. Muchos hogares eran alcanzados de esta manera y muchas vidas fueron transformadas por medio de esta significativa obra.

El Fondo para los Pobres del Tabernáculo

Esta obra del Tabernáculo se enfocaba a ministrar a sus propios miembros. Distribuía alimentos y bienes a los miembros pobres de la iglesia. La obra creció y Dios bendijo el esfuerzo hasta el grado que repartían alimentos y bienes por un total de 4,000 libras esterlinas anualmente a la gente necesitada.

La Sociedad de Damas Bienhechoras

Esta obra fue formada en el espíritu de Tabita, o sea, Dorcas. “Había entonces en Jope una discípula llamada Tabita, que traducido quiere decir, Dorcas. Esta abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía.” Un grupo de señoras se dedicaba a la confección y distribución de ropa para los pobres.

La Sociedad de Maternidad

Esta obra tenía el propósito de ayudar a las mujeres embarazadas que eran pobres en Londres.

La Sociedad para Vestir los Ministros Pobres

Esta faceta del ministerio de Spurgeon, como su nombre lo indica, suministraba vestidos para los pastores pobres. Charles servía como presidente de la sociedad, como lo hacía en casi todas las obras sociales. Uno puede imaginarse cuán apreciada se volvió esta obra.

Otras Obras

Otras obras fueron: la “Misión de las Flores”, comenzada en 1877. Se enviaban flores desde el campo, damas jóvenes hacían arreglos de ellas y las llevaban a los hospitales. “La Misión Bautista del Campo”. Esta misión enviaba a jóvenes a predicar y a evangelizar a aldeas del campo con miras a comenzar nuevas iglesias. Para los ciegos, Spurgeon tenía “la misión para ciegos del señor Hampton”. Esta obra consistía en una escuela dominical para niños ciegos que se complementaba con una ceremonia para tomar el té el domingo por la tarde, para todos los ciegos que quisieran asistir. Normalmente, 200 ciegos y sus amigos se reunían para tomar el té. “La Misión de las Madres del señor Thomas”. Obra que estaba destinada para las mujeres pobres. Una obra llamada “Sociedad para la obra misionera foránea y local, de la señora Evans”, hacían cajas para enviar ropa a los misioneros en el extranjero así como a los pastores pobres.

La variedad de los ministerios sociales del Tabernáculo Metropolitano, parecía no tener fin. Era una iglesia que trabajaba. Y Spurgeon se entregaba de lleno, no sólo a sus propias organizaciones, sino a otras también. Por ejemplo, daba conferencias donde se le solicitara válidamente. Daba consejos cristianos sobre cómo vivir. En fin, era incansable.

Capítulo 9

“El Intérprete”

Ministerio de Madurez

Luz y Sombra

A partir de los últimos años de la década de 1860, la vida tanto para Spurgeon como para su esposa se volvió una mezcla de gozo del Señor y del sufrimiento de la enfermedad. La precaria salud de Spurgeon fue causada en gran medida por la tremenda cantidad de trabajo que procuraba hacer y la carga de responsabilidad que constantemente enfrentaba.

Vamos a recordar en este punto, algo que ya comentamos anteriormente, pero que vale la pena repetir, para que nos conduzca a la reflexión de qué estamos haciendo nosotros por la obra del Señor:

Domingo: Por la mañana y la noche, New Park Street
Por la tarde, discurso en la escuela dominical.

Lunes: Mañana, Capilla de Howard Hinton.
Tarde, New Park Street
Noche, New Park Street

Martes: Tarde, Leighton
Noche, Leighton

Miércoles: Mañana, Capilla de Sion, Whitechapel
Tarde, Capilla de Sion, Whitechapel

Jueves: Mañana, Dalston
Noche, New Park Street, predicación

Viernes: Mañana, Capilla del doctor Fletcher
Noche, Capilla del señor Rogers, Brixton.

Sábado: Por la tarde, preparación de los sermones del domingo.

A esto hay que agregar los libros que escribía, los artículos que escribía para la revista: *La Espada y la Cuchara* y todos los demás proyectos. ¿Por qué tanto trabajo? Spurgeon sentía una verdadera carga por los hombres perdidos sin Cristo.

Además, es sabido que leía un promedio de seis libros por semana. Así, acumuló una biblioteca personal de unos 30,000 volúmenes. Cuando el College William Jewell de Liberty, Missouri, adquirió la biblioteca de Spurgeon, a comienzos del siglo veinte, sólo quedaban unos cinco mil o seis mil volúmenes. Aunque no se puede verificar esto, puede suponerse que después de la muerte del pastor Spurgeon, su viuda envió muchos de sus propios libros a pastores pobres a través de la agencia del Fondo del Libro. Además, el propio Spurgeon donó unos 5,000 volúmenes a los estudiantes del Colegio del Pastor.

En una carta escrita a su madre el 20 de Junio de 1881, dijo:

“Me siento bastante bien, pues la semana pasada prediqué cuatro veces, hablé en cuatro reuniones públicas, participé en cuatro reuniones de oración, una santa cena y una larga reunión de comité, y además di una conferencia.”

Esto lo condujo a buscar un ayudante que pronto encontró en su hermano James, que había estudiado en un seminario: Regent's College, y había ejercido un pastorado durante ocho años. Tenían las mismas convicciones doctrinales y prácticas evangelísticas. James era un excelente hombre de empresa y se convirtió virtualmente en el contralor de todas las empresas de Spurgeon. También se rodeó de un excelente cuerpo de diáconos y de ancianos. Los diáconos se encargaban de las cosas materiales: las finanzas y los aspectos físicos del Tabernáculo. Las responsabilidades de los ancianos consistían especialmente de asuntos espirituales, y a cada uno de ellos se le asignaba un determinado número de miembros que debía visitar y

sobre quienes debía tener un permanente interés espiritual. Spurgeon ya no podía hacerlo personalmente por el tamaño de la membresía.

Charles tenía también un valioso colaborador y secretario personal, el señor John Lewis Keys. El trabajó con Spurgeon como su asistente literario durante veinticinco años. Este señor fue de valiosísima ayuda para Spurgeon en la producción del *Tesoro de David*, el monumental comentario sobre los salmos. Este señor hacía las investigaciones en el Museo Británico, y en diversas bibliotecas de contenido teológico. Spurgeon constantemente mencionaba la ayuda que le proporcionaba el señor Keys. Todas las publicaciones de Spurgeon desde el año de 1867 hasta el año de 1891 pasaron por las manos. Él leía todas las pruebas de los sermones, de la revista *La Espada y la Cuchara*, de los almanaques y de los múltiples libros que fueron publicados durante ese productivo período. Este señor era un escritor él mismo, y desarrollaba una labor evangelística y pastoral.

Spurgeon contaba también con otro secretario, el señor Joseph Harrald. Él, asimismo, fue un obrero fiel y dedicado que ayudó mucho a Spurgeon. Spurgeon se refería a él continuamente, dándole las gracias por su ayuda invaluable. Harrald colaboró con la esposa de Spurgeon para publicar los cuatro volúmenes de la clásica *Autobiografía* que fue publicada después de su muerte.

Por esta época cayó enferma la esposa. Fue operada por el doctor Sir James Simpson, el descubridor del cloroformo, un devoto cristiano. La operación fue considerada un éxito, pero tal vez debido a la falta de conocimiento médico en aquellos días, su recuperación fue muy lenta y permaneció en un estado de semi-invalidez.

En una carta a su tía, Spurgeon comentaba: “hoy mi esposa está muy, muy enferma. Es muy turbador presenciar sus dolores. Pocos sufren como ella lo hace, y en cuanto a paciencia sobrepasa a todos los que he conocido. Ella vive muy cerca de Dios. Yo me siento entristecido pero a la vez encantado cada vez que la veo.”

En otra ocasión escribió: “mi amada esposa ha estado peor que nunca durante los últimos diez días. Todo está mal dentro de su cuerpo.” Susana una vez se quebró una costilla de tanto toser tan fuerte. Spurgeon comentó: ‘toser puede ser un asunto muy serio’.

La enfermedad de Susana constituía un constante dolor de cabeza para Charles. Como buscaba ser de ayuda y consuelo para ella en sus problemas, a menudo hacía la pregunta: “¿qué puedo traerte, cariño?” Un día ella replicó jocosamente: “me gustaría un anillo de ópalo y un pinzón real canoro.” Spurgeon la miró muy sorprendido, y le dijo: “ah, tú sabes que no puedo conseguirte esas cosas.” (Estamos hablando de un ave con plumaje de color rojo oscuro en la cara, pecho y abdomen, ceniciento en lo alto de la cabeza y del cuello, pardo rojizo en el lomo, verde amarillento en la rabadilla, negro en la frente, pardo a dos franjas transversales, una blanca y una amarilla en las alas, y negro con manchas blancas en la cola. Abunda en España). Spurgeon y su esposa bromearon acerca de esta solicitud varias veces durante los siguientes días. Pero un jueves por la noche, no mucho tiempo después, Charles regresó del Tabernáculo Metropolitano y le mostró a su esposa una diminuta cajita. Ella la abrió con mucha curiosidad, y encontró un hermoso anillo de ópalo, que él colocó en su dedo. Naturalmente, Susana quería saber de dónde había sacado el anillo. Él le contó que una dama anciana, a quien había visitado cuando estaba enferma, había enviado una nota al Tabernáculo preguntando si alguien podía visitarla porque tenía un pequeño presente que deseaba entregarle al pastor. El secretario privado de Spurgeon visitó a la señora y recibió el anillo. En verdad, la benignidad de Dios resplandecía sobre ellos aun en sus dificultades. Pero aún hay más. No mucho tiempo después, Susana viajó a Brighton. Unos pocos días después, Charles fue a visitarla. Cuando entró llevaba con él una caja con una cubierta. Cuando le quitó la cubierta, descubrió que era una jaula que contenía un hermosísimo pinzón real. Uno puede imaginar la sorpresa y gozo cuando vio que su segundo deseo había sido concedido. Después que Susana se había ido a Brighton, Charles fue a ver a un amigo moribundo. Después de orar con el afligido matrimonio, la señora de la casa le dijo: “quiero que le lleve un pajarito a la señora Spurgeon. No se lo quiero dar a nadie sino a ella. Sus cantos resultan ser demasiado para mi pobre marido en su débil estado, y yo sé que le va a interesar y a divertir a la señora Spurgeon en su soledad cuando usted está lejos de ella.”

A pesar de la enfermedad de la esposa, Spurgeon procuraba mantener tan activa su agenda como siempre. Pero eso resultaba imposible, y pronto se vio forzado a guardar cama, muy enfermo. Y aquí comienza

su etapa de enfermedad que le permitía trabajar durante varios meses pero luego volvía a caer enfermo. Al poco tiempo le dio viruela, y luego sufrió de un muy severo ataque de gota. De este ataque particular no comentó nada, pero de uno que le vino en 1871, escribió en una carta a su congregación, un relato descriptivo. Esto nos permite adentrarnos en el tipo de sufrimientos que experimentaba.

‘Queridos amigos: el horno todavía resplandece a mi alrededor. Desde la última vez que les prediqué, he sido abatido profundamente; mi carne ha sido torturada por el dolor y mi espíritu ha sido postrado con depresión. Sin embargo, en todo ello veo y me someto a la mano de mi Padre... Con alguna dificultad escribo estas líneas en mi cama, mezclándolas con gemidos de dolor y cánticos de esperanza.’

En algunas personas la gota causa irritabilidad, pero en el caso de Spurgeon iba acompañada de depresión de una naturaleza muy severa. En esta ocasión permaneció alejado del púlpito durante siete semanas. Cuando regresó reportó algo por lo que había pasado.

La enfermedad que afligió a Spurgeon con mayor severidad fue la de la gota, una condición que a veces produce un dolor insoportable. Lo que puede ser diagnosticado con claridad como gota, le vino a Spurgeon en 1869, cuando contaba con 35 años de edad. Por el resto de su vida estuvo incapacitado por semanas o inclusive durante meses casi cada año, debido a diversas enfermedades. El espacio no nos permite elaborar una crónica ni siquiera abreviada de sus sufrimientos físicos. Alguna apreciación de ellos nos llega de un artículo de *La Espada y la Cuchara* en 1871: “Es una gran misericordia poder cambiarse de lado cuando uno está acostado... ¿Alguna vez estuvieron acostados durante una semana sobre un solo costado? ¿Alguna vez intentaron darse vuelta sólo para descubrir que no podían hacerlo? ¿Alguna vez los tuvieron que levantar otras personas, que por amabilidad les comunicaron la dolorosa conclusión que tenían que levantarlos otra vez y regresarlos de inmediato a la posición anterior, pues aunque hubiera sido muy mala, era preferible a cualquier otra?... Es una entrañable misericordia poder dormir por lo menos una hora en la noche... Cuán grande misericordia he recibido cuando sólo una rodilla me tortura a la vez. ¡Qué bendición poder poner otra vez el pie en el suelo, aunque sólo sea por un minuto!”

Algunos meses más tarde Spurgeon describió en un sermón, una experiencia durante ese período de aflicción: “hace algunos meses, cuando estaba siendo atormentado por el dolor, a tal punto que no podía soportarlo sin gritar, le pedí a todos los que me rodeaban que abandonaran la habitación, y que me dejaran solo; y luego no tenía otras palabras que decirle a Dios excepto éstas: “Tú eres mi Padre, y yo soy tu hijo; y Tú, como un Padre, eres tierno y lleno de misericordia. Yo no podría soportar ver que mi hijo sufriera como Tú me haces sufrir, y si yo lo viera que está siendo atormentado como yo lo estoy siendo ahora, haría lo que pudiera para ayudarlo y lo abrazaría para sostenerlo. ¿Todavía se agravará sobre mí tu mano, y no tendré una sonrisa de Tu rostro?”... Así supliqué, y luego me atreví a decir, cuando estaba en silencio y los que me cuidaban regresaron a la habitación: ‘a partir de este momento no tendré un dolor tan agudo, pues Dios ha escuchado mi oración.’ Bendigo a Dios porque vino la calma y el dolor que me atormentaba no regresó nunca.” Él se refería frecuentemente a este incidente, aunque es imposible saber si la gota no volvió a ser nunca tan extremadamente dolorosa como lo fue durante ese episodio.

Spurgeon se encontraba todavía muy débil y necesitaba un considerable período de reposo. Eso no era posible si permanecía en Inglaterra, por lo que, antes de que llegara el invierno se fue a Italia. La señora Spurgeon no se encontraba bien y no pudo viajar. Visitó muchos lugares y en el viaje de regreso pasó por Mentone, en Francia, lugar que lo cautivó. Escribió al respecto: “está calculado para hacer saltar con salud a un enfermo.” A partir de ese momento regresó casi cada año. Fue allí donde murió en 1892.

Durante su vida realizó veinte viajes a Mentone, en la Riviera Francesa. Cuando llegaba a su hotel favorito, el Hotel Beau Rivage, comentaba: “Ah, ahora me siento en casa.” Una vez, un organista estaba tocando fuera del hotel, y no le había ido muy bien. Spurgeon le pidió que le prestara el órgano por un momento, y se puso a tocarlo. Luego pasó su sombrero y logró recoger una buena cantidad de dinero y se lo dio al organista.

Spurgeon llegaba acompañado siempre de varios amigos, que incluían a su editor el señor Joseph Passmore y su secretario J. W. Harrald. El hotel disfrutaba de una atmósfera hogareña e incluso se tocaba una campana a la hora de la oración en familia. Asistía también mucha

gente de los hoteles vecinos a esta reunión de oración, que naturalmente dirigía Spurgeon. Daba una breve exposición de las Escrituras, y luego venía la oración. Asistía gente de todas las denominaciones. El día domingo por la tarde había un servicio de Santa Cena. Dependiendo de su salud, Spurgeon predicaba. A veces también lo hacía en la Iglesia Protestante Francesa de Mentone.

En una ocasión iba bajando unas escaleras de mármol, se resbaló y se cayó dando dos tumbos. En ese accidente perdió dos dientes delanteros. El describió toda la situación como odontología sin dolor.

En relación a la enfermedad, y para no alargar más el tema, hay una anécdota muy interesante que ocurrió con uno de sus vecinos: había tenido que guardar cama por un buen tiempo con un prolongado y doloroso ataque de gota. Después de que se sintió un poco mejor, salió a dar un paseo en su carruaje, para distraerse un poco y esperando fortalecerse. Uno de sus vecinos se aproximó al carruaje, y señalando a la mano y al pie de Spurgeon, que estaban vendados, dijo con escarnio y menosprecio: ‘el Señor al que ama, disciplina. Yo no quisiera tener un Dios así.’ Spurgeon sintió que le hervía la sangre de indignación. Luego le respondió: “yo me regocijo de tener un Dios como este; y si me castigara mil veces más duramente que esto, todavía lo amaría; sí, aunque Él me matara, en Él esperaré.” Tal era la victoriosa actitud de Spurgeon en conexión con su deteriorada salud.

En vista de la propia prolongada enfermedad de Spurgeon, es difícil creer que muchas personas estaban convencidas que poseía el don de sanidad. Incluso algunos de sus biógrafos incluyeron capítulos titulados “Maravillosa o Sorprendente Sanidad.”

La idea comenzó durante la epidemia del cólera. Como se ha mencionado, Spurgeon visitó muchos hogares donde prevalecía la peste, y allí oraba que el enfermo fuera curado. En diversas ocasiones, en alguien que parecía muy cercano a la muerte, la enfermedad se detenía, y muy pronto la salud regresaba. La gente estaba segura de que esto era el resultado de la oración. Se hablaba de cientos de personas que atribuían la extensión de sus vidas al efecto de las oraciones personales de Spurgeon. Sus biógrafos dan ejemplos específicos de lo que consideraban curación como resultado de las oraciones de Spurgeon. El asunto ya se estaba convirtiendo en una superstición, y él

se vio obligado a derrumbar esas impresiones falsas y extravagantes. Mencionaba el asunto desde el púlpito, y censuraba las teorías de los extremadamente entusiastas. Spurgeon declaraba que el tema de la curación divina era un misterio para él. Él decía que oraba por la enfermedad tal como oraba por cualquier otra cosa, y que, en algunos casos, Dios respondía con una curación, mientras que en otros, por razones más allá de nuestro entendimiento, permitía que el sufrimiento continuara.

Capítulo 10

“Yo soy uno cuyo nombre es Valiente por la Verdad.”

La Controversia del Declive

En 1887, Spurgeon publicó una serie de artículo denunciando la teología liberal en su revista *La Espada y la Cuchara*. Los artículos declaraban que “la nueva teología” había puesto a la Iglesia en una posición de “declive”. Esos artículos se convirtieron en la chispa que encendió la tormenta de fuego que barrió a la Iglesia Bautista. Pero las raíces de la Controversia del Declive se remontan algunos años antes del propio despegue de la controversia en 1887. En realidad, varios eventos culturales, filosóficos y científicos que ocurrieron en la Inglaterra victoriana jugaron un rol preliminar. Crearon un clima general que demostró ser propicio para la recepción de la “nueva teología”.

Darwinismo

Un factor significativo en la preparación del escenario para la Controversia del Declive, fue la publicación del libro de Darwin *El Origen de las Especies*. Este libro que hiciera época, hizo sentir su impacto revolucionario en círculos filosóficos, así como antropológicos y biológicos. Una teoría evolucionaria comenzó a apoderarse de tal manera de la mente de muchos victorianos que resultó en un enfoque humanístico en cuanto a toda la realidad. Como es generalmente el caso, esta atmósfera humanística general pronto se infiltró en los círculos teológicos. Comenzó a manifestarse como un énfasis en el desarrollo humano y le quitó peso al enfoque centrado en Dios en cuanto a las realidades de la vida que había prevalecido durante siglos. Esto llevó a la exaltación de la razón y apeló al empirismo filosófico típico que ha caracterizado a los círculos intelectuales británicos durante muchos años. Todo esto, unido al racionalismo continental

europeo, tipificado por pensadores como Kant y Hegel, construyó el escenario para una seria liberalización de la teología tradicional.

El Desarrollo Teológico

El surgimiento del racionalismo comenzó a consolidarse más profundamente sobre la mentalidad británica, conforme la era victoriana avanzaba hacia sus últimas décadas. El racionalismo teológico ya había permeado los círculos religiosos continentales. Esto puso el cimiento para la propagación del así llamado ‘criticismo histórico o criticismo superior’ que es una crítica que se enfoca a las fuentes de un documento para determinar quién lo escribió, y dónde. Este tipo de análisis crítico racionalista promovió cuestionamientos sobre ciertas doctrinas ortodoxas tradicionales, tales como el eterno castigo. Alguien dijo: “el eslabón más débil del consenso religioso fue la doctrina del infierno.” Pero algunos cuestionamientos racionalísticos se extendieron incluso a áreas vitales tales como la Deidad única de Cristo y los elementos sobrenaturales y milagrosos de las Escrituras. Central a todo este enfoque fue la búsqueda del Jesús histórico. La búsqueda intentaba descubrir quién era realmente Jesús. Buscaban penetrar, ponerse detrás de las historias registradas acerca de Jesús en el Nuevo Testamento. Sentían que los relatos del Evangelio no podían ser vistos como historia verdadera, al menos en muchos de sus detalles. Además, creían que los aspectos sobrenaturales no podían ser verdad. Querían reducir a Jesús a ser un simple maestro. La escuela alemana de Tübingen desacreditó la autenticidad de una alarmante porción de la Biblia. Por ejemplo, sostenían que sólo cuatro de las epístolas de Pablo eran auténticas. Las otras se consideraban obras tardías elaboradas por la ‘escuela paulina’. Contra esta débil visión de la inspiración y contra las ideas subsecuentes acerca de la naturaleza de la Biblia, Spurgeon reaccionó vehementemente. Como todos ustedes saben muy bien, para Spurgeon las Escrituras eran la infalible palabra de Dios. Si la Biblia no fuera la verdad en alguna parte, no podría confiarse en ella en ninguna parte. O toda es inspirada e inerrante o nada de ella lo es. Spurgeon argumentaba que el racionalismo humanístico no puede decidir qué es verdad y qué no es verdad en lo tocante a la Palabra de Dios. Spurgeon agregaba: “a menos que tengamos infalibilidad en algún lugar, la fe es imposible.” La revelación prevalece sobre la razón cuando surgen los conflictos.

Del enfoque racionalístico continental brotó el liberalismo del siglo 19. Pronto cruzó el Canal de la Mancha. Spurgeon decía: “Alemania ha sido vuelta incrédula por sus predicadores, e Inglaterra está siguiendo sus huellas.” Entonces, la atmósfera filosófica continental, ayudada por la teoría de la evolución, produjo el racionalismo puro, un creciente fanatismo de la ciencia, el humanismo, y el criticismo bíblico. Spurgeon reaccionó con firmeza contra esta tendencia liberal. Cuando leía algún libro que consideraba verdaderamente herético, lo hacía añicos para que nadie lo leyera y fuera descarriado. R. F. Horton afirmó: “la gran mayoría del pueblo inglés está siendo arrastrado a un estado ‘no religioso’”. Para Spurgeon, era una necesidad alzar su voz, pues no se trataba de otra cosa que las mismas viejas herejías tradicionales que se presentaban de nuevo pero con otra forma. Spurgeon no tenía problemas con la ciencia en sí. Pero para él, únicamente la verdad de Dios, según es descubierta en la Biblia, permanece eternamente cierta.

Al principio, las iglesias evangélicas conservadoras, incluyendo la de la persuasión anglicana e iglesias disidentes como la Bautista, permanecieron más o menos aisladas, incólumes. Pero poco a poco comenzaron a ser víctimas de las nuevas ideas e influencias. El enfoque de la salvación universal se convirtió en uno de los temas principales de la Controversia del Declive. También comenzó a surgir el grito de que los Bautistas no aceptaran ninguna confesión de fe. El único credo había de ser la Biblia. Spurgeon estaba convencido de que el silencio en relación a estos temas constituía complicidad con el mal. Spurgeon comenzó a declinar hablar para la reunión de Unión Bautista. Lo hacía en parte por la frialdad de los bautistas y en parte para dar lugar a otros conferencistas. Pero en una de esas ocasiones habló un ministro unitariano. El unitarianismo es una corriente de pensamiento teológico de origen cristiano que afirma la unidad de Dios. Se suele identificar de forma genérica con diversas corrientes antitrinitarias, ha tenido diversas manifestaciones a lo largo de la Historia y por ello es a veces identificado parcial o totalmente con otros movimientos que han rechazado históricamente el dogma de la Trinidad, como el adopcionismo, el arrianismo, el servetismo o el socinianismo. Spurgeon veía con preocupación que muchos se estaban apartando del calvinismo tradicional. Ya había sido testigo de un movimiento similar por parte de los congregacionalistas. En busca de la unidad, los bautistas estaban cediendo en muchos puntos teológicos y eclesiales.

Samuel Harris Boothe era secretario de la Unión Bautista, y mantenía una línea conservadora y mucha comunicación con Spurgeon. Él le informaba de los problemas que había y le proporcionaba nombres de predicadores y doctrinas heréticas que predicaban. Sin embargo, aparentemente, Boothe obtuvo un compromiso de parte de Spurgeon que no revelaría la fuente de su información, ni nombre ni lugares.

La atmósfera religiosa estaba sumamente cargada a inicios del año de 1887. Para colmo de males, Spurgeon se encontraba enfermo y estaba recuperándose en Mentone, Francia. Esto lo alejó del contacto directo con los líderes de la Unión Bautista.

En 1887, Spurgeon tuvo un fuerte desacuerdo con Joseph Parker del Templo de la Ciudad. Parker le escribió una 'carta abierta' a Spurgeon sobre varios temas, primordialmente teológicos, en los que estaban en desacuerdo. Uno de los temas sobre los que había desacuerdo era la asistencia al teatro. Parker asistía al teatro regularmente. Spurgeon condenaba vigorosamente tanto el teatro como los bailes sociales. En lo relativo a la membresía del Tabernáculo Metropolitano, cualquiera que asistiera al teatro "dejaría de ser parte de mi congregación." La relación entre Parker y Spurgeon se deterioró rápidamente. Y después de todo esto, lo que encendió la chispa fueron los artículos o escritos sobre el declive. En los meses de Marzo, Abril y Junio de 1887, se publicaron sendos artículos que declaraban que "la apostasía de la verdad evangélica conduciría al racionalismo y al desastre." Esos primeros tres artículos no llevaban firma, pero era del conocimiento general que fueron escritos por Robert Shindler, con la venia de Spurgeon. Shindler fue también uno de los primeros biógrafos de Spurgeon. Fue el primero que usó la expresión 'declive'. Shindler pretendía mostrar históricamente que muchas denominaciones principales habían comenzado a ir en declive. Para Shindler, abandonar a Calvino era entrar en una resbalosa pendiente de declive, y los que bajaban por allí, no se podían detener donde quisieran. Shindler finalizaba su artículo declarando: "se descubre comúnmente que lo que es verdadero no es nuevo, y lo que es nuevo no es verdadero."

El segundo artículo apareció en el mes de Abril. El ataque se volvió más abierto. Hacía un análisis de los anglicanos, de los independientes, y de los bautistas generales. Declaraba que la influencia arminiana era una

influencia degradante entre ellos. En este artículo Shindler aseguraba que el calvinismo era la teología evangélica. Afirmaba que una falta de fe adecuada en la divina inspiración de la Sagrada Escritura era la causa principal de caer en la heterodoxia. Cuando uno contrapone la razón a la revelación, y la razón se convierte en principio esencial para descubrir la verdad y la realidad, “todo tipo de errores y males son el resultado.”

En el tercer artículo continúa con sus ataques, esta vez contra el Seminario Andover de los Estados Unidos, que había sido fundado en 1808, como una reacción contra el liberalismo de la Universidad de Harvard. Shindler señalaba que también Andover había experimentado el síndrome del declive. Y, ¿cuál era la causa de la defección general? Shindler era muy enfático; era la desviación del apego a la infalibilidad e inspiración de las Santas Escrituras.

En Agosto de 1887, el propio Spurgeon escribió un artículo describiendo el declive de la doctrina evangélica en general entre los disidentes. Spurgeon concluía su artículo declarando que nunca subordinaría la verdad en la búsqueda de la unidad denominacional. Este primer artículo revelaba otro lado de la ‘Controversia del declive’, es decir, la vida espiritual de aquellos que se encontraban rodando cuesta abajo. Spurgeon decía: “en el fondo de la falsedad doctrinal viene un declive natural de la vida espiritual, evidenciado por el gusto de diversiones cuestionables o dudosas, y el cansancio por los devocionales. El hecho es que a muchos les gustaría unir la iglesia con el escenario, los juegos de cartas con la oración, los bailes con los sacramentos. Cuando la vieja doctrina ha partido, y el entusiasmo por el Evangelio se extingue, no debe sorprender que la gente busque algo más a manera de deleite.”

A Spurgeon le preocupaba el deterioro espiritual como resultado de la pérdida de integridad doctrinal a la vez que estaba interesado en la propia pérdida de integridad doctrinal. Spurgeon no era solamente un calvinista, sino que era un hombre espiritual dedicado a una vida de piedad y de santidad, un puritano en todo el sentido de la palabra. Su puritanismo se extendía más allá de la teología para incluir también la espiritualidad.

En Septiembre de 1887 escribió otro artículo. Comenzó este artículo definiendo cuatro problemas que consideraba “asuntos vitales para la religión”. Los puntos básicos eran: 1) las reuniones de oración estaban siendo devaluadas, 2) los ministros estaban frecuentando los teatros, 3) los periódicos y revistas de la escuela liberal no estaban respetando las verdades de la revelación, y 4) los ministros carecían de sana doctrina.” Este artículo demostraba la preocupación de Spurgeon por la espiritual así como por la parte doctrinal. También le preocupaban las tendencias en las escuelas teológicas.

En este tercer artículo ampliaba y elaboraba sobre los conceptos previos y rebatía a los críticos de los artículos anteriores, que afirmaban que no había problemas en la iglesia bautista. Los críticos de Spurgeon estaban más preocupados de proteger los intereses políticos que los intereses doctrinales. A Spurgeon le criticaban que sus comentarios eran infundados, que no existían tales hechos que provocaban las denuncias, en fin, que eran inventos de Spurgeon. Pero como Spurgeon se había comprometido a no revelar sus fuentes, estaba metido en un embrollo. Perdía credibilidad. Así que los críticos lo descalificaban como un hombre senil y enfermo, que necesitaba tomar unas largas vacaciones. También lo calificaban de exagerado, ya que no podía aportar pruebas. A Spurgeon no le quedaba otro remedio que aguantar. Su negativa a revelar nombres lo puso en una posición insostenible.

Después de estos seis artículos, tres de Shindler y tres de Spurgeon, vino otra reunión de la Unión Bautista, esta vez en Sheffield. Spurgeon pensó que se trataría a fondo la problemática sacada a luz por la controversia. Por la importancia del tema, Spurgeon estaba seguro que constaría en la agenda, y por eso no pidió específicamente que se tocara el tema. Pero curiosamente, no se tocó.

En general se le acusaba de sonar una alarma sin ninguna sustancia real y sin ninguna evidencia. Incluso los mismos que al principio le pidieron que interviniera, se volvieron sus críticos. Sin duda, Spurgeon sobrestimó su influencia y el poder de sus artículos. No entendía a los nuevos pastores, a los jóvenes que venían apoyando las nuevas doctrinas. Había recibido tal aclamación por todo lo que había hecho hasta ese momento, que simplemente perdió de vista las nuevas actitudes que se estaban desarrollando a su alrededor.

La explosión de la controversia se dio cuando Spurgeon rehusó tener comunión con los herejes de la Unión Bautista. Incluso algunos de sus alumnos, uno de los cuales habló en esa reunión de Sheffield, criticaban el calvinismo. Entonces, incluso sus propios hombres estaban contribuyendo al problema. Spurgeon estaba profundamente herido.

Todo esto llevó a Spurgeon a tomar la decisión fatal. Renunciaría a la Unión Bautista de la que había sido un miembro destacado durante décadas. El 28 de Octubre de 1887, Spurgeon renunció irrevocablemente y separó formalmente de la Unión Bautista. El Tabernáculo Metropolitano como iglesia lo apoyó, y también se separó de la Unión.

La Reacción de la Prensa

La prensa pasó al frente, tal como podría esperarse, y le dio mucha atención al tema. Los propios amigos evangélicos de Spurgeon que pertenecían a los medios, le dieron muy poco apoyo. Pero la prensa secular tuvo su día de campo. Los ataques fueron violentos. Los encabezados de los periódicos eran de esta índole: “Spurgeon abandona a la denominación bautista”. “La descomposición de la disensión.” Curiosamente, tres publicaciones anglicanas apoyaron a Spurgeon en su decisión de retirarse de la Unión Bautista. Estas eran *La Roca*, *El Registro*, y *Las Campanas de la Iglesia*, que se pusieron del lado de Spurgeon. Y por increíbles que parezca, aquel viejo enemigo de Spurgeon de entre los medios, *La Revista del Sábado*, realmente lo apoyó, declarando que Spurgeon era “un testigo competente”.

El rompimiento de Spurgeon con la Unión Bautista causó una conmoción en Estados Unidos. Por ejemplo, en Noviembre de 1887, Spurgeon escribió una carta a una revista, *Western Recorder*, una publicación periódica bautista de Louisville, Kentucky. Esta publicación tenía una amplia publicación en el sur y en el sureste de Estados Unidos. Su editor era un evangélico confirmado. Él había promovido una campaña para eliminar la “nueva teología” del Seminario Teológico Bautista del Sur, en Louisville. En su carta, Spurgeon daba sus razones para separarse de la Unión Bautista, y quería que sus amigos americanos entendieran su razonamiento. Los

amigos americanos de Spurgeon entendieron y apoyaron plenamente la posición de Spurgeon.

En general, la controversia se había convertido en la comidilla del día en los círculos religiosos londinenses. Luego vino un debate sobre la necesidad de una confesión de fe. Los puntos que estaban más sujetos a debate eran: la inspiración de las Escrituras, el sacrificio sustitutivo de Cristo y la perdición irremisible de todos los que rechazaron a Cristo como Señor y Salvador. Para Spurgeon, estas tres doctrinas esenciales tenían que ser sostenidas, especialmente a la luz de lo que había provocado el gran declive. Spurgeon centraba su preocupación en la inspiración plenaria y verbal de las Escrituras, la expiación sacrificial vicaria de Jesucristo, y el futuro castigo de los incrédulos. El criticismo bíblico había causado sus estragos en estas áreas. Para Spurgeon, estos no eran asuntos secundarios, sino que radicaban en el corazón de la fe cristiana. Escribió en *La Espada y la Cuchara*: “No puede haber compromiso: no podemos sostener la inspiración de la Palabra y, sin embargo, rechazarla; no podemos creer en la expiación y sin embargo negarla; no podemos sostener la doctrina de la caída y sin embargo hablar de la evolución de la vida espiritual de la naturaleza humana; no podemos reconocer el castigo de los impenitentes y, sin embargo, aceptar la “más amplia esperanza”. Tenemos que elegir un camino o el otro.

En esta controversia, incluso su hermano James y ochenta exalumnos del Colegio del Pastor tomaron una posición contraria a Spurgeon.

Capítulo 11

La Ciudad Celestial

Últimos Meses y Muerte

En Mayo de 1891, el día 17, predica su último sermón en el Tabernáculo Metropolitano. Inmediatamente después visita Stambourne, porque estaba escribiendo un libro de memorias, y quería tomar fotos del lugar. Se siente muy mal estando allí y regresa a Londres. En el mes de Julio sufre de “delirio” y los periódicos se ocupan de su salud. Recibía cantidad de cartas, telegramas, llamadas, etc., incluyendo del Príncipe de Gales, de muchos miembros de la nobleza, y de altos dignatarios de la Iglesia de Inglaterra. En sus delirios, Spurgeon sentía que estaba lejos de su casa y quería contactar a algunos amigos para que lo llevaran a casa. Los delirios se apaciguaron y pareció haber un momento de mejoría.

El 26 de Octubre parte para Mentone, en Francia, donde muere el 31 de Enero de 1892.

.....

Fin

Bibliografía

- 1) C. H. Spurgeon's Autobiography, *compiled from his diary, letters and records*. Passmore and Alabaster, Paternoster Buildings, E. C. 1897. Cuatro volúmenes.
- 2) G. Holden Pike, *The Life & Work of Charles Haddon Spurgeon*. Cassel & Company, 1894. Dos volúmenes.
- 3) Charles Ray, *A Marvellous Ministry, the story of C. H. Spurgeon's sermons, 1855 to 1905*. Pilgrim Publications, 1985, reprinted from Original Passmore & Alabaster Edition.
- 4) Arnold Dallimore, *Spurgeon, A New Biography*, The Banner of Truth Trust, 1985.
- 5) Peter Jeffery, *The young Spurgeon*, Evangelical Press, 1992.
- 6) Clive Anderson, *C. H. Spurgeon, in the footsteps of the 'Prince of Preachers'*. Day One Publications 2002.
- 7) Mike Nicholls, *C. H. Spurgeon, the pastor evangelist*. Baptist Historical Society, 1992.
- 8) Lewis Drummond, *Spurgeon, Prince of Preachers*, Kregel Publications, 1992.

Autor: Allan Román.